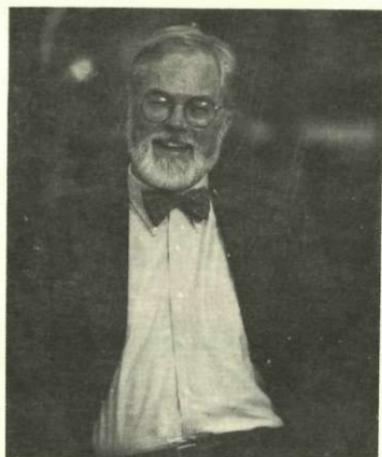


Robert Fulghum

**TODO
LO QUE
HACEMOS
SIN SABER
POR QUÉ**

emecé editores



Si uno le pide su tarjeta comercial, verá que dice simplemente *Fulghum*. La tarjeta demuestra, una vez más, su notable ánimo de contraer cualquier clase de ocupación. *Robert Fulghum* ha trabajado de cowboy, cantante folk, vendedor de IBM, diseñador profesional, pastor de una parroquia, mozo de bar, profesor de dibujo y pintura, escritor y filósofo amateur. Sigue pensando en lo que quiere ser cuando crezca. Mientras tanto vive con su mujer en una casa flotante en Seattle y se entrena para ser abuelo...



APPENDIX #

ROBERT FULGHUM

TODO LO QUE HACEMOS
SIN SABER POR QUÉ

Traducción

MARÍA C. COHELLA DE CÓRDOVA

EMILE EDITORES

DEL MISMO AUTOR
por nuestro sello editorial

TODO LO QUE HAY QUE SABER
LO APRENDÍ EN EL JARDÍN DE INFANTES

MARIA C. COCHELLA DE GORDOVA

FOR QUE

ROBERT FULGHUM

TODO
LO QUE HACEMOS
SIN SABER
POR QUÉ

SERVICIO DE PRENSA

EMECÉ EDITORES

ROBERT FULGHUM

TODO LO QUE HAY QUE SABER
LO APRENDEMOS EN EL TALLER DE INFANTES

TODO
LO QUE HACEMOS
SIN SABER
POR QUÉ

Diseño de tapa: *Eduardo Ruiz*

Título original: *It was on Fire when I lay down on it*
Copyright © 1989 by Robert Fulghum

Todos los derechos reservados

© *Emecé Editores, S.A., 1991*

Alsina 2062 - Buenos Aires, Argentina

Primera edición en offset: 5.000 ejemplares.

Impreso en Compañía Impresora Argentina S.A., Alsina 2041/49,
Buenos Aires, agosto de 1991

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

I.S.B.N.: 950-04-1094-X
23.417

*Creo que la imaginación es más fuerte que el conocimiento
Que el mito es más potente que la historia.
Creo que los sueños son más poderosos que los hechos
Que la esperanza siempre triunfa sobre la experiencia
Que la risa es la única cura para el dolor.
Y creo que el amor es más fuerte que la muerte.*

DEL AUTOR AL LECTOR

"Mostrar y Contar" era, para mí, la mejor parte de la escuela; no sólo cuando los alumnos iban vestidos cuando trabajé como maestro. Ya los recuerdo en la hora del almuerzo. Mis estudiantes tenían un especial que se repetía cada semana por lo que los alumnos llevaban al aula para que los profesores los compartieran y hablar sobre él.

De niña, yo pasaba más tiempo en preparando para mi turno de hablar algo a clase que el que recibía el resto de mis compañeros. "Mostrar y Contar" era realmente un sentido mucho más amplio que la mayoría de las demás cosas que se hacían en la escuela. Era la educación que surgía de esta experiencia de vida. Además, no había muchas reglas que obedecer en "Mostrar y Contar" - se podía presentar el trabajo como fuera sin recibir una mala nota ni ser excluido a ser castigado con una reprimenda.

Con el tiempo, siempre me sorprendía por las cosas que aprendía en esas horas de alfabetización. No empecé que algún día que yo creía conocer bien, extrañera

DEL AUTOR AL LECTOR

“Mostrar y Contar” era, para mí, la mejor parte de la escuela, no sólo cuando fui alumno sino también cuando trabajé como maestro. Ni los recursos ni la hora del almuerzo, sino ese momento especial que se asignaba cada semana para que los alumnos llevaran al aula algo que les perteneciera para compartirlo y hablar sobre él.

De niño, yo ponía más empeño en prepararme para mi turno de llevar algo a clase que el que dedicaba al resto de mis deberes. “Mostrar y Contar” era *real* en un sentido mucho más amplio que la mayoría de las demás cosas que aprendía en la escuela. Era la educación que extraía de mi experiencia de vida. Además, no había muchas reglas que obedecer en “Mostrar y Contar” —se podía presentar el trabajo como fuera sin recibir una mala nota ni ser enviado a sentarse con una reprimenda.

Como maestro, siempre me sorprendía por las cosas que aprendía en esas horas de aficionados. No era raro que algún chico que yo creía conocer bien, extrajera

de su bolsa de papel un tesoro de forma extraña asignándole un significado que superaba mis expectativas más extravagantes. En esos momentos, era yo, el maestro, quien recibía una enseñanza.

Comprobé una y otra vez que lo que yo creía que sólo era cierto para mí... que yo era el único que lo valoraba... el único al cual le importaba... era una propiedad común.

“Mostrar y Contar” era un poco desordenado e impredecible. La falta de estructura convencional de las presentaciones estaba compensada por la pasión que sentían por el tema en cuestión.

Los principios que me guiaron al escribir este libro tienen un espíritu similar al de “Mostrar y Contar”. Son las cosas que traigo de casa —ese lugar de mi mente y de mi corazón en el que estoy realmente vivo. Este libro es la continuación de *Todo lo que hay que saber lo aprendí en el Jardín de Infantes*, en el cual prometí contar de la vez que estaba en llamas cuando me acosté.

El formato de este libro refleja la vida que le dio origen; no está formado por un conjunto de ensayos bien compaginados, sino por las minutas permanentes de una reunión de directorio de un solo hombre, adornadas un poco para llevarlas a clase. Un trabajo de amateur. Si pudiera, les leería estas páginas, pero como no me es posible hacerlo, les hago una sugerencia que más que sugerencia es un pedido. ¿Vieron lo que sucede cuando llega una carta de un amigo que está lejos y ustedes la abren y comienzan a leerla y alguna otra persona que se encuentra en la misma habitación les dice “Léela en voz al-

ta" y ustedes lo hacen y comienzan a hablar a medida que avanzan en su lectura, agregando sus propias observaciones y explicaciones? Léanlo de ese modo. Mostrar y contar.

Robert Fulghum



LA HISTORIA PASÓ EN UN VERDADERO MOMENTO CRUCIALISTA. Decía, simplemente, que los dioses se habían ido a dormir a otra casa en la casa del fondo de una de las ventanas del piso superior. Al amanecer, se levantaron a un hombre en una cama en llamas. Después de intentar al hombre y apagar el fuego, formularon la pregunta obvia: ¿Cómo se inició el fuego?

—No sé. Ya estaba en llamas cuando me desperté. La historia me quedó grabada. Y me recordó una frase de la dedicatoria de un libro, que copié en mi diario: "Quedémosnos atentos a cómo se te fabrica la memoria". De las obras de Herodoto. Traducido: "¿Por qué te acuerdas? Si cambias el nombre, puede ser tu historia".

Estaba en llamas cuando me desperté. Esta inscripción podría figurar en la lápida de muchos de nosotros. Tómala una vez en una oración. Salir de Guatemala para morarse en Guatempoor. Yo buscaba problemas y siempre con ellos se bien los seré. El destino me alivia a hacerlo la primera vez, pero después lo hace por mi propia voluntad.

Quiero una yirada de repente más clara si me acuerdo una conversación que tuve con un colega que se queja



LA HISTORIA APARECIÓ EN UN PERIÓDICO SENSACIONALISTA. Decía, simplemente, que los bomberos debieron concurrir a una casa en la cual salía humo de una de las ventanas del piso superior. Al entrar, encontraron a un hombre en una cama en llamas. Después de rescatar al hombre y apagar el fuego, formularon la pregunta obvia: —¿Cómo se inició el fuego?

—No sé. Ya estaba en llamas cuando me acosté.

La historia me quedó grabada. Y me recordó una frase de la dedicatoria de un libro, que copié en mi diario: “*¿Quid rides? Mutato nomine, de te fabula narratur*”. Latín. De las obras de Horacio. Traducido: “¿Por qué te ríes? Si cambias el nombre, puede ser tu historia.”

Estaba en llamas cuando me acosté.

Esta inscripción podría figurar en la lápida de muchos de nosotros. Toda una vida en una oración. Salir de Guatemala para meterse en Guatepeor. Yo buscaba problemas y me metí en ellos ni bien los encontré. El demonio me obligó a hacerlo la primera vez, pero después lo hice por propia voluntad.

Quizás esta verdad resulte más clara si transcribo una conversación que tuve con un colega que se queja-

ba de que todos los días encontraba lo mismo en su bolsa del almuerzo.

—¿Quién te prepara el almuerzo? —le pregunté.

—Yo —me respondió.

Tenemos algunos compañeros muy buenos en este asunto.

San Pablo se lamentaba diciendo: “No puedo comprender mi propio comportamiento. No logro realizar las cosas que deseo hacer, y descubro que estoy haciendo precisamente las que odio.”

Y el dramaturgo griego Eurípides pone en boca de Medea, poco antes de asesinar a sus propios hijos, las siguientes palabras: “Sé el daño que estoy por causar. Mi ser irracional es más fuerte que mi voluntad.”

Los psiquiatras ganan mucho dinero con este dilema, y los teólogos hacen mucho ruido al respecto. Pero este dilema no sólo no ha sido resuelto sino que tampoco tiene solución. Vivimos con él, y al hacerlo nos consolamos en compañía de aquellos que habitualmente se acuestan en camas en llamas de un tipo o de otro. Nos resultaría más sencillo si pudiéramos, simplemente, aceptar las camas que elegimos para nosotros y seguir adelante.

Y una cosa más.

Respecto del hombre de la cama en llamas de la historia. La mayor parte de las veces, observamos que las personas hacen algo sin saber *por qué* lo hacen. Si nuestras propias acciones constituyen un misterio para nosotros, ¿cuánto más lo serán las de los demás? ¿Por qué estaba acostado en la cama en llamas? ¿Estaba borracho? ¿Enfermo? ¿Quería suicidarse? ¿Era ciego? ¿Tenía frío?

¿Era tonto? ¿Tenía un extraño sentido del humor? ¿O qué? No lo sé. Es muy difícil juzgarlo sin tener mucha más información. Es cierto, sin embargo, que de todos modos juzgamos. Pero si consiguiéramos refrenarnos un poco, nos agradeceríamos más.

Dios, según está escrito, previno a sus primeros hijos, Adán y Eva. Lo dijo bien claro. No coman esa fruta —les causará problemas. Ya conocen el resto de la historia...

Y parte de esa historia está en este libro.

Me he casado más de mil veces. Oficé como ministro en muchísimos casamientos, y por lo general me involucra-
ba tanto que me parecía que era yo quien se estaba ca-
sando. Pero me encantaría volver a casarme porque las
bodas son siempre una comedia.

Y no precisamente porque esa haya sido la inten-
ción de los contrayentes. Pero en estas ceremonias que
exigen una gran organización, los participantes son ama-
teurs bajo presión y las cosas NUNCA salen del todo bien.
Las bodas son, aparentemente, un imán que atrae con-
tratiempos y hace aflorar las locuras ocultas de cada fa-
milia. En más de un sentido, las bodas hacen sonar las
campanillas para todos los involucrados.

Voy a relatarles una historia desastrosa. Aunque les
parezca insólito, tuvo un final feliz.

La figura central de este drama fue la madre de la
novia (MDLN). Ni la novia ni el novio ni el ministro. La ma-
dre. Un ser humano que por lo general era amable, ra-
zonal, inteligente y cuerdo. El anuncio de la boda de
su hija la había trastornado. Esto no significa que estu-
viera triste, como sucede muchas veces. Todo lo contra-
rio. Se sentía inmensamente feliz. Y casi logra asfixiar a
todos con su alegría antes de que el asunto concluyera.

Nadie lo sabía, pero esta dama tenía guardado bajo la manga un guión para una producción que hubiera merecido la aprobación de Cecil B. DeMille. Una boda real adecuada para una novia princesa. Y como ella ponía el dinero, resultaba difícil decirle que no. El padre de la novia comenzó a rogar para que los novios no se fugaran. Sus ruegos no fueron escuchados.

La madre tuvo siete meses para trabajar, y no dejó ningún detalle librado al azar o al error humano. Todo lo que era susceptible de ser grabado, fue grabado. Hubo lágrimas y fiestas de despedida y cenas. Los novios y yo nos vimos sólo tres veces. La MDLN me llamaba por teléfono todas las semanas, y pasaba por mi oficina con la misma frecuencia que la señora encargada de hacer la limpieza. *(El encargado del servicio de lunch me llamó para preguntarme si se trataba realmente de una boda o si estaba involucrado en una invasión. "Una invasión", le respondí.)*

La MDLN contrató un conjunto musical de dieciocho instrumentos de viento y metal. *(El órgano de la iglesia no era suficiente —muy "de iglesia".)*

La novia hizo listas de regalos en todo el país, desde Nueva York en el este hasta Atlanta del sur. Los vestidos de las damas que acompañarían a la novia fueron hechos de medida y los esmóquines del novio y sus acompañantes, comprados —fíjense bien en el detalle—, comprados, no alquilados. Como si todo eso no fuera suficiente, el anillo de bodas fue devuelto a la joyería para que le colocaran una piedra más grande, cuyo pago corrió secretamente por cuenta de la MDLN. Cuando digo que la dama estaba trastornada, quiero decir exactamente eso, TRASTORNADA.

Mirando en retrospectiva, podría decirse que el en-

sayo y la cena de la noche anterior al gran acontecimiento se asemejaban mucho a lo que sucedió en el campamento de Napoleón la noche anterior a la Batalla de Waterloo. No había quedado nada librado al azar. Nada impediría una victoria al día siguiente. Nadie PODRÍA olvidar esa boda. *(Como tampoco nadie pudo olvidar Waterloo. Y por los mismos motivos.)*

La rueda del destino siguió su curso y llegó a la hora de la verdad. Los invitados, luciendo sus mejores atuendos, colmaban la iglesia. Se prendieron velas suficientes como para que la noche se convirtiera en día. En el coro, la orquesta interpretaba hermosas melodías. Y la omnipotente MDLN se paseaba por la iglesia con el doñaire de una diva de ópera en la noche de la premier. Jamás la madre de una novia ocupó su lugar con más satisfacción. Lo había logrado. Estaba radiante, sonreía y suspiraba.

La música se hizo más suave, y nueve —fijense bien, nueve— damas de honor envueltas en vestidos de gasa avanzaron por el largo pasillo mientras el novio y sus acompañantes ocupaban sus lugares.

Finalmente, la orquesta comenzó a tocar la marcha nupcial. Aquí viene la novia. Precedida por cuatro entusiastas miniprincesas que esparcían pétalos de flores y dos diminutos portadores de anillos —uno para cada anillo. La congregación se puso de pie y se dio vuelta anticipándose a la llegada de la novia.

¡Ah, la novia! Durante muchas horas —o fueron días— la estuvieron vistiendo. Ya no quedaba adrenalina en su cuerpo. Al quedar sola con su padre en la sala de la recepción mientras las damas de honor avanzaban lentamente, comenzó a caminar distraídamente junto a las mesas cubiertas de deliciosos manjares, y

sin pensarlo, probó primero las pequeñas pastillas de menta de color rosa, amarillo y verde. Después tomó algunas frutas secas y prosiguió con una o dos bolitas de queso, algunas aceitunas negras, una salchichita sostenida por un mondadiente de fantasía, unas almendras azucaradas, un par de langostinos envueltos en panceta y una galletita untada con paté. Y para bajar todo esto —una copa de champagne rosado. Su padre se la dio. Para tranquilizarla.

Cuando la novia se paró en la puerta, lo primero que se notaba era su rostro. Blanco. Pues lo que avanzaba por el pasillo era una granada viviente sin seguro.

La novia vomitó.

Justo al pasar junto a su madre.

Y cuando digo vomitó no me refiero a un pequeño provechito en su pañuelo. No existe una linda palabra para explicarlo. Regó el frente del altar, alcanzándonos a mí, a dos damas de honor, al novio y a uno de los portadores de anillos.

Estoy seguro de los detalles. Lo tenemos todo registrado en video-tape. Tres cámaras. La MDLN había pensado en todo.

Una vez que expulsó todos los *bors d'oeuvres*, el champagne y el resto de su dignidad, la novia se desmayó en los brazos de su padre, mientras el novio se sentaba en el suelo sin poder reaccionar. Y la madre de la novia se desmayó y cayó al suelo como una muñeca de trapo.

Allí mismo se produjo una estampida general que sólo los Hermanos Marx podrían haber superado. Los acompañantes del novio trataban de ayudar con heroísmo, las pequeñas que esparcían las flores gritaban,

las damas de honor de la novia lloraban, y las personas con estómagos débiles huían. Mientras tanto, la orquesta, sin saber lo que pasaba, seguía tocando. La novia no sólo había llegado, se había ido —hacia otro estado de conciencia. El olor del vómito fresco se esparcía por la iglesia y se mezclaba con el olor de las velas. Napoleón y Waterloo regresaron a mi mente.

Solamente dos personas sonrieron. Una fue la madre del novio. Y la otra, el padre de la novia.

¿Qué hicimos? Bueno, regresamos a la vida real. Les pedimos a los invitados que pasaran a la sala de la recepción, pero no comieron ni bebieron como lo hubieran hecho en otras circunstancias. Consolamos y limpiamos a la novia, le hicimos poner el vestido de una de las damas de honor y el novio, que se había recuperado, la abrazó y la besó hasta el cansancio. (*Ella lo amará siempre por haberlo hecho. Cuando él dijo "en las buenas y en las malas", realmente lo sentía.*) El grupo volvió a reunirse en la iglesia, una flauta tocó una melodía suave, se dijeron las palabras y se pronunciaron los juramentos. Todos lloraron, tal como se espera que lo hagan en las bodas, en especial porque el novio tuvo en brazos a la novia durante toda la ceremonia. Y jamás un novio besó con tanta ternura a su novia.

Si lo que deseaban era una boda memorable, entonces lograron un éxito total. NINGUNA de las personas que estuvo presente lo olvidará JAMÁS.

Después de eso vivieron felices como cualquier otra pareja —en realidad mucho más felices que la mayoría. Ya llevan unos doce años de casados, y tienen tres hermosos hijos.

Pero ése no es el fin de la historia. Aún no les he relatado lo mejor. Cuando se cumplieron diez años del desastre, se celebró una fiesta. Se instalaron tres televisores, se preparó un banquete y se invitó a los mejores amigos. (Recuerden, había tres cámaras de vídeo en la escena del accidente, y las tres películas se pasaron en forma simultánea.) La proyección fue muy graciosa, especialmente por los comentarios y la posibilidad de pasar los tapes en cámara lenta. La parte más divertida fue cuando la cámara enfocó la sonrisa en el rostro del padre de la novia mientras contemplaba a su esposa en el momento en que la estaban reviviendo.

La razón por la cual afirmo que ésta fue la mejor parte no tiene nada que ver con la fiesta sino con la persona que la organizó. Por supuesto. La odiosa MDLN. La madre de la novia no ha cambiado pero mejoró un poco. No sólo perdonó a su esposo y a todos los demás por la parte que desempeñaron en el desastre, también se perdonó a sí misma. Y nadie se rió más que ella de la filmación.

Hay una palabra para lo que ella posee. Gracia.

Y ésa es la razón por la cual ese mismo hombre sonriente está casado con ella desde hace cuarenta años. Y su hija todavía la ama.

John Pierpont murió siendo un fracasado. Su fin llegó en 1866 a la edad de ochenta y un años mientras se desempeñaba como empleado del gobierno en Washington D. C. después de una larga cadena de derrotas personales que minaron su espíritu.

Las cosas comenzaron bien. Se graduó en la Universidad de Yale, la cual su abuelo había ayudado a fundar, y eligió la enseñanza como profesión, con cierto entusiasmo.

Su carrera como educador fue un fracaso. Era demasiado blando con sus alumnos. Por lo tanto, se dedicó a estudiar leyes.

Fue un fracaso como abogado. Era demasiado generoso con sus clientes y se preocupaba demasiado por la justicia como para tomar los casos que daban buenos honorarios. La carrera que eligió a continuación fue la de comerciante de artículos de mercería.

Fue un fracaso como comerciante. No podía cobrar lo suficiente por sus productos como para obtener ganancias y era demasiado generoso con el crédito. En el ínterin, escribió poemas, y aunque fueron publicados, no le reeditaron ganancias suficientes para vivir de la pluma.

Fue un fracaso como poeta. Por lo tanto decidió

convertirse en ministro. Concurrió a la Escuela de Teología de Harvard y fue ordenado ministro de la Iglesia de la Calle Hollis en Boston. Pero sus ideas a favor de la Prohibición y en contra de la esclavitud lo enemistaron con los miembros influyentes de su congregación y se vio obligado a renunciar.

Fue un fracaso como ministro. Parecía que la política sería su campo, y fue nominado candidato a la gobernación de Massachusetts por el Partido Abolicionista. Perdió. Sin inmutarse, se postuló para una banca en el Congreso bajo la bandera del Partido del Suelo Libre. Perdió.

Fue un fracaso como político. Se inició la Guerra Civil y se enroló como capellán voluntario del vigésimo segundo Regimiento de Voluntarios de Massachusetts. Dos semanas después debió renunciar pues la tarea era demasiado dura y afectaba su salud. Tenía setenta y seis años. Ni siquiera pudo desempeñar las tareas de un capellán.

Alguien le consiguió un oscuro trabajo en las oficinas traseras del Departamento del Tesoro en Washington, y vivió los últimos cinco años de su vida como un simple empleado. Tampoco hizo un buen trabajo en ese puesto. Su corazón estaba en otra parte.

John Pierpont murió siendo un fracasado. No logró hacer nada de lo que se había propuesto hacer. En su tumba, sita en el Cementerio de Mount Auburn en Cambridge, Massachusetts, hay una lápida pequeña que lleva inscripta las palabras: POETA, PREDICADOR, FILÓSOFO, FILÁNTRORO.

Desde nuestra ubicación en el tiempo, podemos alegar que en verdad no fue un fracasado. Su dedicación a la justicia social, su deseo de ser un ser humano afec-

tuoso, su participación activa en los grandes temas de su época, y su fe en el poder de la mente humana — no son en modo alguno fracasos. Y muchas de las cosas que para él fueron un fracaso, llegaron a ser éxitos. La educación se reformó, se mejoraron los procedimientos legales, las leyes crediticias se modificaron y, por encima de todo, la esclavitud se abolió en forma definitiva.

¿Por qué menciono estos hechos? No se trata de una historia extraordinaria. Muchos de los reformadores del siglo XIX tuvieron una vida similar, con fracasos y éxitos similares. Y en un aspecto muy importante, la vida de John Pierpont no fue un fracaso. Cada año, al llegar el mes de diciembre, nosotros celebramos su éxito. Su recuerdo vivirá por siempre en nuestras mentes y en nuestros corazones por algo que él hizo.

Una canción.

Una canción que no habla de Jesús, ni de los ángeles, ni siquiera de Papá Noel. Una canción muy simple que describe la simple alegría de deslizarse en una fría noche invernal montado en un trineo de un solo caballo, en compañía de amigos que ríen y cantan durante todo el camino. Ni más ni menos que *Repican las campanas*. John Pierpont escribió *Repican las campanas*.

Haber escrito una canción que evoca las alegrías más simples, haber escrito una canción que conocen tres o cuatro millones de personas esparcidas por todo el mundo —una canción sobre algo que jamás hicieron pero pueden imaginar—, una canción que todos, grandes y pequeños, podemos reconocer ni bien escuchamos los primeros acordes, no es, en modo alguno, un fracaso.

Una tarde de nieve, en pleno invierno, John Pier-

pont escribió las líneas de un pequeño regalo para su familia, amigos y congregación. Y al hacerlo, dejó un regalo permanente de Navidad —uno de los mejores regalos—, no aquellos que se colocan junto al árbol, sino un presente invisible de alegría.

(Postdata. En el invierno de 1987, en el Valle Methow de las Montañas Cascade, del Estado de Washington, cumplí finalmente mi deseo. La nieve era profunda, la temperatura marcaba bajo cero, el cielo estaba claro, el trineo era abierto, el caballo tenía arneses rojos y campanas. Y nos deslizamos por la nieve riéndonos constantemente.

Gracias, John Pierpont. Cada una de las palabras de la canción son ciertas.)

Si tiene un perro en este momento, o si lo tuvo, no lea, repito, NO LEA, este capítulo. Pase al siguiente. Porque si lo lee, se sentirá mal, pensará mal de mí y, de todos modos, no lo entenderá. (Algunos de los temas de este libro no son para todo el mundo, confíe en mi palabra.)

Pero en cambio, si no tiene perro ni desea tenerlo, entonces debemos conversar. Lo que estoy por decir representa a una minoría silenciosa cuyos puntos de vista jamás aparecen en los medios de comunicación. Están censurados por temor a ofender al mundo perruno.

No tengo mascotas. Ninguna. Ni perro ni gato ni pájaro ni pez. No obstante, soy un ciudadano razonablemente responsable, me comporto bien en público, pago mis impuestos, concurreo esporádicamente a la iglesia, y soy amable tanto con los niños como con los ancianos. Amo a mi familia y ellos me aman a mí. Pero las mascotas no me agradan y, muy especialmente, no me agradan los perros.

Cierta vez, se me ocurrió decirlo en una fiesta. Dije que no me gustaban los perros. Creo que lo dije en un tono de voz un poquito alto, cosa que no era mi intención hacer porque no quería entrar en discusiones, sé cuándo llevo las de perder.

Se produjo de inmediato un silencio que me lastimó los oídos. Si me hubiera parado en una silla gritando "¡ESTOY RABIOSO!" no hubiera llamado tanto la atención. Algunas de las personas que estaban presentes esa noche, hasta el día de hoy me miran con desprecio.

Ahora bien, para ser un buen ser humano no es obligatorio tener un perro en la casa. La Biblia no dice: "Bendito aquel que tiene un perro en su morada". En realidad casi ni se habla de ellos. Los perros tampoco aparecen en la Declaración de la Independencia ni en la Constitución ni en el Juramento de Lealtad. Se puede ir al cielo y ser elegido para un cargo público aun cuando no se tenga un perro.

(Quizá no para el cargo de presidente ¿Han notado que todos los presidentes tienen perro? Siempre hay un Primer Perro. O dos o tres. Creo que es necesario tener perro para poder ser presidente. Todavía recuerdo con cariño al viejo Lyndon Johnson por levantar de las orejas a sus beagles y sacudirlos mientras ladraban. "Les encanta y les hace bien", decía Lyndon. Creo que basó su política en Asia en esos mismos principios, pero me estoy apartando del tema principal.)

¿Por qué me desagradan los perros? Paso a explicarles.

En primer lugar, y por motivos que no puedo explicar, sufro una dolencia congénita llamada "Magnetismo a los Perros". Aunque no deseo estar cerca de ellos, los perros se sienten atraídos hacia mí por una fuerza poderosa. Los perros grandes y feos que gruñen y muerden se vuelven locos por mí. Y a ellos los puedo manejar. Pero todos los demás también me persiguen. Los perros peludos que mueven la cola quieren estar cerca de mis manos y de mi cara babeándome y lamiéndome y respi-

rando junto a mí. Yo no les presto atención, pero saltan sobre mí y me acarician con sus patas y llorisquean. Yo no los invito. Lo juro. No les pido que lo hagan y tampoco se lo hago a ellos.

También está la cuestión de la orina canina. Les evitaré los detalles pero parece que en esto también tengo un gran magnetismo. Sucede tan a menudo que a veces siento como si me pasara por el mundo con pañales descartables en los zapatos. Cierta vez llené una bolsa con las deposiciones dejadas en mi jardín por el perro del vecino y luego la vacié cuidadosamente en el porche de su casa. Más tarde, mi vecino salió en pantuflas a recoger el periódico, y aunque no estaba seguro de que hubiera sido yo, después de eso mantuvo a su perro lejos de mi césped.

Pero basta de hablar sobre el tema. Si sienten lo mismo, no es necesario que prosiga, y si sienten lo contrario es probable que si continuamos hablando la situación empeore.

Otro de los temas punzantes es el modo en que la gente les habla a los perros. Me hace sentir vergüenza ajena. De verdad. Me pregunto qué pensarán los perros. Especialmente cuando las personas realizan una especie de acto de ventrílocuo y le hablan al perro y después responden por él empleando otra voz. Ya saben a lo que me refiero. Lo deben de haber escuchado alguna vez. Si hasta los perros lo consideran extraño. Observen al perro cuando una persona habla de ese modo. El perro tampoco puede creer lo que está escuchando. "¿Quiere tomar algo mi puchi-puchi? No, puchi-puchi quiere salir."

¿Sabían ustedes que gastamos unos dos mil millones de dólares por año solamente en comida para perros? Casi el doble de lo que gastamos en comida para

bebés. La comida para perros representa alrededor del once por ciento de las ventas de productos imperecederos de los supermercados. El promedio de los supermercados destina más de treinta metros de estantería para la comida de perros y los productos para perros. Hamburguesas para perros, bizcochos para perros, pollo a la perro, etcétera, etcétera. Un total de tres mil quinientos kilos de comida para mascotas. Y el cuarenta por ciento de los perros están excedidos de peso; me lo dijo un veterinario amigo.

Sumen a eso el costo del animal, los cuidadores, la atención veterinaria, los remedios y las vitaminas para perros. Sumen también el costo de los accesorios: collares, bols, las correas con incrustaciones de pedrería, los abrigos y el perfume para perros. (*Sí, perfume.*) Más el costo de las peluquerías, las personas que los llevan a pasear, las fotografías, etcétera. Súmenlo todo y comprobarán que en los Estados Unidos se gastan alrededor de siete mil millones de dólares por año en los perros. Siete mil millones de dólares.

El noventa por ciento de los perros de este país comen y viven mejor que el setenta y cinco por ciento de los habitantes del mundo.

Y la mayoría de los perros de los Estados Unidos comen y viven mejor que el veintitrés por ciento de los niños de este país, que viven y comen por debajo de la línea oficial de pobreza del gobierno.

¿Por qué sucede esto? ¿Por qué tenemos tantos perros y los tratamos tan bien? ¿Por qué necesitamos que nos protejan unos de otros? ¿Por qué necesitamos un cierto tipo de afecto que los seres humanos no somos capaces de brindarnos los unos a los otros? ¿Por qué estamos aburridos o nos sentimos solos o tenemos algún

trauma sentimental, o qué? Mi vecino, que tiene dos perros, escucha pacientemente mis quejas y me dice que yo no entiendo. Puede ser que no lo haga.

El mejor sentimiento que tuve hacia los perros lo experimenté en una primitiva aldea de Akah de las montañas del norte de Tailandia. Los akah crían perros como nosotros criamos cerdos y pollos. Tratan al ganado como si fueran compañeros de trabajo de suma utilidad, les ponen nombres y jamás se les ocurriría comérselos. Pero se comen a los perros. No son mascotas —los perros son sólo comida.

Hay otros modos de mirar a los perros.

La caja está rotulada "Las cosas buenas". Mientras escribo, veo la caja guardada en un estante alto de mi estudio. Me gusta verla cuando levanto la vista. La caja contiene todos esos tesoros personales que lograron sobrevivir mis arranques periódicos de ordenamiento y limpieza. La caja pasó las selecciones que realizaba cada vez que me mudaba. Un ladrón que buscara en su interior no se llevaría nada. Pero si alguna vez se produjera un incendio en la casa, al correr, sólo llevaría la caja conmigo.

Uno de los recuerdos de la caja es una pequeña bolsa de papel. La parte superior está sellada con cinta adhesiva, ganchos y broches, pero hay un pequeño orificio en un costado por el cual se puede observar el contenido.

Esta bolsita de papel ha estado a mi cuidado durante unos catorce años, pero en realidad le pertenece a mi hija Molly. Poco después de comenzar la escuela, Molly comenzó a colaborar con entusiasmo en la preparación de las bolsitas con el almuerzo para ella, sus hermanos y para mí. Cada bolsita contenía una porción de sándwiches, manzanas, dinero para la leche, y algunas veces una nota o una golosina. Una mañana, Molly me entregó dos

bolsitas. Una de ellas era la bolsita común con el almuerzo y la otra era la bolsita con la cinta adhesiva, los ganchos y los broches.

—¿Por qué me das dos bolsitas?

—La segunda tiene algo especial.

—¿Qué tiene?

—Algunas cositas, nada más. Quiero que te la lleves.

Como no quería demorarme por ese asunto, guardé las dos bolsitas en mi portafolio, le di un beso y me marché.

Al mediodía, mientras comía rápidamente mi almuerzo, rompí la bolsita de Molly y vacié el contenido sobre el escritorio. Dos cintas para el cabello, tres piedritas, un dinosaurio de plástico, un trocito de lápiz, un diminuto caracolito, dos galletitas de animales, una bolita, un lápiz de labios gastado, una muñequita, dos besos de chocolate, y trece monedas de un centavo.

Sonreí. Era encantadora. Me puse de pie preparándome para encarar todas las actividades importantes de la tarde y pasando la mano sobre el escritorio lo dejé limpio a la vez que arrojaba en el canasto de basura los restos del almuerzo y las cositas de Molly. Nada de todo eso me era de utilidad.

Por la noche, Molly se paró junto a mi sillón mientras yo leía el diario.

—¿Dónde está mi bolsita?

—¿Qué bolsita?

—Ya sabes, la que te di esta mañana.

—La dejé en la oficina, ¿por qué?

—Me olvidé de poner adentro esta nota. —Me mostró la nota.

—Además, quiero que me la devuelvas.

—¿Por qué?

—Las cosas de la bolsita son mis cosas, papi, las cosas que más me gustan; pensé que te gustaría jugar con ellas, pero ahora quiero que me las devuelvas. ¿No habrás perdido la bolsita, no? —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Por supuesto que no, pero me olvidé de traerla a casa —le mentí.

—Está bien, pero no te olvides de traerla mañana.

—Cómo no, querida, no te preocupes.

Mientras me abrazaba con alivio, abrí la nota que se había olvidado de guardar en la bolsita: “Te amo papá”.

Oh.

Y también uy, uy, uy, oh.

Miré a mi hija durante un buen rato.

Tenía razón, en la bolsita había “algo especial”.

Molly me había dado sus tesoros. Todo lo que amaba una niña de siete años. Amor en una bolsita de papel. Y yo no lo había notado. No sólo no lo había notado sino que además lo había arrojado al cesto de la basura porque ninguna de esas cosas me resultaba útil. Santo Dios.

No fue ni la primera ni la última vez que sentí que mi Permiso de Padre estaba por expirar.

El viaje a la oficina era largo pero era la única solución, así que partí hacia allá. El peregrinaje de un penitente. El encargado estaba terminando la limpieza. Levanté el cesto de la basura y lo vacié sobre mi escritorio. Cuando estaba revisando la basura, el encargado entró en mi oficina.

—¿Perdió algo?

—Sí, la cordura.

—Es posible que todavía se encuentre en el cesto. Si me dice que aspecto tiene, puedo darle una mano.

Mi primera intención fue no decírselo, pero ya era imposible parecer menos tonto, así que le conté todo. El encargado no se rió. Sonrió.

—Yo también tengo chicos.

Por lo tanto, la hermandad de los tontos se puso a revisar la basura, y encontramos los tesoros, y él me sonrió y yo le sonreí. Jamás se está solo en estas ocasiones. Jamás.

Después de lavar los dinosaurios para quitarles la mostaza y de rociar todo con enjuague bucal para que no tuviera olor a cebolla, alisé cuidadosamente la bolsita de papel y guardé los tesoros. Regresé a casa con la bolsita como si llevara conmigo un animalito herido. A la noche siguiente se la devolví a Molly; no me hizo preguntas y no le di explicaciones. La bolsita no tenía buen aspecto, pero su contenido estaba completo, y eso era lo que importaba. Después de la cena, le pedí a Molly que me hablara de las cosas que tenía en la bolsita. Fue sacando las piezas una a una, y las colocó en fila sobre la mesa del comedor.

Tardó un buen rato pues cada cosa tenía una historia, un recuerdo o alguna vinculación con sus sueños o sus amigos imaginarios. Las Hadas le habían dado algunas de las cosas. Y yo le había dado los besos de chocolate que ella había guardado para un momento de necesidad. Durante su relato, logré intercalar varios “Entiendo” en señal de inteligencia. Y en verdad, realmente entendí.

Para mi sorpresa, varios días después, Molly volvió a darme la bolsita. La misma bolsita arrugada, con las mismas cosas en su interior. Sentí que me había perdonado, que confiaba en mí y que me amaba. Y también me sentí más cómodo con mi título de Padre. En el curso de va-

rios meses, la bolsita me acompañó muchas veces. Nunca tuve bien claro por qué me daba o no la bolsita. Comencé a pensar que se trataba de un Premio al Papá y trataba de portarme bien la noche anterior para que Molly me la diera al día siguiente.

Con el tiempo, Molly volvió su atención hacia otras cosas... encontró otros tesoros... perdió interés en el juego... creció. No lo sé. ¿Y yo? Quedé en posesión de la bolsita. Molly me la dio una mañana y jamás me pidió que se la devolviera. Por consiguiente, todavía está en mi poder.

Hay momentos en que pienso cuántas veces me habrán brindado afecto sin que yo lo percibiera. Uno de mis amigos dice que eso se llama "ahogarse en un vaso de agua".

Por lo tanto, la gastada bolsita de papel todavía está en la caja. Es un recuerdo del momento en que una niña dijo:

—Aquí tienes, es lo mejor que tengo. Tómallo, es tuyo. Te doy todo lo que me pertenece.

No me di cuenta la primera vez. Pero ahora es mi bolsita de papel.

“Jovencito, este árbol está ocupado.” Sorprendido, oigo una voz desde arriba. La sorpresa es doble: me han llamado jovencito y el árbol al cual estoy por trepar está ocupado.

Mientras bajaba obedientemente, espí entre las ramas. Muy alto, vi, sin duda alguna, a una anciana. El pelo blanco recogido en un pañuelo amarillo, jeans, zapatillas y guantes de cuero. El anciano espíritu del árbol estaba instalado en una amplia horqueta del enorme olmo. La dama no tenía ni la más mínima intención de bajar.

—Búsquese otro árbol —me dijo en tono firme pero amistoso.

—Sí, señora.

Caminé hasta llegar junto a uno de los cuidadores del parque que estaba podando unos arbustos, pero antes de que pudiera hacerle la pregunta, me dio la respuesta.

—Sí, ya sé, hay una anciana arriba de ese árbol.

Me explicó que la anciana tenía alrededor de sesenta y cinco años, estaba jubilada y vivía en un departamento en la Avenida Federal. Todas las primaveras y veranos

iba al parque y se trepaba a los árboles. El cuidador pensaba que algún día la iban a tener que bajar los bomberos pero, por el momento, la anciana parecía saber lo que estaba haciendo y no molestaba a nadie. Le gustaba treparse a los árboles, y eso era todo.

Lo entendí perfectamente.

Tanto es así, que cuando me enteré de la existencia del Club Internacional de Trepadores de Árboles de Atlanta, Georgia, me hice socio activo. Uno de los motivos por los cuales me asocié es que tienen gran cantidad de equipo de seguridad y conocen muchas técnicas. Las dos cosas me serán de utilidad.

Hace poco tiempo me caí de un árbol. Al pasar entre las ramas me raspé los codos y recibí un fuerte golpe en la cabeza. El médico dijo que era conmoción cerebral. Un chichón en el cerebro. Y también un chichón en mi ego.

El médico me preguntó:

—¿Qué estaba haciendo arriba de un árbol? ¿Lo estaba podando?

(Se hizo una larga pausa. Yo pensé: Eso es lo que todos me van a preguntar. Si digo la verdad, no la van a comprender. Si invento algo, yo no lo voy a entender.)

—Sí —respondí en un murmullo.

Trepar a los árboles es mi debilidad, y eso es todo.

Pero no sé exactamente por qué lo es. Es difícil explicarlo. Debe de ser algo primitivo, algo que llevo en la sangre. Nuestros ancestros pasaron miles de años sobre los árboles. Por ese motivo, una cómoda horqueta de un olmo nos hace sentir como en casa. Como si pertenciéramos a ese lugar.

Y las casas en los árboles. Nos hacen sentir del mismo modo. Los niños las construyen clavando y martillan-

do, muy alto en la copa de los árboles, para que sus padres no puedan subir; pero, en un rincón de su corazón, los padres desearían estar allí. Si pudiera, yo viviría en una de esas casitas.

Ahora es un poco más difícil trepar a un árbol. Los hombres maduros no tienen la fuerza necesaria ni reciben la aprobación de la sociedad. Podar es otra cosa. Ése es un trabajo respetable. Rescatar un gatito o un barrilete también es respetable. Pero jugar... o simplemente trepar porque es hermoso... bueno...

Sin embargo, vale la pena el esfuerzo. Es hermoso estar arriba de un árbol. Lo malo es caerse de él. Especialmente si uno se hace un chichón en el cerebro. Cuando aterricé, vi doble durante un rato, lo cual me pareció muy interesante. Después vomité, lo cual no es para nada interesante. Imagínense la peor borrachera que hayan tenido y multiplíquenla por dos —eso es lo que se siente en una conmoción cerebral.

El médico me dijo que hiciera reposo durante algunos días, lo cual me pareció perfecto porque es lo que siempre trato de hacer.

Y me dijo que no me acercara a los árboles, lo cual prueba lo poco que saben los médicos de las cosas que son importantes para la salud mental.

En realidad, caerse tampoco es del todo malo. Se parece un poco a volar, pero no es necesario agitar los brazos.

Lo molesto es golpear contra el suelo.

Por lo tanto, el médico debió decir:

—Trate de no golpearse contra el suelo.

Yo lo hubiera entendido.

El problema es la gravedad. El motivo por el cual uno golpea contra el suelo es la gravedad. Ya sé que ustedes lo saben, pero lo menciono porque hay buenas noticias en cuanto a la gravedad. Está disminuyendo.

La Luna se está alejando de la Tierra a razón de dos pulgadas al año, porque la gravedad está disminuyendo. Eso significa que cada año pesamos aproximadamente una papita salada menos que el año anterior. Es verdad. Y eso implica que cuanto mayor sea uno, menor será el impacto contra el suelo. Es probable que dentro de cinco mil millones de años sea posible caer de un árbol muy alto sin llegar a estrellarse contra el suelo. Se podría flotar y volar. Eso sí que es positivo. Es reconfortante saber que hay esperanzas para el futuro. Por lo menos en algunos aspectos, las cosas van a mejorar. Pensé que les gustaría saberlo.

De todos modos hoy volví a treparme a un árbol. Estuve pensando en que me gustaría que fueran más las personas que pasan su tiempo arriba de los árboles, que regresan al lugar que hace siglos les proporcionaba seguridad. Simplemente pensando en las cosas. El viejo Buda se sentó frente a un árbol durante mucho tiempo, y se le ocurrieron ideas muy buenas. Me pregunto: ¿qué se le hubiera ocurrido si hubiese trepado al árbol y se hubiese sentado entre sus ramas?...

Si muchos de nosotros pasáramos mucho más tiempo sobre los árboles, podríamos modificar la gravedad en un sentido diferente —la tendencia de la gente mayor a ser seria— y ser más alegres. Imagínenselo. Ustedes y yo y muchos más como nosotros trepados a todos

los árboles de un parque una tarde luminosa de primavera. Pensando. Saludándonos con las manos.

¿Quieren unirse al club? Club Internacional de los Trepadores de Árboles, Casilla de Correo 5588, Atlanta, Georgia 30307, USA.

El maestro está en silencio. Está pensando: no puedo creer que yo esté haciendo esto. Se pone guantes de goma, mete la mano en una bolsa de plástico y saca un cerebro humano. Un verdadero cerebro humano.

Los alumnos están pensando: si me lo da a mí me voy a MORIR ¡A MORIR!

El maestro lo va pasando de mano en mano, por supuesto, y nadie se muere.

Cuando el cerebro regresa a las manos del maestro, éste se lo arroja al delantero del equipo de fútbol y este último al marcador del equipo. Todos ríen cuando al marcador se le cae sobre la mesa. El cerebro rebota.

Les debo una explicación. Era la clase inicial del curso de dibujo, y yo les había estado hablando del impacto que tuvo la investigación sobre el cerebro en el proceso artístico, empleando dibujos, diagramas y láminas de anatomía. Pasé un melón de mano en mano para que tuvieran una aproximación del tamaño del cerebro, pero el cerebro continuaba siendo algo abstracto. Los alumnos me miraban con esos ojos vacíos que indican

que se están aburriendo.

En ese preciso instante, una joven dijo:

—Yo puedo traer un cerebro humano a la clase, mi padre tiene muchos.

(Imagínense la reacción de todo el curso: Ella va a traer ¿QUÉ?)

Al parecer su padre era un neurocirujano que realizaba investigaciones en la escuela médica y tenía gran cantidad de frascos con cerebros en su laboratorio y podía prestarnos uno para que viéramos cómo era realmente. Yo consideré que podía manejar muy bien la cuestión y les dije a mis alumnos cuando se marchaban:

—¡Traigan un cerebro a la escuela! TODOS.

A la semana siguiente, la jovencita apareció, por supuesto, con un cerebro en una bolsa.

—Y bien señor Fulghum, ¿qué le parece?

La palabra “anonadado” jamás estuvo mejor empleada que en ese momento. Fue lo que los alumnos llaman algo “espantoso”.

—Yo tengo una de estas cosas entre mis orejas —le contesté.

A los alumnos les dije:

”Mi cerebro es un trozo de carne cruda por el momento. Está alimentado por el sandwich de salame, las papas fritas y la leche chocolatada que comí ayer. Y todo cuanto estoy haciendo en este momento —todo cuanto he hecho o haré— pasa a través de esta mole. Yo lo hice; es mi propiedad. Y es la cosa más misteriosa sobre la faz de la Tierra.

(El cerebro que tenía en la mano no estaba crudo, por supuesto —había sido conservado en formol. Era de color beige claro, un poco húmedo, suave y gomoso,

como la arcilla. Y tenía aproximadamente el mismo tamaño que el melón que habíamos empleado antes pero pesaba poco más de un kilo.)

"Yo comprendo el trabajo mecánico que realiza el cerebro: estimula la respiración, mueve la sangre, dirige el tráfico de proteínas. Todo eso se relaciona con la química y la electricidad. Un motor. Y yo sé algo sobre motores.

"Pero este motor de poco más de un kilo de carne también contiene todos los trucos que yo sé, una receta para cocinar pavo, el recuerdo del olor que tenía mi armario cuando estaba en la secundaria, todas mis penas, mi habilidad para manejar una pickup, el rostro de mi esposa cuando era joven, fórmulas tales como $E = MC^2$, y $A^2 + B^2 = C^2$, el Prólogo de los *Cuentos de Canterbury* de Chaucer, el sonido del llanto de mi primer hijo, la cura para el hipo, la letra del himno del Colegio St. Olaf, cincuenta años de sueños, el modo de atarme los cordones, el sabor del aceite de hígado de bacalao, una imagen de *Los girasoles* de Van Gogh, y la memorización del Sistema Decimal de Dewey. Todo está allí, en la CARNE.

"Un centímetro cúbico de cerebro contiene diez millones de bits de información y procesa cinco mil bits por segundo. Y por alguna razón, en el curso de miles de millones de años, evolucionó desde una roca hirviente, la Tierra, que caerá en el Sol algún día y dejará de existir. ¿Por qué? ¿Cómo?

"Eso es lo que yo pienso.

Hay un murmullo entre los alumnos. El maestro está inspirado y los ha cautivado.

El cerebro pasa de mano en mano una vez más, lenta y solemnemente. Se ha hecho otra vez el silencio. El

Misterio de los Misterios está presente, y nosotros formamos parte de él.

La conclusión más sólida a que ha llegado la investigación cerebral en los últimos veinticinco años es que:

Somos tan diferentes en el interior de nuestras cabezas como lo somos en el exterior de ellas.

Miren alrededor y observen la variedad infinita de cabezas humanas —piel, cabello, edad, características étnicas, tamaño, color, forma. Y sepan que en el interior, las diferencias son aun mayores—, lo que sabemos, el modo en que aprendemos, el modo en que procesamos la información, las cosas que recordamos y olvidamos, nuestra estrategia para funcionar y hacer frente a los problemas. Súmenle a todo eso que el “mundo” allá “afuera” es tanto una *proyección* desde el interior de nuestra cabeza como también una *percepción*, y llegarán a la conclusión de que es un milagro que nos podamos comunicar... Es casi increíble que nos desenvolvamos en la misma realidad. En el mejor de los casos, operamos sobre la base de un consenso abierto sobre la existencia.

Desde el punto de vista de la practicidad, este tipo de información hace que, día a día, sea un poco más paciente con las personas con las cuales convivo. Soy menos proclive a protestar diciendo: “¿Por qué no ves las cosas como las veo yo?” y digo con más frecuencia: “¿Tú lo ves de *ese* modo? ¡Santo cielo! ¡Qué sorprendente!”

Esto me ha hecho pensar en el cerebro de Einstein, que actualmente se encuentra en un frasco en un laboratorio de Missouri. Se lo extrajeron para estudiarlo y ver

si era diferente. *(No, no lo era. No fue su equipaje sino lo que hizo con él, lo que abrió la ventana hacia el Misterio de los Misterios.)* Cuando el Gran Al residía en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, un invitado solicitó que le mostraran el laboratorio de Einstein. El gran hombre sonrió, levantó su lapicera y se señaló la cabeza. (!!!!)

¿Han oído hablar de los bailes de veteranos? Los jóvenes usan algunas veces la palabra *veterano* para describir a las personas que son mayores y llevan una vida independiente. Hay un cumplido implícito en esa palabra. Significa que quizás uno sea un poco extraño pero que es una persona interesante.

Muchos de los que, como yo, son personas de edad somos un poco extravagantes. En algún momento nuestro código genético presiona un interruptor en nuestro cerebro. Abrimos el ropero para ver qué nos ponemos y de pronto nos preguntamos ¿qué importancia tiene? Alrededor de los sesenta años llegamos al punto en que ya esas cosas dejan de tener importancia. Salimos de casa en pantuflas camino al almacén y cuando nos damos cuenta, no regresamos a cambiarnos. Al demonio con todo. O nos dirigimos al buzón en salida de baño —la más vieja, descolorida y gastada— y nos importa un comino quién nos vea. O cuando alguien toca el timbre, no nos miramos al espejo antes de abrir, para ver si estamos bien. Simplemente abrimos la puerta. Es su problema, quienquiera que sea. Ya no combinamos los colores. ¿Y qué? No tendemos la cama todos los días. ¿Y qué? Nues-

tra vida se asemeja a nuestro viejo auto —en tanto funcione ¿a quién le importa qué aspecto tenga? Algunas personas dicen que esto es vegetar. Otras, que es el comienzo de la sabiduría. Elijan ustedes la definición que más les guste.

Pero yo iba a hablar sobre los bailes de veteranos.

Cuando estoy deprimido y mi vida parece haber llegado a un punto muerto y necesito hacer algo positivo, voy a los lugares donde las personas bailan. No me refiero a esos lugares donde las personas se apiñan unas contra otras y después se arrastran por el piso al compás de la música. Me refiero a los lugares donde van a bailar las personas a las cuales bailar les agrada realmente. Me encantan los bailarines. Todos los buenos bailarines que he conocido son además excelentes seres humanos. Y me apasiona la sorpresa que siempre me causa descubrir a esas personas. Me hace bien ver a una pareja de aspecto común —un poco gordos, serios, hogareños y todo eso— salir a la pista de baile y danzar como si fueran ángeles. Cuando me cruzo con personas como éstas en la calle, y comienzo a mirarlas despectivamente, una voz dentro de mí me dice que “probablemente son bailarines”, y cambio de opinión sobre ellos. Y sobre mí también.

Pero no olvidemos los bailes de veteranos.

Mi lugar favorito, el Owl Tavern, tiene sesiones de jazz tradicional los domingos por la noche desde las 18:30 hasta las 21:30. La banda toca música movida de Chicago y Nueva Orleans. La mayoría de las personas que concurren tienen más de cuarenta años, del tipo que usa traje y no bebe más de una cerveza porque tiene que pre-

sentarse a trabajar a las 07:30 del día siguiente. No forman lo que se podría llamar un grupo ruidoso. Son bailarines.

Me encanta mirar a mi alrededor tratando de adivinar quién será el rey de la noche. Algún veterano que lleva pantuflas y salida de baño invisibles. Una calva incipiente, cabello blanco, bajo, arrugado. Del tipo que uno piensa que debería estar en un hogar para ancianos cuando lo ve en la parada del colectivo. Pero lo vemos aquí y sabemos que es un bailarín, un bailarín veterano.

Y por lo general está con su esposa, la veterana. Un poco más joven que él, arreglada con esmero para ir a bailar, como siempre lo ha hecho durante más de cincuenta años. Miren sus zapatos. Si son negros con taco alto y una tira sobre el empeine, pueden estar seguros de la razón por la cual está allí y de qué va a hacer.

La música comienza a tocar, él la toma de la mano y da una especie de salto hacia la pista. Es una actuación para llamar la atención. Y entonces sucede. Ella se ubica en un sitio permanente formado por los brazos de él, los años desaparecen y una vez más, la Cenicienta y el Príncipe se mueven al compás de la música que reina en la sala y en sus corazones. Son necesarios más de cuarenta años para bailar con una pareja de ese modo. Con tanta soltura, con tanta gracia, con toda clase de pequeños movimientos que se han perfeccionado sin que fuera necesario hablar. Él baila con los pies chatos y limitando sus movimientos. Ella responde a sugerencias invisibles, girando ida y vuelta. Sus ojos se encuentran de vez en cuando, y uno se da cuenta de que está frente a un matrimonio feliz. Es necesario amar a alguien durante mucho tiempo para hacer lo que ellos están haciendo.

Algunas veces el veterano invita a bailar a otra da-

ma. Y alguien invita a la veterana. Los dos hacen quedar muy bien a la persona que baila con ellos. Y estoy seguro de que también la hacen sentir bien. Una veterana de ochenta y un años me invitó a bailar durante una de esas veladas. Me esforcé al máximo y ella me siguió perfectamente.

—Eres muy bueno, querido —me dijo cuando la acompañé a su asiento.

Ese cumplido me hizo sentir bien durante una semana.

Quiero ser, y me esforzaré por ser, un bailarín veterano. Y mi veterana y yo estamos practicando nuestro esquema de baile. Sé que es una responsabilidad pública ayudar a todos a permanecer jóvenes todo el tiempo que sea posible. Dar buenos ejemplos. Y tampoco quiero morir tranquilo en mi cama, sino que, al finalizar el último baile de una hermosa noche, quiero sentarme en una silla, sonreír y morir.

Todo esto me recuerda algo que me dijeron sobre los indios hopi. Ellos consideran que no hay diferencias entre rezar y bailar —que las dos cosas son necesarias para vivir mucho tiempo. Y creo que los hopi deben estar en lo cierto, porque debieron soportar muchas cosas y sin embargo todavía existen. Ellos dicen que para ser un hopi útil es necesario tener el corazón tranquilo y participar en todos los bailes. Sí, señor.

Hacia muchos años que en nuestra iglesia no se realizaba una representación de Navidad. A decir verdad, nos habíamos vuelto bastante racionales y eficientes en lo referente a la temporada navideña y nos contentábamos con que los niños de la Escuela Dominical festejaran el evento en forma superficial. También estaba fresco en nuestra mente lo acontecido la última vez que organizamos una representación a gran escala. La semana de la representación de Navidad coincidió con una epidemia de sarampión, varicela y gripe de Hong Kong. La noche de la representación hubo una tormenta de aguanieve, un corte parcial de electricidad que atrasó algunos relojes, y una de las ovejas alquiladas para esa ocasión tuvo diarrea. Y eso fue sólo una parte. José y dos de los Reyes Magos desertaron en medio de la representación y algunos angelitos hicieron el milagro de llorar y de mojarse en los pantalones. Para colmo de males, el coro de adolescentes que caminaba en forma irresponsable con las velas encendidas creaba una atmósfera de temor al fuego y a la ira de Dios más que un sentimiento de paz en la Tierra. No sé si fue realmente tan espantoso y, quizá, todas esas cosas no sucedieron el mismo año, pe-

ro una cantidad suficiente de las mujeres mayores de la iglesia quedó harta de todo el asunto y se encargó de rechazar toda sugerencia relacionada con una nueva representación. Era como si el cólera hubiera atacado una vez a la comunidad y nadie quisiera pasar nuevamente por esa situación.

Pero la nostalgia es fuerte y ablandó los cerebros de esas mismas señoras mayores cuando las madres más jóvenes, que jamás habían pasado por esa ordalía ritual, les rogaron para que se realizara la representación. Ya era tiempo de que sus hijos tuvieran la oportunidad de actuar.

Y al poco tiempo, todas las personas que antes no dejaban de repetir: "Ya debería haber aprendido de la experiencia", estaban dedicadas a confeccionar vestidos de ángeles con sábanas viejas, cartón y plumas de gallina. Como no se conseguían las salidas de baño adecuadas para la ropa de los Reyes Magos, algunos de los papás salieron a comprar nuevas y después les pasaron por encima con una pickup para que parecieran viejas. Una de las madres jóvenes estaba embarazada y se la conminó, afectuosamente, para que produjera un bebé recién nacido verdadero para principios de diciembre. La joven dio su palabra de que lo intentaría.

Se realizaron ensayos para que el coro de ángeles estuviera en forma. Consiguieron un pesebre con verdadera paja. Y si bien hubo consenso en cuanto a no incluir ovejas, un alma caritativa consiguió prestadas dos cabras pequeñas. El golpe de gracia fue alquilar un burro para que la Virgen María llegara sobre él. Ninguno de nosotros había visto entrar a una iglesia a un verdadero burro, y en su momento nos pareció una buena idea.

Hicimos una concesión en aras de la cordura y de-

cidimos que la representación se haría un domingo a la mañana a plena luz del día para poder ver lo que estábamos haciendo y para evitar que los angelitos del coro se asustaran debido a la oscuridad y se pusieran a llorar mojándose en los pantalones. Tampoco habría velas ni ensayo general. Se supone que estas cosas deben ser un poco improvisadas y, además, nadie estaba dispuesto a pasar dos veces por lo mismo.

Llegó el gran día y todos estaban en la iglesia. Los esposos que no concurrían regularmente, lo hicieron —quizá por el mismo motivo que se sentirían atraídos hacia un choque de colectivos.

En realidad no salió del todo mal. Por lo menos no al principio. Las cabras se soltaron en el estacionamiento y los pastores tuvieron que atraparlas, pero cantamos los villancicos a plena voz y el coro de ángeles realizó su primera gran actuación casi sin desafinar y al unísono. Encendimos la Estrella de Belén sobre el pesebre y llegó el momento en que José y María debían hacer su aparición; María debía llegar sobre el burro alquilado, llevando lo que más tarde supimos que era una muñeca de trapo (pues la joven embarazada aún no había dado a luz). Pero nuestra equivocación fue alquilar un burro.

El burro dio dos pasos vacilantes a través de la entrada al atrio, miró alrededor y entró en trance. Trabajó las patas, convirtió su cuerpo en cemento, más que si estuviera en *rigor mortis*, y la procesión tuvo que detenerse. Ahora bien, hay algunas cosas que a uno se le podrían ocurrir para hacer mover a un burro, pero existe un límite en cuanto a lo que se le puede hacer a un burro en una iglesia un domingo por la mañana frente a mujeres y niños. La Virgen María saltó sobre la montura y le dio algunas patadas en los flancos, sin resultado alguno.

El presidente del consejo de administración, sentado en la primera fila y vestido con su mejor traje, avanzó al rescate. El piso del atrio era de cemento lustrado. Y así, con un hombre que tiraba de las riendas, el presidente del consejo se agachó en la parte de atrás del burro y empujó —haciendo que la bestia rígida se deslizara lentamente por el suelo, centímetro a centímetro. Al ver que avanzaba, el director del coro encendió el grabador y la iglesia se llenó con el maravilloso sonido del Coro del Tabernáculo Mormón acompañado por la Orquesta de Filadelfia.

Justo cuando el burro y los que lo empujaban llegaron al medio de la iglesia, el grabador se rompió y se produjo un silencio repentino. Y en ese silencio se escuchó una voz exasperada desde la parte de atrás del burro. “¡MUEVE EL CULO, HIJO DE PUTA!” Seguida de inmediato de una voz proveniente de la parte de adelante de la iglesia —la esposa del que empujaba al burro— “¡Leon, cierra tu súa boca!” Y en ese instante el burro rebuznó. Si ese día hubiéramos realizado una votación para elegir al más tonto de la comunidad, se hubiera mencionado a varios candidatos. Y la votación hubiera sido muy pareja.

¡Es tan divertido observarnos cuando hacemos las cosas que hacemos!

Y aunque han pasado varios años desde la última vez que se realizó una representación de Navidad, estoy seguro de que la representación se volverá a hacer. El recuerdo de la risa sobrevive al recuerdo de los problemas. Y la esperanza —la esperanza nos hace creer siempre que *esta vez, este año*, las cosas nos saldrán bien.

Y según creo, ése es el sentido de la Navidad. Se trata de la vida real, pero en mayor cantidad de la usual en una sola vez. Y supongo que continuaremos festejándo-

la. Poniéndonos frenéticos, sintiéndonos confundidos y frustrados y hasta enojándonos. Y también llenándonos de alegría, esperanza y felicidad. Reiremos y lloraremos, pensaremos en el pasado y en el futuro. Beberemos y comeremos de más. Nos daremos abrazos y besos y haremos un gran lío. Gastaremos mucho dinero. Y siempre habrá alguien que deserte o se moje los pantalones. Como siempre, cantaremos solamente algunos de los versos, y casi todos desafinando. Lo haremos una y otra vez. Nosotros somos la representación de Navidad —con todos sus descalabros.

Y en mi opinión, lo mejor es dejar simplemente que pase. Como lo puede atestiguar por lo menos una de las personas que yo conozco, el que se pone demasiado exquisito se mete en problemas.

Reflexionar. ¿Lo han hecho ustedes alguna vez? Desde que encontré esa palabra en la historia del nacimiento de Jesús no he dejado de pensar en ella. Las Escrituras dicen que “María reflexionó sobre todas esas cosas en su corazón”. Cuando pensamos en todo lo que abarca la frase “todas esas cosas”, no es de extrañarse que María haya reflexionado. Se trata de una adolescente que acaba de tener un hijo en un pesebre, su esposo se queja de los impuestos y la cabeza del gobierno de esa zona ha optado por el infanticidio. Y como si eso fuera poco, no dejan de pasar astrólogos, pastores de ovejas y ángeles que le hacen preguntas, emiten proclamaciones y cantan a coro. Para colmo de males, los animales que están en el establo con ella, *hablan*. No son muchas las vacas que hablan en hebreo, pero al parecer eso fue lo que sucedió allí. Son motivos suficientes para que una persona se ponga a pensar seriamente. Y yo diría que “reflexionar” es la palabra perfecta para describir lo que estaba haciendo María.

El viejo Job también pensó de un modo similar cuando estaba entre las cenizas y Jonás, en la oscuridad

del vientre de la ballena. Estoy seguro de que ellos también reflexionaron.

Y yo también reflexiono. Todos los años, tres o cuatro días después de la festividad de Año Nuevo. Ya no sucede nada especial y por lo tanto es un momento especial. El primer día en que todo vuelve a la rutina normal. Los parientes han regresado a su hogar. La Navidad llegó y se fue, tanto si fue buena, mala o indiferente. La víspera de Año Nuevo y el primer día del año quedaron atrás, tanto para los que festejaron como para los que se fueron a dormir temprano. La casa está limpia y ordenada y los restos de comida partieron con la basura. Es demasiado pronto para ocuparse de los impuestos o para trabajar en el jardín.

No es una época de inactividad total. Si dan una vuelta por su barrio un domingo por la tarde, comprobarán que la vida continúa. Ya se ven los brotes de una nueva primavera en los árboles, y en la profundidad de los canteros, los bulbos de narciso y azafrán comienzan a estremecerse. Ustedes lo saben porque también sienten ese temblor en sus raíces. Y los días comienzan a ser más largos.

Reflexionar no es cavilar ni lamentar ni siquiera meditar. Es pensar a un nivel profundo.

Este año el Día de Reflexión, me dediqué a pensar durante toda una tarde.

Reflexioné sobre las chicas de las cuales estuve enamorado hace mucho tiempo. ¿Dónde estarán ahora? ¿Cómo estarán? ¿Perdí algo bueno? ¿Qué sucedería si las buscara y las llamara? (*"¡Hola soy yo!" "¿Quién?"*)

Reflexioné sobre todas las personas que, sin saber-

lo ahora, no estarán aquí para reflexionar el año próximo. Si lo supieran ahora, ¿les sería de utilidad? Y todos los niños que estarán aquí el año próximo ¿quiénes estarán pensando en ser padres en este momento?

Reflexioné sobre todas las personas que están en la cárcel, en especial en aquellas que fueron castigadas injustamente. ¿Tendrán esperanzas?

En algún momento del Día de Reflexión, mis pensamientos me llevan a hacer un pacto secreto conmigo mismo. Del tipo que no le contamos a nadie por temor a quedar en ridículo. Esas cosas que nos guardamos en silencio para que no nos pesquen dejando de hacer algo que dijimos que íbamos a hacer. *(Una vez hice una lista de todas las cosas buenas que había hecho el año anterior y después le puse una fecha muy anterior y la convertí en una lista de buenos propósitos. Me hizo sentir muy bien.)*

Mientras reflexionaba, recordé mis días de escuela secundaria. El regreso a la escuela después de las vacaciones de invierno; mi juramento secreto de que ese año me esforzaría más. Y durante algunos días lo hacía. No siempre continuaba haciéndolo —hay muchas distracciones cuando uno es joven— pero por lo menos durante algunos pocos días —unos pocos días llenos de esperanzas— me probaba a mí mismo que podía sobresalir. Si lo deseaba.

Hoy en día, ya maduro, mis pensamientos son más amplios e incluyen mi experiencia, pero casi en forma inconsciente, me propongo lo mismo. Puedo ser mejor. El Presidente, el Papa y toda la humanidad. Todos podemos ser mejores.

Esto me recuerda la historia de un hombre que encontró el caballo del rey sin saber que era el caballo del

rey, y se lo quedó. Pero el rey lo descubrió, lo hizo arrestar y lo estaba por ejecutar por robar el caballo. El hombre trató de explicar lo sucedido y dijo que aceptaría sin quejas el castigo, ¿pero sabía el rey que él podía enseñarle a hablar al caballo y de ese modo sería un rey muy importante que poseería un caballo parlante? El rey piensa que no tiene nada que perder y le dice que sí. Le dará un año. Los amigos del hombre piensan que está loco. Pero el hombre dice: ¿quién sabe? El rey puede morir, yo puedo morir, puede llegar el fin del mundo, el rey se puede olvidar. Pero tal vez, sólo tal vez, *el caballo llegue a hablar*. Debemos creer que todo es posible.

Y por esa razón, cuando mi esposa me preguntó dónde había estado, le respondí:

—Oh, hablando con un caballo.

Y le di algo en qué reflexionar.

¿Y usted a qué se dedica? Esta pregunta surge tanto entre extraños que viajan en avión, como en la reunión de padres de un colegio, como en una reunión social, así como también en cualquier situación en la que uno se vea obligado a conversar por el mero hecho de hacerlo. Es un modo de averiguar velada y amablemente en qué estrato social se encuentra la otra persona. La versión burocrática de esa pregunta es directa: Llene el espacio marcado "Ocupación". La DGI lo exige, y también el policía que le hace una multa, y el organismo que extiende los pasaportes, y el Banco. Diga qué trabajo hace para obtener una remuneración, y sabremos quién es y cómo tratarlo.

Cuando les pregunto a las personas qué hacen, por lo general me entregan un pequeño trozo de cartulina que resume su identidad. Nombre, nombre de la empresa, cargo que ocupa, dirección, muchos números —teléfono, télex, cable y fax. Una tarjeta de presentación. Si en la actualidad uno no tiene una tarjeta de presentación, no se lo toma en serio. Aunque creo que algunas veces es lo opuesto.

Por ejemplo, la tarjeta de un compañero de viaje

decía que era el vicepresidente encargado de análisis de sistemas de Único.

—Qué bien, ¿pero qué hace realmente?

Me señaló el título de su cargo como si yo no lo hubiera visto.

—Pero si lo siguiera todo el día, ¿qué lo vería haciendo? —volví a preguntarle.

Habló durante un largo rato. Todavía no sé en realidad qué hace. Y estoy seguro de que él tampoco.

Cuando llegó mi turno, yo no tenía una tarjeta de presentación. No puedo describirme en un trocito tan pequeño de papel. Lo que hago es bastante complicado y tardo tanto tiempo en describirlo que con frecuencia eludo la pregunta mencionando algo simple, que es verdad pero que no es toda la verdad. A pesar de esta táctica, muchas veces he quedado mal parado.

En un vuelo a San Francisco le dije a mi compañera de asiento que era portero, pensando que de ese modo cortaba la conversación y podía seguir leyendo mi libro. *(En mi vida he tenido que pasar mucho tiempo limpiando, acomodando y tirando basura; no me pagan por hacerlo, pero lo hago con mucha frecuencia.)* Pero a ella le fascinó. Resultó ser la encargada de una columna para amas de casa de un pequeño periódico y decidió pasar el resto del viaje enseñándome sus secretos para limpiar y ordenar la casa. Ahora sé más de lo que jamás pensé que sabría sobre quitar manchas de las alfombras.

También resultó ser miembro de la Iglesia en la cual yo debía disertar ese domingo. No lo supe hasta que, al subir al púlpito, la vi sentada en la tercera fila. Después me enteré de que ella supo desde un principio quién era yo pero fue lo suficientemente creativa como para pen-

sar que si yo quería viajar en avión haciéndome pasar por un portero, era probablemente porque tenía algún motivo.

En otra ocasión, me instalaron en un vuelo a Tailandia junto a un caballero sikh de aspecto muy distinguido. Joyas muy caras, ropa fina, diente de oro. (*Probablemente un comerciante de casta alta, pensé.*) Cuando me formuló la consabida pregunta de a-qué-se-dedica, le respondí sin pensar, que era neurocirujano.

—¡Qué maravilla, yo también! —me dijo encantado.

Y lo era. De verdad. Me costó un poco de trabajo aclarar la cuestión, y luego tuvimos una maravillosa conversación hasta llegar a Bangkok; pero durante diez segundos, sentí una gran tentación de hacerme pasar por sordomudo.

Habiendo aprendido la lección, la siguiente vez que subí a un avión y me senté junto a una persona conversadora, le conté estas historias y le sugerí que jugáramos —para divertirnos un poco— a que cada uno inventara una ocupación y fingiera que era la suya hasta llegar a Chicago. A mi compañero de asiento le pareció perfecto, así que él dijo que era espía y yo decidí ser una monja. Nos divertimos muchísimo —fue una de las mejores conversaciones de mi vida. Me comentó que estaba ansioso por que su esposa le preguntara:

—¿Cómo te fue en el viaje, querido?

—Había una monja que llevaba puesto un traje de tweed...

Pero la pareja de Green Bay que ocupaba el asien-

to detrás del nuestro estaba atónita. Escucharon a la monja y al espía en silencio. Ellos *realmente* tendrían algo para contar cuando les preguntaran:

—¿Cómo les fue en el viaje?

Cuando el hombre pasó junto a mí, me dijo:

—Que tenga un buen día, hermana.

Cuando he tenido que completar formularios, se produjeron situaciones similares. En un documento del Banco, escribí “príncipe” en el espacio que decía “ocupación”. Esa mañana mi esposa me había dicho:

—Fulghum, algunas veces eres un verdadero príncipe.

Y algunas veces lo soy. Como ese día me sentía principesco, lo escribí en el espacio en blanco. El empleado no lo consideró correcto. Tuvimos una discusión amistosa en cuanto a la cuestión de la identidad: ¿Es mi ocupación la tarea por la cual me pagan dinero o es algo más amplio e importante, algo que se refiere a lo que yo soy o al modo en que pienso de mí mismo?

No es lo mismo ganarse la vida que tener una vida. Ganarse la vida y hacer que la vida de uno valga la pena no son la misma cosa. Vivir *la* buena vida y vivir *una* buena vida no es lo mismo. El título de un cargo ni siquiera llega a aproximarse a la respuesta de la pregunta “¿A qué se dedica usted?”

Marcel Duchamp, considerado uno de los mejores artistas del período anterior a 1940, se sentía igualmen-

te frustrado por las implicaciones de esa pregunta.

—Soy un *respirateur* (una persona que respira)

—respondía.

Según su explicación, lo que él hacía con más frecuencia era respirar, y aclaraba que lo hacía muy bien. Después de eso, por lo general las personas temían preguntarle qué más hacía.

Lo sé, lo sé. No podemos entregar una autobiografía de doscientas páginas cada vez que alguien nos pide un mínimo de información. ¿Pero si en lugar de responder la pregunta indicando la tarea por la cual recibimos una remuneración, respondiéramos tomando en cuenta las cosas que hacemos y que nos hacen sentir bien o que nos hacen sentir útiles a la empresa humana? (*Si por casualidad a usted le pagan por hacer lo que le gusta, siéntase afortunado, a muchas personas no les sucede lo mismo.*)

Incline un poco la balanza y responda esa pregunta tomando en cuenta el modo en que pasa un día normal de veinticuatro horas. Yo podría decir que soy un *dormideur* o *siesteur*, es decir una persona que duerme, y que lo hace muy bien. Si alguna vez hubiera un evento olímpico para dormir, yo ganaría la medalla de oro. De cada veinticuatro horas, paso ocho durmiendo en mi cama, y todas las tardes hago una siesta de treinta minutos. Eso es más de un tercio de mi vida. Si vivo hasta los setenta y cinco años, habré pasado más de veinticinco años dormido. Ninguna otra actividad me exige más tiempo en un solo lugar. Mientras estoy dormido, no hago daño a nadie ni causo problemas, y ecológicamente, es una buena actividad. Si me pagaran por lo bien que lo hago

sería un hombre muy rico. El mundo sería mejor si las personas durmieran más, o si por lo menos pasaran más tiempo en la cama. Hay algunas personas que no me gustan mucho cuando están despiertas, pero que no me molestan en lo más mínimo cuando están durmiendo, babeando sobre su almohada.

Si hoy me hubieran formulado la pregunta de a-qué-se-dedica, hubiera respondido que era un cantante. No sólo no me pagan por cantar, sino que algunas veces mis amigos pagarían para que yo *no* cantara. Sin embargo, a mí me encanta cantar. En la ducha, cuando voy en auto al trabajo, mientras trabajo, cuando voy a almorzar, y a dúo con cualquier canción que reconozca en la radio. Canto. Eso es lo que hago. Dios no me dio el equipo necesario para satisfacer mis deseos. Mi voz es lo que ustedes llamarían con amabilidad una "voz indefinida". Escucho la música en mi cabeza, pero no puedo reproducir lo que escuché, aunque a mí me parezca que lo hago bien. Durante toda mi vida he tratado de ser solista pero siempre me dijeron que mi lugar era el coro. Y después me eliminaban del coro porque había demasiados de lo que yo soy (sea lo que fuere). Me encantaba ser el padre de mis hijos cuando eran pequeños y no tenían pautas musicales porque cantaban conmigo sin criticarme. No importaba que no supiéramos todas las palabras o que no fuera el tono adecuado. A nosotros, los cantantes, no nos intimidan las cuestiones técnicas. Cantantes son los que cantan.
Y punto.

Algunas veces, cuando me formulan la preguntita, digo que soy empleado del gobierno. Tengo un trabajo gubernamental que es esencial para la seguridad nacional: *soy un ciudadano*. Al igual que los jueces de la Corte Suprema, mi trabajo dura hasta mi muerte, y el bienestar de mi país depende de mí. Creo que sería justo que se me pidiera que rindiera cuentas de mi desempeño en el cargo, del mismo modo que espero que aquellos que ocupan cargos para los cuales fueron electos, me rindan cuentas de su desempeño. Me gustaría poder decir que me desempeñé bien y me siento orgulloso de haberlo hecho.

“Lo que yo hago” es literalmente “cómo paso mi tiempo”. En el momento en que escribo estas líneas, otoño de 1988, calculo que hasta el presente he pasado treinta y cinco mil horas comiendo, treinta mil horas tratando de llegar de un lugar a otro, dos mil quinientas ocho horas cepillándome los dientes, ochocientas setenta mil horas en cosas varias, completando formularios, arreglando o reparando cosas, pagando cuentas, vistiéndome y desvistiéndome, leyendo, concurriendo a reuniones de negocios, enfermo, y todo ese tipo de cosas. Y doscientas diecisiete mil horas trabajando. Una vez que se termina de sumar y restar no quedan muchas horas más. Las cosas buenas deben encajar en otro lado, de lo contrario las cosas buenas se deben realizar al mismo tiempo que hacemos todo lo demás.

Es por eso que siempre digo que no me preocupa el significado *de* la vida, yo no puedo manejar algo tan grande. Lo que me preocupa es el significado *en* la vida; día a día, hora a hora, cuando hago lo que sea que esté

haciendo en ese momento. Lo importante no es lo que hago, sino lo que pienso de mí mientras lo estoy haciendo.

Ahora tengo una tarjeta de presentación. Finalmente logré decidir qué debía poner en ella. Una palabra. "Fulghum". Ésa es mi ocupación. Y cuando la entrego, da pie para conversaciones interesantes. Lo que hago es ser lo más Fulghum que puedo. Lo cual implica ser hijo, padre, esposo, amigo, cantante, bailarín, comer, respirar, dormir, ser portero, lavaplatos, bañarme, nadar, correr, caminar, ser artista, escritor, pintor, maestro, predicador, ciudadano, poeta, consejero, vecino, soñador, desear, reír, viajar, peregrinar, etcétera, etcétera.

Usted y yo somos un milagro infinito, rico, extenso, contradictorio, respiramos y estamos vivos, y somos seres humanos libres, hijos de Dios y del universo infinito. Y a eso nos dedicamos.

En la mayoría de las escuelas norteamericanas hay alguien que enseña a manejar. Es éste un trabajo ingrato, de baja categoría, casi al mismo nivel que el de la profesora de mecanografía, en lo que respecta al cuerpo de profesores. Este entrenador es algo así como una no persona. Los padres de los alumnos no llegan a conocerlo jamás; el cuerpo de profesores no lo incluye en su círculo íntimo, y los alumnos consideran que es un mal necesario. Un adulto más a quien le deben besar el culo para obtener lo que quieren. Es una tarea que puede realizar cualquiera que tenga un poco de inteligencia, y cualquiera que quiera desempeñar ese trabajo no tiene grandes ambiciones, ni talento ni capacidad. Tal vez.

Sin embargo, a mí me gustaría enseñar a manejar durante un tiempo. Sería un honor, ahora que lo veo del modo en que lo ve el viejo señor Perry. Los alumnos lo llaman así. "El viejo señor Perry" (*ése no es su verdadero nombre*). También le dicen "el Maestro de Manejo" y "Obi Wan Kenobi". Como este último es el nombre del sabio de la trilogía de La Guerra de las Galaxias les pregunté a algunos alumnos por qué lo llamaban así, y ellos me dijeron que saliera a dar una vuelta con él y lo com-

probara por mí mismo. Así lo hice.

Jack Perry. Aspecto promedio, ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni viejo ni joven, ni correcto ni extraño. Genérico. En la calle pasaría inadvertido y nadie lo señalaría en una fila de sospechosos. Ex contramaestre en jefe de la Marina, retirado, una esposa, cuatro hijos grandes, protestante, cuida su jardín porque le agrada hacerlo. Le gustan los autos y los chicos, por eso enseña a manejar.

(Debo admitir que la conversación que transcribo a continuación es una reconstrucción de lo que los dos conversamos, bastante libre. Lo que deseo transmitirles es el espíritu de ese intercambio. Jack es un hombre taciturno y en realidad dijo mucho menos de lo que he transcripto, porque comenzaba a decir algo y después agitaba la mano y decía "Usted ya sabe el resto". Le mostré este texto y me dijo que estaba mejor expresado de lo que él había dicho, pero coincidía con todo. A los chicos les gusta, en parte, porque escucha mucho más de lo que habla.)

- Así que usted es el encargado de enseñar a manejar.
- Sí, ése es el nombre de mi cargo.
- Me gustaría saber qué es lo que usted realmente HACE. Los alumnos dicen que usted es una de las mejores personas de la escuela; "lo máximo", según sus palabras textuales.
- ¿Lo quiere saber de verdad?
- Sí, de verdad.
- Quizá suene presuntuoso, pero me considero una especie de lama —ayudo a los jóvenes a cum-

plir un rito — y mi trabajo es hacerlos pensar sobre esta etapa de sus vidas.

La mayoría está por cumplir los dieciséis años. Saben mucho más sobre la vida, el sexo, el alcohol, las drogas y el dinero de lo que sus padres o maestros piensan. Y físicamente ya casi son como serán de adultos.

Pero no tenemos ningún rito cultural para reconocer que están creciendo. No hay ninguna ceremonia, ni cambio de ropa, ni ninguna declaración o bando público que diga: “Éste ya no es un niño, es un adulto joven”.

Lo único que hacemos es darles un registro de conductor. Tener un auto significa que uno se muda del asiento de atrás al asiento del conductor. Ya no se es más un pasajero. Está al mando. Puede ir adonde quiera. Ahora tiene poder. Así que hablamos de eso, del poder.

—¿Pero aprenden a manejar un vehículo?

—Oh, eso no les cuesta nada — algunas horas conduciendo mientras yo les hago algunas sugerencias, la lectura del manual — y ellos lo *desean* y se esfuerzan por lograrlo. Pero yo no les hablo mucho del tema; ellos deben aprobar un examen y eso por lo general los ayuda.

—¿Y de qué hablan cuando salen en el auto?

—Sobre su nuevo poder, oportunidad y responsabilidad. Sobre sueños y esperanzas y temores, sobre “algún día” y “qué pasaría si”. Yo los escucho la mayor parte del tiempo. No soy su padre, ni un maestro, ni un vecino, y no me ven casi nunca excepto cuando salimos solos a dar vueltas en un auto. Se sienten seguros conmigo. Me hablan del

amor, del dinero y de los planes, y me preguntan cómo era todo eso cuando yo tenía su edad.

—¿Me llevaría a dar una vuelta? Mi habilidad para manejar podría mejorar.

Y fuimos. Y así fue. Mejoré mi habilidad para manejar así como también mi sentido de ubicación y fin.

Esa experiencia con el Maestro Conductor pone de relieve la profunda verdad de una vieja historia. Si no la conocen, ya es momento de que lo hagan. Si la conocen, deberían recordarla de vez en cuando.

La historia cuenta que un viajero de Italia llegó al pueblo francés de Chartres para ver la gran iglesia que se estaba construyendo allí. Como llegó a finalizar el día, se dirigió al sitio de la obra justo cuando los obreros se marchaban a su casa. Le preguntó a un hombre, cubierto de polvo, qué hacía allí. El hombre le respondió que era un picapedrero. Pasaba todo el día rompiendo piedras. Le preguntó a otro hombre que le respondió que era un soplador de vidrio y pasaba todo el día haciendo trozos de vidrios de colores. Un tercero le respondió que era herrero y fundía hierro para ganarse la vida.

Adentrándose en la semioscuridad del edificio en construcción, el viajero encontró a una anciana que, armada con una escoba, barría las piedritas y las astillas de madera y vidrio que habían quedado después del trabajo de ese día.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó.

La mujer se detuvo, se apoyó en la escoba y levantando la vista hacia los grandes arcos, respondió:

—¿Yo? Estoy construyendo una catedral para la Glo-

ria de Dios Todopoderoso.

He pensado con frecuencia en el pueblo de Chartres. Comenzaron algo que sabían que jamás verían terminado. Construyeron pensando en algo mucho más grande que ellos mismos. Tuvieron una visión magnífica.

Puede decirse lo mismo de Jack Perry. No verá crecer jamás a sus alumnos. Son pocos los maestros que lo hacen. Pero desde el lugar donde se encuentra y con lo que él tiene, hace lo posible para que se cumpla su visión de cómo debería ser el mundo.

La anciana de Chartres era un ancestro espiritual del hombre que enseña a manejar, que está construyendo una catedral al emprendimiento humano, en silencio y a su modo. Les enseña a los jóvenes no sólo a conducir un auto sino también a conducir una vida — con precaución.

Después de lavar los platos y enjuagar la piletta, en la rejillita quedan lo que llamaré, por el momento, algunas "cosas". Una persona racional, inteligente y objetiva diría que se trata simplemente de una mezcla de partículas de alimentos demasiado grande como para pasar por las cañerías, compuesta de trocitos de proteínas, carbohidratos, grasas y fibras. Caspa de la cena.

Además, esa persona podría agregar que el material fue esterilizado primero por el elevado calor de la cocción e higienizado posteriormente al pasar por el detergente y el agua caliente, y además fue enjuagado.

Pero cualquier adolescente que se haya visto obligado a lavar los platos sabe que esa explicación es una mentira. Esas cosas atascadas en la rejillita de la piletta son desperdicios tóxicos —un veneno mortal—, un peligro para la salud. En otras palabras, asquerosamente repugnantes.

Una de las pocas razones por las cuales respetaba a mi madre cuando tenía trece años, era porque ella podía meter la mano en la piletta sin guantes —SIN GUANTES— para sacar la porquería mortal y tirarla a la basura. Como si eso fuera poco, la vi meter la mano en la bolsa de la

basura removiendo todo en busca de una cucharita perdida y SIN GUANTES —una especie de valor rayano en la locura. Mi madre encontró la cucharita en un mazacote de café y restos de huevos revueltos y sopa de verduras. Casi me desmayo cuando me la pasó para que la lavara. Ningún adolescente que deseara seguir con vida se hubiera atrevido a tocarla sin estar armado de guantes, una mascarilla y un par de pinzas de acero inoxidable.

Una vez en la escuela, me topé con la palabra francesa *ordure*, y cuando la maestra me dijo que significaba “suciedad increíble”, supe exactamente a qué se refería. Nosotros la teníamos todas las noches. En la rejillita de la pileta de la cocina.

Cuando le hablé de mi nueva palabra a mi madre mientras lavaba los platos, ella me miró con sorna y me explicó que la cena que acababa de comer tenía un aspecto muy similar dentro de mi estómago en ese momento, se estaba descomponiendo, y ni siquiera había sido lavada y enjuagada antes de ingresar en mi cañería. Si me hubiera dado a elegir entre esa novedad y un golpe en la cabeza, hubiera preferido que me golpearan en la cabeza.

Durante mucho tiempo utilicé todos los métodos posibles para convencerlos de que compraran un triturador de basura y un lavaplatos automático, pues sabía que habían sido inventados para que *nadie* tuviera que volver a tocar *jamás* esa porquería.

Dijeran lo que dijeren mis padres o cualquier adulto objetivo, yo sabía que esa cosa que estaba en la rejillita de la pileta era mortal y séptica. Podía transmitir la lepra o algo peor. Si alguna vez se la tocaba por accidente, era necesario lavarse los dedos con agua hirviendo y jabón antes de tocarse otra parte del cuerpo. Y lo que

era peor, yo sabía que esa cosa podía coagularse, crecer como un hongo y transformarse en algo viviente que saldría de la piletta por la noche y rondaría por la casa al acecho.

Ustedes se preguntarán por qué no usaba guantes de goma. Pero, por favor. Los guantes de goma son para los mariquitas. Además, tengan presente que mi madre no los usaba. Mi padre no se aproximó jamás a menos de tres metros de la piletta. Mi madre decía que era un haragán. Pero yo sabía que él sabía lo que yo sabía sobre la porquería.

Cierta vez, después de la cena, le dije que estaba seguro de que Jesús no había tenido que lavar nunca los platos ni sacar la porquería de la piletta. Papá estuvo de acuerdo, y ésa fue la única discusión sobre teología que tuvimos.

Sin embargo, mi padre destapaba el baño con una sopapa, y allí la suciedad era mucho peor. Yo ni siquiera entraba en la habitación cuando él estaba trabajando. No quería saber.

Pero ahora, ahora soy una persona mayor. Y ya hace tiempo que lo soy. Y me imagino hablando ante un grupo de alumnos secundarios a punto de graduarse. Primero les preguntaría: ¿cuántos de ustedes desearían ser adultos, ciudadanos independientes? Todos levantarían la mano con entusiasmo. Y entonces yo les daría esta lista de las cosas que hacen los adultos:

- limpiar la rejillita de la piletta
- destapar el baño
- limpiar a los bebés cuando se hacen pis y caca
- limpiar narices sucias
- limpiar el piso cuando el bebé tira la comida
- limpiar hornos y hornallas grasientos y fuentes

con restos de comida

—vaciar la cajita del gato y limpiar los excrementos del perro

—sacar la basura

—enterrar las mascotas muertas cuando las pisa un auto en la calle

Les diría a los graduados que cuando puedan hacer esas cosas serán adultos. Es probable que algunos no quieran seguir adelante, pero tendrán que hacer frente a la verdad.

Puede ser aun peor de lo que indica la lista. Mi esposa es médica y no les voy a contar lo que ella me cuenta que tiene que hacer algunas veces. Desearía no saberlo. Algunas veces me siento incómodo al estar junto a una persona que hace esas cosas. Y también orgulloso.

La buena voluntad para realizar la parte que a uno le corresponde de la limpieza constituye una prueba. Y sacar la basura de esta vida es una de las condiciones para ser miembro de la comunidad.

Cuando uno es chico, siente que si realmente lo amaran no le pedirían que sacara la basura. Cuando se forma parte del mundo adulto, uno saca la basura porque ama a su familia. Y no me refiero tan sólo a la familia de uno sino a la familia de la humanidad.

El viejo cliché no ha perdido actualidad.

Ser adulto es un trabajo sucio.

Pero alguien lo tiene que hacer.

Una señora que conozco tiene una enorme juguetería en el centro de la ciudad. Me comentó que sus mejores clientes son caballeros de mediana edad, bien vestidos, que llegan a media mañana mientras sus empleados están trabajando en la oficina. En la jerga de las jugueterías se los conoce por los "maniflojos". Sólo los satisfacen los mejores juguetes, y jamás salen de la juguetería con las manos vacías. Ella dice que los puede detectar de inmediato. Tienen una expresión ansiosa e ingenua y caminan con tranquilidad indicando claramente que van a hacer algo que les causa placer. Y tampoco esperan que llegue Navidad; van en toda época del año.

¿Quiénes son esos grandes gastadores?

Abuelos. Y con más frecuencia, abuelos primerizos.

La respuesta a todos los ruegos de los vendedores de juguetes.

Y yo soy uno de ellos. Lo cual significa que últimamente he pasado mucho tiempo en las jugueterías, comprando muñecas para mi nieta.

(No se asusten. No les voy a hablar de mi nieta, porque si ustedes no son abuelos todavía, en realidad no les va a interesar el tema, y si ya lo son, entonces to-

do lo que desean es hablarme de su nieto que es, sin duda alguna, un niño más sorprendente que la mía, y a mí no me va a interesar escucharlos.

Ése es el tema básico de los abuelos. Uno desea hablar todo el tiempo de sus nietos. Nadie está interesado, en realidad, en escuchar su conferencia ilustrada —“¿Quieres ver algunas fotos?”)

Continuemos. Las muñecas han cambiado desde la última vez que compré una hace veinticinco años. Por empezar, la mayoría son “anatómicamente perfectas” y el vendedor se esfuerza siempre por demostrarlo ya sea levantándoles el vestido o bajándoles los pantalones y exclamando:

—¡MIRE, TOTALMENTE REAL!

Ésta es la peor parte de comprar muñecas.

En teoría, estoy a favor de este progreso, pero me resulta tan embarazoso soportar la demostración como pedir que no me la hagan. Les creo. Quizá la amenaza de la demostración obligatoria sea el motivo por el cual los abuelos prefieren comprar muñecas a media mañana cuando no hay nadie más en la juguetería.

Los fabricantes de juguetes han superado la etapa de las partes realistas del cuerpo. Ya no quedan muchos límites en cuanto a las cosas que puede hacer una muñeca.

“Cosquillitas” se ríe cuando la tocan debajo de los brazos.

“Miedosita” da un gritito y se le ponen los pelos de punta cuando se le aprieta la barriguita.

“Bebita paspada” se paspa. Y lo que es más, viene con la loción para curarle la paspadura y también con la loción que le produce la paspadura.

Y también hay un “Bebote” que viene “como si re-

cién saliera del hospital”, lo cual significa que tiene el tamaño real de un bebé recién nacido, está lleno de arrugitas y es blando y un poco feo. Está equipado con la tira de identificación del hospital en la muñeca, un chupete y —preste atención— una venda en el lugar donde fue cortado el cordón umbilical. Come, bebe, lloriquea y se ensucia los pañales (*es anatómicamente perfecto, por supuesto*) y vomita cuando lo aprietan. Viene en versión femenina, masculina, negra y blanca. (*No hay amarillo ni rojo. ¿Por qué?*)

La tendencia al realismo en las muñecas es meritoria.

Sugiere un remedio para el problema de la población.

¿Por qué no llegar al verdadero realismo en las muñecas?

Qué les parece “Bebito enfermo” que come y vomita en forma inesperada al mismo tiempo que comienza a tener diarrea y llora toda la noche.

O “Bebito eruptivo” que periódicamente se cubre de manchas rojas y tose durante tres días y tres noches.

O “Bebito difícil” que grita “¡NO, NO, NO, NO!” en lugar de decir “Mamá”.

O “Bebito embarazoso”, se le da cuerda y juega con sus partes anatómicamente perfectas mientras usted trata de cambiarle los pañales.

El súmmum de estas muñecas bebés tendría TODAS estas características y movimientos. Y generaciones completas de niñas y niños pensarían muy cuidadosamente, al crecer, antes de tener bebés reales. Sabrían en lo que se están metiendo. Por consiguiente, los fabricantes de muñecas de los Estados Unidos llegarían a ser una fuerza poderosa al servicio del control de la población.

No se angustien esperando que esto suceda. La señora de la juguetería admitió que cuanto más real era una muñeca, menos se vendía.

El "Bebote" que mencioné previamente no se vende ni siquiera rebajado a mitad de precio.

Ni siquiera lo compran los abuelos primerizos.

¡En especial los abuelos primerizos!

No, esos tipos compran exactamente lo que uno se imaginaría que comprarían: pequeñas bellezas irreales e inmaculadas con vestidos vaporosos y facciones de bailarina; esas muñecas que son dulces, suaves y amorosas. Y sin detalles anatómicos, por supuesto.

Ellos quieren algo perfecto.

Tan perfecto como sus nietas.

¡Tally-ja, el zorro! No, no tally-ho. Tally-ja. *Ja* de “reírse”. Esta modificación de la incitación tradicional a los perros de caza se ha convertido en el grito de batalla de la Asociación Inglesa de Saboteadores de la Caza. La AISC está formada por gente común que se interesa en forma no común por el antiguo deporte aristocrático de la caza del zorro.

Hagamos memoria. La caza del zorro involucra a un conjunto de personajes estirados que visten ropa graciosa y se sientan en pequeñas monturas sobre caballos ágiles. Ante el llamado de un director de la cacería que lleva puesto un saco rojo y hace sonar una trompeta, todos corren por el campo salvando todo tipo de obstáculos, detrás de una jauría de perros que persiguen un zorro. Si lo atrapan, lo destrozan. Todos los jinetes piensan que eso es muy divertido, y supongo que los perros también. Lo que piensan los caballos y el zorro queda librado a la imaginación. Pertenecer a un club de caza es PERTENECER a algo importante. Las familias reales están siempre presentes, y una princesa y un par de duques son esenciales para el *status* de la cacería.

Los recién llegados a esta alegre escena son los

miembros de la Asociación de Saboteadores de la Caza. Más de dos mil personas entusiastas dedicadas a arruinar la diversión. Están del lado del zorro. Y contra la crueldad humana hacia los animales salvajes. Describen la cacería del zorro como “la intolerancia en pos de los animales que no son comestibles”.

Su objetivo es provocar el caos y la vergüenza en las cacerías de zorros y ayudar a los zorros a seguir viviendo. Para lograrlo, los Saboteadores están casi tan organizados como el Servicio Secreto Israelí. Por más discretos que sean los organizadores de las cacerías, los Saboteadores se las ingenian para averiguar sus planes. Cada vez que se realiza una cacería, los Saboteadores entran en acción. Éstas son algunas de sus tácticas y actividades:

Envían con frecuencia notas falsas o conflictivas en cuanto al lugar y día en que deben reunirse los jinetes para una cacería.

Algunos partisanos se esconden entre los árboles y tocan en la trompeta señales falsas para confundir a los jinetes, y algunas veces se visten como los jinetes y se infiltran entre ellos haciéndolos dirigirse a la dirección contraria.

Uno de los días previos a la cacería, los Saboteadores recorren la campiña rociando con olor artificial a zorro los árboles y las cercas a la vez que dejan en diversos sitios trozos de carne cruda para distraer a los perros.

Estas verdaderas guerrillas han llegado a hacer sonar las sirenas contra ataques aéreos de las aldeas y a tirar pequeñas bombas de humo para desconcertar a los jinetes, y a soltar a los caballos mientras los jinetes estaban comiendo.

Los Saboteadores han puesto grabaciones de los

gruñidos del zorro y de los ladridos de las jaurías de perros para distraer la atención de los perros y de los jinetes.

Una vez, cargaron todos los perros en un camión y se los llevaron a muchos kilómetros de distancia.

Los Saboteadores han llegado a entrar en los establos para derramar miel sobre las monturas y hasta pusieron tintura roja en todos los bebederos de muchos kilómetros a la redonda para que los cazadores tuvieran que forzar a sus caballos a beber agua que parecía sangre.

En las aldeas cercanas, los Saboteadores han puesto en escena breves representaciones en las cuales hombres vestidos como zorros persiguen a personas vestidas como aristócratas.

Otro de los planes consiste en volar sobre una cacería en helicóptero y pasando en un grabador cintas con canciones infantiles y risotadas.

Me contaron que un grupo de Saboteadores llegaron a correr desnudos frente a un grupo que festejaba el final de una cacería; desnudos excepto por las colas de zorro colgando de su trasero. Y ladrando como si fueran perros, por supuesto.

No es necesario decir que los Saboteadores siempre notifican por anticipado a la prensa, y los periodistas registran todo con sumo placer. En más de una ocasión han hecho aparecer a los cazadores como personas bárbaras y tontas. También publican todos los nombres.

A los clubes de caza no les agradan los Saboteadores. Los cazadores contratan policías y abogados pero eso los hace aparecer más ridículos y, además, arruina la cacería.

Todo esto da por resultado que los Saboteadores

se diviertan en grande, algunas grandes fiestas en los *pubs* de las aldeas después de cumplir con su tarea y un menor interés en las cacerías del zorro por parte de los cazadores, así como también cierta paz para unos cuantos zorros.

A mí me agrada la Asociación de Saboteadores de la Caza. Esto no se debe a que la preservación de los zorros constituya una de mis prioridades ni tampoco al hecho de que me opongo a cualquier tipo de crueldad. Yo aplaudo el espíritu de la Asociación de Saboteadores.

Con frecuencia, hacer el bien implica una cierta solemnidad. Atacar al mal, aunque sea un mal pequeño, con astucia, inteligencia, alegría y risa, requiere una genialidad que pocos tenemos, pero que cuando está presente enaltece el escenario humano y hace que el progreso sea posible y agradable.

Si lográramos encontrar el modo de que nos resultara divertido, es probable que fuéramos más los que nos uniéramos a las filas de los que persiguen la justicia y la misericordia.

Lo que les voy a decir podría incluirse en algún sitio entre los Diez Mandamientos y las Leyes de Murphy.

Como recordarán, Dios invitó a Moisés a que subiera a una alta montaña en el desierto y le entregó un par de tablas que tenían inscriptas unas palabras poderosas. Mandamientos. Dios no le dijo:

—Aquí tienes diez buenas ideas, haz lo que te parezca.

Mandamientos. Cúmpleslos o acepta las consecuencias.

Murphy, en el otro extremo, fue el colmo del cinismo humano que dijo con buen humor que no importaba lo que uno hiciera, total no era probable que funcionara del todo bien. Algunas personas consideran que Murphy era un optimista.

A mitad de camino, yo les ofrezco las Recomendaciones de Fulghum. En realidad, se trata de temas que no tocaron ni Dios ni Murphy. Y que tampoco son tan rígidas como los primeros Diez ni tan desesperadas como las variaciones interminables de Murphy. Observen que en mi lista hay sólo nueve, todavía estoy trabajando en la décima.

1. Cómprale limonada a cualquier chico que la esté vendiendo.
2. Voten cada vez que puedan hacerlo.
3. Concurran a la reunión realizada con motivo de cumplirse las bodas de plata de su egreso de la escuela secundaria.
4. Prefieran tener tiempo antes que dinero.
5. Siempre vayan por la ruta pintoresca.
6. Denle algo, por lo menos, a cualquier mendigo que les pida.
7. Y denles dinero a todos los músicos callejeros.
8. Amen siempre a alguien.
9. Vayan a ver el circo cada vez que llegue al pueblo.

Año 1963

Desde las profundidades de los pasillos en forma de cañón de un supermercado surge el ruido de algo que parece un choque de ómnibus en pequeña escala, seguido de un ataque aéreo. Siguiendo al cajero que corre armado con un trapo y una escoba, se llega a un padre joven, su hijo de tres años, un changuito dado vuelta y una buena parte de los frascos de la góndola desparramados por el suelo.

El niño, que está sentado sobre una bolsa de plástico llena de tomates maduros, está experimentando lo que con buena voluntad se podría describir como una "pérdida significativa de fluidos". Lágrimas mezcladas con mocos, sangre que sale de un pequeño raspón en la frente, y saliva que cae de su boca que está totalmente abierta y emite un ruido que haría que un perro se escondiera debajo de la cama. El niño también se ha mojado en los pantalones y podría llegar a vomitar antes que esa pequeña tragedia llegara a su fin. Tiene una expresión que parece decir "córranse, aquí viene", como todos los niños antes de vomitar. El pequeño lago formado por los líquidos de los frascos ro-

tos hace que el rescate del niño le resulte más difícil al escuadrón del supermercado que acaba de entrar en escena.

El niño no se lastimó y el padre, que sabe por experiencia que las amenazas no lo harán callar, permanece tranquilo e inmóvil frente a la catástrofe.

El padre está tranquilo porque está pensando en huir de su hogar. De inmediato. Saldría caminando, subiría al auto, y se alejaría en dirección al sur, donde cambiaría de nombre y obtendría trabajo como repartidor de periódicos o como cocinero en uno de esos locales que permanecen abiertos toda la noche. Cualquier cosa que lo alejara de todo contacto con niños de tres años.

Está seguro de que algún día recordará todo esto como una anécdota divertida, pero en lo más recóndito de su corazón lamenta haber tenido un hijo, lamenta haber crecido, lamenta haberse casado y, muy especialmente, lamenta no poder cambiar a este hijo en particular por otro modelo que funcione. No puede decirle esto a nadie, ni lo hará, pero lo piensa y no es una sensación divertida.

El cajero y el gerente, y todos los espectadores que se han acumulado alrededor, actúan con mucha amabilidad y le ofrecen palabras de consuelo. Más tarde, el padre permanece sentado en el auto en el estacionamiento, sosteniendo en sus brazos al niño hasta que deja de llorar y se queda dormido. Entonces conduce hasta su casa, lleva al niño en brazos hasta la cuna y lo tapa bien con las mantas. El padre observa al niño dormido durante un largo rato. El padre no huye de su hogar.

Año 1976

El mismo hombre camina por mi living, a ratos maldice y a ratos llora. En la mano tiene lo que queda de una carta que fue arrugada y desarrugada varias veces. La carta es de su hijo de dieciséis años (*el mismo hijo*). El orgullo de su padre —o lo fue hasta que llegó el cartero.

El hijo dice que lo odia y que no quiere volver a verlo. El hijo va a huir del hogar. Debido a su espantoso padre. El hijo piensa que el padre es un fracaso como padre. El hijo piensa que su padre es un idiota.

Lo que el padre piensa del hijo en ese momento es un poco incoherente, pero no es agradable.

Fuera de la casa es un hermoso día, el primer día de primavera. Pero dentro de la casa parece que hubiera llegado el fin del mundo, el primer día en que un hombre pasa de una etapa de su paternidad a otra. El viejo fantasma de Edipo acaba de invadir su vida. Es probable que algún día —en el futuro lejano— se ría de todo esto, pero por el momento, sólo siente angustia.

En realidad es un buen hombre y un buen padre. Hay pruebas abrumadoras de ello. Y el hijo también es bueno. Dicen que sale a su padre.

—¿Por qué me pasa esto? —exclama el padre mirando hacia arriba.

Y bien, tuvo un hijo. Eso es todo. Y en ese momento ninguna explicación le parecerá valedera. Tiene que vivir sus propia experiencia. La sabiduría llegará más adelante. Por el momento, lo único que puede hacer es capear la tormenta.

Año 1988

El mismo hombre y el mismo hijo. El hijo ya tiene veintiocho años, está casado y tiene su propio hijo de tres años, un hogar, una carrera y todo lo demás. El padre tiene cincuenta años.

Tres veces por semana, los veo corriendo juntos alrededor de las seis de la mañana. Cuando están por cruzar una calle de mucho tránsito, veo que el hijo mira hacia ambos lados mientras pone una de sus manos en el codo del padre para protegerlo del peligro de los autos que se aproximan, evitando que se haga daño. Los escucho reír mientras corren. Y cuando emprenden el regreso, el hijo no se adelanta sino que corre junto a su padre adaptándose a la velocidad de su paso.

Se ve a simple vista que se quieren mucho.

Están pendientes el uno del otro; han pasado muchas cosas juntos, pero ya las superaron.

Una de sus historias favoritas comienza diciendo: había una vez en un supermercado...

El momento presente

Y esta historia se repite siempre. Fue vivida miles de veces en el correr de miles de años, y la literatura está llena de ejemplos de finales trágicos, incluyendo el de Edipo. El hijo se marcha, da una patada y quema todas las naves, con la intención de no regresar jamás. Pero algunas veces (*sospecho que la mayoría de las veces*) regresan por su propia voluntad en el momento que es oportuno para ellos y toman en brazos a sus propios padres. Éste también es un final antiguo. Y si no pregunté al padre del Hijo Pródigo.

Mi hijo es una madre. Ya es adulto, está casado y tiene su primer hijo. Él y su esposa tienen una carrera que les ocupan todo su tiempo y creen en la Igualdad de Derechos y Responsabilidades, en el espíritu de la Nueva Paternidad. Mi hijo comparte todas las tareas relacionadas con su hija, y pasa con la niña igual cantidad de tiempo que su esposa. Yo le digo que es una "madre" porque hace todas esas cosas que hace algún tiempo sólo las hacían las madres. Le da de comer, la limpia, la viste, le brinda afecto, la alienta, aprueba y acepta las cosas que hace, la protege y la ama tiernamente y se lo demuestra con caricias. Yo lo admiro por eso.

Su hija tiene un año. Por ahora todo va bien pero como todavía tiene varias etapas por delante, pensé que mi hijo necesitaba algunos consejos respecto de ser madre. Consejos para él, no para su esposa. Ella sabe lo que está haciendo. Y la experiencia me ha enseñado que no se le debe decir a una mujer cómo ser madre. Me pasaron cosas muy traumáticas en ese sentido. Paso a explicarles los motivos.

Durante veinticinco años, el segundo domingo de mayo constituyó un problema para mí. Al ser ministro de

una iglesia, me veía obligado en cierta forma a tocar el tema del Día de la Madre. No podía pasarlo por alto. Lo intenté. Debo aclarar que en realidad la congregación tenía ideas bastante amplias y me daba total libertad en el púlpito. Pero en lo referente al segundo domingo de mayo, las expectativas se podrían resumir en las palabras que me dijo una de las señoras más prominentes de la iglesia:

—Voy a traer a mi MADRE a la iglesia el DÍA DE LA MADRE, Reverendo, y usted podrá hablar del tema que desee. ¡Pero será mejor que incluya a la MADRE, y que lo que diga sea BUENO!

Estaba bromeando, por supuesto. Pero también lo decía en serio.

Todos los años hacía un gran esfuerzo, pero el hecho de haber tenido una madre y de conocer a muchas de ellas, no me servía de gran ayuda. Yo jamás *fui* madre y por lo tanto ¿qué sabía del tema? Hacía todo lo que podía, se lo juro. Trataba de que mis sermones fueran equilibrados y evasivos. Citaba los nombres de grandes autoridades, leía poemas sensibles, evitaba hacer chistes ambiguos y dar consejos gratuitos. Pero después de ese domingo, la mitad de la congregación pensaba que yo era un hipócrita por no hablar directamente de las madres, y la otra mitad consideraba que yo era un ingrato por no decir claramente cuán maravillosas son real y eternamente las madres. ¿Qué puede hacer un ministro?

(¿Han notado que el Día de la Madre se ha convertido en un gran negocio? Se venden ciento cuarenta millones de tarjetas alusivas y muy pocas son gra-

ciosas. Y se gastan alrededor de siete mil millones de dólares en regalos y en llevar a comer afuera a mamá. Se regalan sesenta millones de rosas; sin contar las orquídeas y las plantas en macetas. Ocupa el tercer puesto en la actividad comercial después de Navidad y Pascuas. Y la compañía telefónica obtiene más ganancias que ese día únicamente en la época navideña. En ese día existe un poder físico con el cual no se puede jugar.)

Ese segundo domingo de mayo también involucra otras fuerzas poderosas —concentradas en la memoria y almacenadas para siempre en los corazones, las mentes y la psiquis. Cuestiones muy serias. El Día de la Madre no es una comedia.

Un domingo dije eso ante los que tenían madres maravillosas o eran madres maravillosas o pensaban que la maternidad en general era maravillosa. Y me gustaría decir "MARAVILLOSA" con mayúsculas. Pero si éste no es su caso...

Después hice una especie de cuestionario; formulé algunas preguntas sin pedir que levantaran la mano para responderlas.

1. ¿Cuántos se sienten involucrados en actitudes hipócritas en relación con el Día de la Madre?
2. ¿A cuántos de ustedes realmente no les agradan sus madres —o realmente las odian— o detestan ser la madre que son?
3. ¿A cuántos de ustedes realmente no les agradan sus hijos —o los detestan?
4. ¿Cuántos ni siquiera conocen a su madre?
5. ¿Cuántos de ustedes consideran que el Día de la

Madre es doloroso, especialmente cuando involucra pensamientos y recuerdos de cuestiones tales como la adopción, el aborto, el divorcio, el suicidio, el rechazo, el alcoholismo, la locura, los abusos, el incesto, la pena, la pérdida, y palabras tales como madrastra, suegra e irreproducibles referencias obscenas a la maternidad?

Tenía más preguntas, pero se había hecho un gran silencio en la iglesia mientras yo leía. La congregación permanecía sentada muy quieta, y era evidente que la verdad que acababan de escuchar era más de lo que ellos o yo estábamos preparados para asumir. Me detuve. Los miré y me miraron. En la mirada había dolor. Me senté, no en la silla del púlpito, sino en uno de los bancos junto a ellos. Las cosas que se habían dicho permanecerían en su memoria durante un largo tiempo. Ese domingo de mayo no hubo mucha alegría. La fría lluvia de primavera que caía fuera de las ventanas de la iglesia tampoco fue de gran ayuda. Yo había pensado que hablar con la verdad era una buena idea, pero en ese momento...

Una dama que llevaba escrito en el rostro la leyenda “madre santa”, me encaró al salir de la iglesia:

—Jovencito, hombres mejores que usted se han ido directamente al infierno por sugerir menos de lo que usted ha sugerido esta mañana. Es una verdadera vergüenza que haya arruinado este día.

Por eso es que digo que no soy el indicado para hablar de la Maternidad. Especialmente frente a mujeres. Como explicaba con frecuencia mi madre cuando las cosas no salían bien: yo sólo trataba de ayudar.

Mis obligaciones dominicales ya llegaron a su fin, y mi madre está en su tumba. Me siento más seguro al transmitirle algunos consejos a mi hijo, la madre. Consejos que también son valederos para mi hijo mayor, que está comprometido y tiene esa especial expresión que me dice que la maternidad no está muy lejos de él.

Para mis dos hijos, entonces, algunos consejos maternos de su padre:

1. Los niños no son mascotas.
2. La vida que ellos viven realmente y la vida que ustedes perciban que ellos están viviendo no son la misma vida.
3. No tomen en forma demasiado personal las cosas que sus hijos hagan.
4. No lleven un registro de las cosas que ellos hagan; es útil no tener una buena memoria.
5. La suciedad y el desorden son un suelo fértil para el bienestar.
6. No entren en su habitación una vez que hayan pasado la pubertad.
7. No se inmiscuyan en su vida de relación y en su vida amorosa sin ser invitados.
8. No se preocupen si ellos jamás los escuchan; preocúpense porque ellos siempre los están observando.
9. Aprendan de ellos; tienen mucho que enseñarles.
10. Ámenlos siempre; déjenlos partir pronto.

Finalmente, una pequeña nota. Jamás sabrán realmente qué clase de padres fueron o si se desempeñaron

bien o mal. Jamás. Y se preocuparán por ese motivo y por ellos por el resto de su vida. Pero cuando sus hijos tengan hijos y ustedes vean de qué modo actúan, tendrán una respuesta parcial.

Mientras escribo esto, el Día de la Madre está próximo. Debo recordar que tengo que enviarle a mi hijo una tarjeta y un ramo de flores.

A uno de mis amigos no le gusta el ensayo. “Todo lo que necesito saber lo aprendí en el Jardín de Infantes.” Dice que es agradable tal como está, pero que no profundiza lo suficiente. Para él debería ser algo más que “agradable”.

Tiene razón. Hay cosas que aprendí —y necesitaba aprenderlas— que no se enseñaban en la escuela primaria. Los adultos y los maestros jamás hablarían de esas cosas. Las sabían, por supuesto, pero jamás reconocerían frente a un niño que las sabían. Teníamos que descubrirlas por nosotros mismos o preguntándoles a nuestros amigos.

La última fuente de esta información era la serpiente del jardín del Edén. Me refiero a la fruta prohibida del Árbol del Conocimiento.

—Pruébala, te gustará —susurró la serpiente.

El que la come debe hacer frente a muchos problemas; pero el que no la come no es totalmente humano.

Hay dos partes en este conjunto de conocimientos: lo que aprendí antes de cumplir los trece años, y lo que sé ahora. *(Yo quería saber algunas de esas cosas. Otras no. Como dice mi amiga Lucy: “Abora que soy adulta,*

algunas veces desearía no saber AHORA lo que no sabía ENTONCES".)

Sexo. Aprendí que las chicas son diferentes a los chicos; que es sensacional jugar a "Te muestro la mía si me muestras la tuya"; que las palabras de cinco letras relacionadas con el sexo tienen un poder enorme, y que si uno escribe esas palabras en las paredes, los adultos se vuelven locos.

Crimen. Aprendí a sacar dinero de la cartera de mi madre, y a entrar y salir de lugares donde no debería haber entrado o salido: armarios cerrados en casa, y edificios escolares después de hora.

Y aprendí que, a pesar de lo que decía mi madre, algunas veces uno se sale con la suya —no siempre lo atrapan.

Además, aprendí a mentir algunas veces si me atrapaban, porque algunas veces me creían. Y si no me creían, podía decir que no sabía por qué lo había hecho. Algunas veces lo creían. Pero si la excusa no funcionaba y me castigaban, jamás era tan malo como decían que iba a ser. Y si de todos modos iba a tener que sufrir las consecuencias, era mejor que hiciera algo que valiera la pena.

Un llanto lleno de remordimiento después era útil —les rompía el corazón.

Dios. Digan lo que dijeren, Dios no nos está observando todo el tiempo. Por otra parte, si uno reza con convencimiento, algunas veces Dios lo escucha y hasta puede llegar a hacer un trato con uno. Quizás uno tenga que portarse bien por un tiempo, pero valdrá la pena. *(Casi destruyo a mi maestra de tercer grado de este modo. Recé para que se enfermara, y se enfermó, una vez tras otra.)*

Poder. Es probable que la fuerza no sea suficiente en el resto del mundo, pero en nuestro barrio los chicos más grandes siempre tenían la primera y la última palabra. Aprendí que darle un golpe a una persona era algunas veces necesario para corregir a esa persona. ¿Acaso no me pegaban mis padres? La regla básica es clara: siempre pégale a alguien más pequeño que tú.

Habilidades. Aprendí a escupir entre los dientes, lo divertido que es jugar con fósforos, a jugar al póquer y a hacer trampas para ganar. Aprendí a escaparme de mi casa, adónde llevar una llave para que me hicieran una copia, y a conducir el auto por el sendero cuando mis padres no estaban en casa.

Y la muerte. No sólo descubrí que las cosas morían sino también que yo podía matarlas: gusanos, lagartijas, lombrices y ratones. Los ancianos mueren, pero como yo jamás sería viejo, no moriría nunca.

¿Qué sé ahora?

En principio, que el último punto de la lista es falso. Yo crecí y ya soy lo suficiente viejo como para saber que yo también voy a morir. Me convertí en uno de esos padres. Mis propios hijos ya pasaron por el jardín de infantes y su propia educación callejera. Aunque mi hijo mayor ya es un hombre, sólo nos separan veintitrés años, y los dos podemos conversar sobre nuestra niñez sin sentirnos avergonzados. Él SABE ahora todo sobre la serpiente. Me cuenta todas las maldades que hizo a mis espaldas cuando era niño, y yo le cuento todas las cosas que sabía que él estaba haciendo pero pasaba por alto porque no quería hacer frente al problema, tomando en

cuenta lo que yo mismo había hecho cuando tenía la misma edad que él.

Y Ser padres no obliga a ser benevolentemente hipócritas. Es parte del trabajo. A los dos nos reconforta hacernos estas confesiones; despeja la atmósfera a nuestro alrededor y hace que nos veamos el uno al otro como personas.

Ésta es la peor parte de lo que sé ahora: que las lecciones del jardín de infantes no se pueden practicar con facilidad si no se aplican a uno. Es difícil compartir todo y ser justo si uno no tiene nada para compartir y la vida es injusta en sí misma. Pienso en los niños de este mundo que ven el mundo a través de un alambre de púas, que viven en la mugre que no han hecho ellos y que jamás se pueden limpiar. No se lavan las manos antes de comer. No hay agua. Ni jabón. Y algunos ni siquiera tienen manos. No saben lo que es una galletita caliente y un vaso de leche fría, sólo conocen algunos restos de comida y el hambre. No tienen mantas para cubrirse y no duermen la siesta porque es demasiado peligroso cerrar los ojos.

En su jardín de infantes no se pinta con los dedos ni se cantan canciones infantiles; es una escuela que pinta claramente la dureza de cada día. Sus maestras no son mujeres dulces que se preocupan por ellos; son los instructores indiferentes llamados Dolor, Temor y Miseria. Como los niños de todo el mundo, ellos también cuentan historias de monstruos. Pero los suyos son reales, los han visto con sus propios ojos. A plena luz del día. Nosotros no queremos saber lo que ellos han aprendido.

Pero lo sabemos.

Y no son cosas de jardín de infantes.

La línea entre el bien y el mal, la esperanza y la desesperación, no divide al mundo entre “nosotros” y “ellos”. Corre por la mitad de cada uno de nosotros.

No deseo hablar de lo que ustedes entienden del mundo. Quiero saber qué *harán* ustedes al respecto. No quiero saber cuál es su *esperanza*. Quiero saber cuál será su *esfuerzo*. No busco su simpatía por las necesidades humanas. Busco su trabajo. Como dijo el conductor de la carreta cuando llegaron ante una cuesta larga y empinada:

—Los que van con nosotros, que se bajen y empujen. Los que no van, que se hagan a un lado.

"¡SIÉNTATE QUIETO — SIÉNTATE QUIETO!" La voz de mi madre. Una y otra vez. En la escuela, las maestras también lo decían. Y yo, a mi vez, se los he dicho a mis hijos y a mis alumnos. ¿Por qué dicen eso los adultos? Me resulta imposible imaginarme a un niño sentado quieto simplemente porque un adulto le dijo que lo hiciera. Y eso explica que después de varios "siéntate quieto" se empleen expresiones como "¡SIÉNTATE Y CIERRA LA BOCA!" o "¡CIERRA LA BOCA Y SIÉNTATE!" Una vez, mi madre utilizó las dos versiones y yo, creyéndome muy gracioso, le pregunté qué quería que hiciera primero: callarme o sentarme. Mi madre me miró como si quisiera matarme aun sabiendo que eso le costaría ir a prisión. En momentos como éstos, un adulto dice suavemente, sílaba por sílaba: "Sal de mi vista". Cualquier niño medianamente inteligente se pondrá de pie y se marchará. Y la madre o el padre, se sentarán muy quietos.

Sin embargo, el permanecer sentado tiene un efecto poderoso. Hoy, primero de diciembre de 1988, mientras escribo estas líneas recuerdo que un día como éste, hace varios años, alguien permaneció sentado y encendió la mecha de la dinamita social. En este mismo día, en

1955, una mujer de cuarenta y dos años regresaba a su hogar después del trabajo. Subió a un ómnibus, pagó el boleto, y se sentó en el primer asiento vacío. Estaba deseando sentarse, le dolían los pies. Cuando el ómnibus comenzó a llenarse, el conductor se dio vuelta y le dijo que dejara el asiento y se corriera a la parte de atrás. Ella permaneció sentada. El conductor se puso de pie y gritó:

—¡MUÉVASE!

La mujer siguió en su sitio. Los demás pasajeros se quejaron, la insultaron, la empujaron. Pero ella no se movió. Así que el conductor se bajó del ómnibus, llamó a la policía, y la policía llegó al lugar para llevarla a la cárcel y hacerla pasar a la historia.

Rosa Parks. No era activista ni extremista. Simplemente una mujer tranquila, conservadora, que concurría a la iglesia, tenía una linda familia y un trabajo decente de costurera. A pesar de todas las frases elocuentes que se dijeron posteriormente, Rosa no subió a ese ómnibus en busca de problemas o con el fin de dejar sentado un principio. Lo único que deseaba era regresar a su hogar, como todos los demás. Pero permaneció anclada al asiento en virtud de su propia dignidad. Rosa Parks ya no sería una simple "negra" para nadie más. Y lo único que sabía hacer era sentarse quieta.

Existe una simplicidad sagrada en no hacer algo —y no hacerlo bien. Todos los grandes líderes religiosos lo han hecho. Buda se sentó quieto bajo un árbol. Jesús se sentó quieto en un jardín. Mahoma se sentó quieto en una cueva. Y Gandhi y King y miles de otros han perfeccionado el acto de sentarse quietos convirtiéndolo en

una poderosa herramienta para el cambio social. Resistencia pasiva, meditación, oración: son iguales.

Si hasta funciona con los niños pequeños. En lugar de decirles que se sienten quietos, siéntese usted muy quieto y en silencio. Verá que al poco rato ya le prestan su total atención. En una clase, los alumnos también quedan impresionados cuando un maestro permanece sentado quieto y en total silencio. Algunas veces piensan que están ante un gran sabio.

Y sentarse quieto también funciona cuando se trata de adultos. En la misma trayectoria de ómnibus que empleaba para viajar Rosa Parks, cualquiera puede sentarse en cualquier asiento en la actualidad, y algunos de los conductores son negros, tanto hombres como mujeres. La calle donde la obligaron a bajar fue rebautizada: Avenida Rosa Parks.

Se podría fundar una nueva religión tomando como base este sacramento. Sería muy simple pertenecer a ella. No sería necesario reunirse un día especial en un lugar especial. No tendría cánticos, ni obligaciones, ni creos, ni predicadores, ni reuniones sociales. Lo único que habría que hacer es sentarse quieto. Una vez al día, durante quince minutos, sentarse quieto y en silencio. Como decían nuestras madres. Sucederían cosas sorprendentes si una gran cantidad de personas lo hiciera regularmente. Cada silla, cada banco de plaza y cada sofá se convertirían en una iglesia.

Rosa Parks tiene actualmente más de setenta años, cuando está sentada lo hace casi siempre en una mecedora y vive tranquilamente con su familia en Detroit. Son innumerables los monumentos erigidos en conmemoración del día que permaneció sentada, pero los mejores son los tributos vivientes bajo la forma de millones de

personas de cualquier color que viajan en miles de ómnibus cada noche, toman asiento y llegan en paz a su hogar.

Si existe el cielo, estoy seguro de que Rosa Parks irá a él. Me imagino el momento en que los ángeles le harán firmar el registro de entrada en las puertas celestiales.

—Ah, Rosa Parks, la estábamos esperando. Siéntase como en su casa, elija cualquier asiento de la casa.



LO QUE VOY A DECIR SOBRE LA SANGRE comienza con el pan francés. No se puede introducir un pan francés en una tostadora eléctrica porque si uno logra hacerlo, después tendrá que emplear un destornillador para sacarlo. Esto quedó demostrado plenamente hace muy poco tiempo. Por lo tanto, es necesario cortar el pan francés por la mitad, en forma horizontal —del modo difícil. Y eso también es complicado. Un cuchillo muy afilado y un par de pinzas pueden ser útiles, pero no mucho, y constituyen el decorado ideal si uno desea rebanarse un dedo.

Cuando alguien se corta un dedo lo primero en que piensa es en llamar al Médico. La sangre es sinónimo de emergencia. Pero si hace un esfuerzo y controla el pánico, puede llegar a vivir un momento trascendente sólo quedándose inmóvil y dejando que el dedo sangre un poquito dentro de la pileta de la cocina. No morirá de ese corte —ya se ha cortado el dedo antes. (Y no hay curitas en el armario porque los niños las utilizaron para envolver los regalos de Navidad cuando se acabó la cinta scotch.) Debe calmarse, respirar hondo y dejar que sangre.

Comprobará que no sangra durante mucho tiempo. El Médico que todos tenemos en nuestro interior soluciona el problema de un modo sorprendente. Mientras tanto, la pileta adquiere un color maravilloso. Un rojo escarlata que no se puede adquirir en las librerías artísticas. Y está hecho en casa. Lo que más se asemeja a la sangre en el mundo exterior es el agua de mar. Cuando salimos del mar, la incorporamos a nuestro interior. Tenemos alrededor de cinco litros en nuestro interior, y si donamos medio litro, lo reponemos casi de inmediato —sin siquiera pensar en eso. Simplemente elaboramos más sangre.

Como en el caso de muchas otras cosas relacionadas con nosotros mismos, cuanto más estudiamos la sangre, más fantástica, misteriosa y maravillosa nos resulta. Está formada por un cincuenta y cinco por ciento de líquidos y un cuarenta y cinco por ciento de sólidos —glóbulos rojos, glóbulos blancos y plaquetas. Hay veinticinco billones de células rojas solamente; si las uniéramos por los extremos, formaríamos una cadena que daría tres veces la vuelta al mundo. Esa sangre se mueve a través de noventa y seis mil kilómetros de arterias en el cuerpo, regula la temperatura corporal, y lleva la energía, los minerales, las hormonas y los compuestos químicos al lugar correcto con una eficiencia que envidian todos los servicios públicos, incluyendo a la compañía encargada de la recolección de residuos.

Ha dejado de sangrar. Una combinación perfecta de dieciséis proteínas ha construido una represa que detuvo el flujo de sangre. En el lugar de la herida, se han reunido glóbulos blancos para contener la infección, otros elementos de la sangre llevaron materiales para la reparación, y la cicatrización ha comenzado. Se suministra

ron endorfinas para calmar el dolor —ya no duele mucho. Se soporta fácilmente.

Si uno permanece pacientemente durante cinco minutos, suceden todas esas cosas.

Sin que uno lo piense, lo planifique, lo organice o lo intente.

Nuestra sangre es muy hermosa.

Es muy poderosa y eficiente.

Merece respeto.

Es vida.

Confirmado.

(Cabe señalar en este punto que si en medio de esa epifanía entra algún miembro de su familia y ve el pan ensangrentado, el cuchillo, el desorden general en la cocina, la tostadora eléctrica enchufada con restos de pan humeantes, y a usted contemplando la piletta con ojos ausentes, usted tendrá que estar preparado para dar alguna explicación. Así que explíquelo. Cuando el alumno aparece, el maestro está preparado.)

“Aspirina. No sabemos nada del modo en que funciona. Sabemos lo que hace, pero no cómo.” Así me decía un investigador médico cuando conversábamos sobre minucias durante una cena. Un momento. ¿Ese hombre que tiene el título de médico y Doctor en Medicina, y recibe una subvención del gobierno para sus investigaciones, no sabe cómo actúa una aspirina? Eso no es una minucia. Pero es verdad. Él no lo sabe — ni tampoco nadie más —, ni siquiera el joven del aviso televisivo vestido para que parezca médico. Es un gran misterio sin resolver aún. Los médicos chinos prescribían aspirinas hace mil años. En ese entonces les decían a sus pacientes:

—Mastique un trozo de corteza de sauce y venga a verme mañana.

La corteza de sauce tiene ácido acetil-salicílico. Es decir, aspirina, que se pronuncia mucho más fácil y se traga con más facilidad que la corteza de sauce.

Es un consuelo saber que hasta los médicos y los doctores en Medicina tienen dudas sobre cuestiones tan comunes y simples como una aspirina. El misterio está tan cerca como mi botiquín de primeros auxilios.

En mi diario de trabajo guardo una vieja lista bajo

el título: "Cosas comunes sobre las que no sabemos nada". La lista se inició cuando leí un párrafo de una revista científica que decía: "No sabemos cómo sube el agua del suelo por el tronco de un árbol y llega hasta las hojas por donde sale". ¡Sorprendente! Yo creía que ya sabíamos todo sobre los árboles.

Así fue como comenzó mi lista. Cada vez que leía que un experto afirmaba que no sabíamos nada sobre alguna cosa simple y común, lo incluía en mi lista.

Las palomas mensajeras, el resfrío común, la pérdida del cabello, fueron incluidas en la lista. Pero cuando leí sobre el Principio de Incertidumbre de Heisenberg, en un libro de física, comprendí que mi lista sería interminable. Los electrones están en todas partes, y no sólo *no* sabemos si son una onda o una partícula, sino que *no podemos* saberlo. Si no podemos entender totalmente a los electrones, entonces tampoco podremos entender al resto de las cosas.

Así que comencé una nueva lista. Su título es "Señales de la Grieta Cósmica". La información sobre los electrones pone en evidencia algunas desprolijidades básicas. Por ejemplo: al rotar, la Tierra se desvía 180 centímetros de su centro. Como si fuera un trompo que gira sobre su eje con una ligera inclinación. En este mismo instante, todos estamos un poquito inclinados. Si alguna vez ustedes se sienten un poco raros sin razón aparente, puede deberse a esa inclinación.

También sabemos que la Tierra está rotando en forma más lenta y por lo tanto debemos corregir los relojes e incluir un año bisiesto de tanto en tanto —y sabemos por qué sucede. Pero, ¿y la inclinación? Hay muchas teorías, pero nadie lo puede explicar. La Grieta Cósmica.

La ciencia tiende a considerar que esas cuestiones

forman parte de los errores permisibles. En casi todas las investigaciones, en casi todos los campos, siempre ha existido alguna pequeña incoherencia. La Grieta. Y siempre fue más fácil construir una ecuación sobre la base de ella y tomarla como algo ya dado, que intentar explicarla.

Es como saber que aunque uno revuelva durante mucho tiempo y con mucho cuidado la mezcla de cereal caliente para el desayuno, siempre habrá escondido por lo menos un grumo pequeño de cereal crudo y seco. Después de unos años, se aprende a esperar y aceptar el grumo y se supone que está incluido en la preparación. Pero lo interesante sería saber el PORQUÉ.

Pues la ciencia se ha interesado de pronto en el comportamiento de nuestro cereal del desayuno. Este esquema que, aparentemente, siempre incluye el grumo es el tema de la "Ciencia del Caos", el cambio más importante en el pensamiento científico desde la pequeña fórmula de Einstein.

La Ciencia del Caos es el estudio de la Grieta Cósmica. Y la Grieta está en todos los campos de la ciencia y en cada reino de la experiencia. La Ciencia del Caos sugiere que no se trata de un problema de errores pequeños, sino de gran información. El esquema de la existencia es mucho más complejo y complicado de lo que suponíamos —a todo nivel.

La Ciencia del Caos ha hecho retroceder a los investigadores hasta las cuestiones diarias más fundamentales: la formación de las nubes, la mezcla de pintura, el flujo del tránsito, la diseminación de las enfermedades, y el congelamiento del agua en las cañerías. Los ciclos de los terremotos y la erupción de los volcanes también encajan en la Ciencia del Caos, lo cual es de suma importancia para las personas que viven en California y las

Montañas Cascade. El problema de los esquemas más grandes alcanza a todas las actividades conocidas.

El lenguaje empleado para referirse a los nuevos campos de estudio es extravagante también. Cuando concurrí a la última reunión anual de la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia, en San Francisco, escuché discusiones en el campo de la Ciencia del Caos sobre temas tales como “tanteo fraccional”, “atracciones extrañas”, “defectos de vínculo pendiente”, “deformaciones de toalla doblada”, “crecimiento edénico”, “mapas de fideos suaves”, y “animales cuadrículados”. En la Ciencia del Caos hay poesía y se emplean metáforas, y creo que eso se debe a que nos referimos a cosas tan extremas que aunque presentimos que estamos ante una gran verdad, no poseemos los símbolos de lenguaje exactos para describir lo que presentimos.

Por eso la llamamos Ciencia del Caos. “Caos” se refiere simplemente a las cosas que no podemos comprender.

Como si fuéramos el hormiguero más numeroso y antiguo de Chicago. Y de vez en cuando, algunas de las hormigas más brillantes se atrevieran a salir para echarle un vistazo a Chicago —o lo que pueden ver de la ciudad. Cuanto más se alejan del hormiguero, más misterioso se vuelve todo. Hace poco tiempo, estaban en una zona de su universo que siempre había sido tranquila y de pronto se produjo un fuerte temblor, una gran oscuridad y comenzó a soplar un fuerte viento. No habían previsto que sucedería eso. Presintieron que estaba sucediendo algo que escapaba a su imaginación. Y al regresar al hormiguero, informaron que se había producido una nueva condición en el universo, algo que las obligaría a revisar sus conocimientos. Algunas deseaban lla-

marlo Caos. Otras, el Misterio Tremendo. Otras, el Contrafuego del Big Bang. También surgió la Ira de Dios. Una nueva ciencia —un nuevo capítulo en el Gran Libro de los Conocimientos. Pero no sabían que acababan de pasar por un ramal de ferrocarril rara vez utilizado justo en el momento en que pasaba un tren de carga.

La mala noticia es que las hormigas jamás llegarán a comprender a Chicago. La buena noticia es que presienten que se encuentran en medio de algo infinitamente maravilloso y cuanto más tratan de comprenderlo, más sorprendente se vuelve. Aparentemente, la naturaleza de las hormigas las impulsa a seguir saliendo y ampliando los límites de lo conocido hasta que llegan a un nuevo límite externo. Dar un nombre a las cosas que no están a su alcance, les ayuda a manejar lo que no pueden comprender. Es el modo de proceder de las hormigas.

La Ciencia del Caos es el estudio de los procesos —de aquello que no permanece estático. El estudio de todo aquello que todavía está camino a ser, y aún no lo es.

La Ciencia del Caos es la clase de ciencia que me agrada. Me agrada saber que, pase lo que pasare, existe una desprolijidad cósmica —un hipo inexplicable en el orden que nos parece percibir, algo impredecible, una inclinación mutacional, una grieta en las obras que adhiere el misterio y el asombro al centro de la existencia humana. Y que la aspirina que sostengo en la mano y las nubes del cielo siguen siendo un misterio tan grande para los expertos como lo son para mí.

Caos. Eso sí que lo entiendo. Mi vida es un caos la mayor parte del tiempo. Estoy a tono con el universo. Me hace sentir en casa.

“La gran plaga de los abrazos”, así es como se la recuerda ahora. Estalló en nuestra iglesia en la década del 70 —esa época en que amar a todo el mundo parecía ser el único modo de lograr una vida mejor. El Grupo de Recepción de los Domingos a la Mañana la inició. Decidieron que abrazarían a toda persona que cruzara la puerta de entrada. Deseaban que todos se sintieran amados y bienvenidos de inmediato. Tenían la intención de hacer la prueba durante un par de domingos para ver qué resultados tenía. Pero las cosas se les escaparon de las manos.

Algunas veces había hasta seis personas en el vestíbulo de la iglesia un domingo por la mañana, esperando para abrazar cualquier cosa que se moviera. El Grupo de Recepción comenzó a utilizar medallones colgantes que decían: ENCARGADO DE ABRAZAR; SIEMPRE DOY ABRAZOS; ABRÁZAME, SOY HUMANO; Y DIOS AMA AL QUE DA ABRAZOS CON ALEGRÍA. Pensaron que un ligero toque de humor facilitaría el intercambio social y posibilitaría que todos se abrazaran.

Como dije antes, las cosas se les escaparon de las manos. Se llegó a decir que cuando el negocio no mar-

chaba, los encargados de abrazar se abrazaban entre ellos para practicar. Algunos abrazaron a una o dos sillas, y hasta el encargado de la limpieza recibió un abrazo cuando trataba de limpiar un poco de café que se había derramado. También abrazaron a un perro vagabundo que se atrevió a entrar, así como también a varias personas que buscaban la iglesia metodista de la vecindad y entraron por accidente a la nuestra. Me dijeron que alguien había abrazado a la cafetera —estaba tibia y emitía sonidos reconfortantes, así que la abrazó. Corría el rumor de que algunos parroquianos sólo venían para recibir un abrazo y después regresaban a su hogar sin asistir al servicio religioso. Fetichistas del abrazo. Se convirtió en una epidemia. La gran plaga de los abrazos.

A todos no les gustaba que los abrazaran. Un miembro tranquilo y reservado de la comunidad nos escribió una carta a mí y al consejo directivo. Decía que sentía una especie de aversión a los abrazos, que no deseaba impedirselo a las demás personas, pero que lo ponía nervioso pensar que lo atacarían con afecto cuando llegara a la iglesia. Había intentado escabullirse por la cocina, pero una de las cocineras había adquirido la manía y no sólo lo abrazó sino que además derramó caldo de gallina en su traje. Se le cayeron los anteojos y le pisaron los pies durante una de esas peleas matinales y se sentía presionado socialmente —si capitulaba ante uno de ellos también tendría que abrazar a todos los demás. Decía que temía ir al baño cuando los que daban abrazos estaban allí.

Pero no eran todas quejas. Tenía algunas sugerencias constructivas. Se podía habilitar una segunda entrada para las personas que sólo quisieran decir “hola” o dar un apretón de manos cuando fueran a la iglesia. O

tal vez un distintivo del tipo médico que tuviera la silueta de dos personas abrazándose y una línea roja atravesándola.

Además, sugirió organizar un grupo que se llamaría AA —Abrazadores Anónimos— para aquellos que desearan dejar el hábito. Tal vez podríamos ofrecer remeras que dijeran: NO ME ABRACE O INTOCABLE O SUCIO o algo por el estilo.

Decía también, que el único modo en que había logrado desalentar a los que daban abrazos había sido entrando en la iglesia con el pulgar en la boca. Los que daban abrazos no supieron cómo manejar la situación. Llegó a pensar en entrar con un paraguas abierto o con un niño lleno de mocos, en los brazos.

Cuando el consejo y yo estábamos elaborando la respuesta a esa carta, estalló la primera ola de los besos. Al parecer, alguien había visitado la Iglesia Episcopal y ellos practicaban un ejercicio llamado el Beso de la Paz. Todos se tomaban de la mano, cantaban la bendición y después besaban a los demás en la mejilla. Por lo tanto, los encargados de los abrazos deseaban ampliar su campo de acción e incluir las manos tomadas y el beso de la paz al final del servicio. Lo intentaron un domingo a la mañana sin previo aviso. Fue un domingo para recordar, les aseguro. Creo que no estábamos listos para los besos indiscriminados, fueran por la paz o lo que fuere.

El consejo directivo deliberó sobre los abrazos y los besos durante mucho tiempo. La reparación de una gotera en el techo hubiera sido un tema mucho más simple. Y yo sentí la necesidad de abordar la cuestión en uno de esos sermones ambiguos que me dejó tan confundido como al resto de la comunidad.

La década del 70 llegó a su fin. Las demostraciones

agresivas de afecto pasaron de moda. Los miembros de esa Iglesia todavía se abrazan, pero en la actualidad son más cuidadosos. Es importante reconocer el cambio. El objeto de los abrazos ha cambiado. En el pasado fue una afirmación de la liberación del que daba los abrazos, en la actualidad es una demostración de preocupación por el que recibe el abrazo. En lugar de obtener, se da. En lugar de decir Mírame, se dice Te Estoy Viendo. Un cambio que va del saber Lo Que Quiero al notar Lo Que los Demás Necesitan. Es probable que no comprendamos esto sólo con mirar a dos personas que se están abrazando. Para comprender, es necesario poner nuestros brazos alrededor de otra persona.

“¡Me mintieron respecto del Día de Acción de Gracias!”, fue la queja de una de mis ex alumnas que me llamó por teléfono desde la universidad, donde estaba aprendiendo la última versión revisionista de la historia estadounidense. Hasta la escuela secundaria, había estado profundamente convencida de la historia del Día de Acción de Gracias tal como la representó su clase de quinto grado.

Ella había desempeñado el papel de Pocahontas, la hermosa princesa india, vistiendo un camisón hasta el suelo, y se había casado con el chico rubio, alto y buen mozo que desempeñaba el papel de Miles Standish. Él lucía magnífico con su gran sombrero de cartulina negra, las zapatillas pintadas de plateado y un bigote postizo negro que había quedado de la obra representada por la clase en octubre. Además, estaba armado con una ametralladora de plástico, que dio una cierta tensión a la representación, pues se veía que era en realidad un revólver de agua cargado con jugo de arándanos.

En la versión de quinto grado de la historia de nuestros antepasados, los Padres Peregrinos se sentaron a una larga mesa frente a los indios. Era fácil distinguir a los indios porque llevaban plumas de pavo en el cabello

y el rostro y los brazos manchados con lápiz de labios. Todos inclinaron la cabeza para rezar la Gran Oración de Acción de Gracias, y después comieron sándwiches de pavo frío y bebieron malta. Después cantaron el viejo himno de acción de gracias *El hogar en la pradera*, y comieron helados. Una vez terminada la representación salieron al recreo y los Peregrinos derrotaron a los indios en un juego de pelota.

Ése fue el comienzo del Día de Acción de Gracias tal como lo conocemos en la actualidad. Los niños de quinto grado podían creer esa versión y estar agradecidos por toda la cuestión.

Pero en la escuela secundaria le dijeron a mi joven amiga que eso no había sido lo que sucedió. Los Padres Peregrinos eran muy rígidos; eran fanáticos mojigatos y fascistas que no sólo trataban muy duramente a los indios sino que también se trataban con dureza entre ellos. Los Padres Peregrinos se oponían a toda diversión y pasaban la mayor parte de su tiempo libre en la iglesia, donde no cantaban jamás. Algunas veces quemaban gente acusándolas de ser brujas. Estaban en contra de la ciencia, la educación, los bailes, el chocolate, el tabaco y los escarceos amorosos entre chicos y chicas. Nada de radio, nada de televisión, nada de rock and roll, nada de cines. Solamente iglesia y trabajo duro. Mi joven amiga detestaba a esos Padres Peregrinos y un año se negó a comer la cena de Acción de Gracias en protesta porque sus padres estaban celebrando la encarnación de la maldad.

Pero actualmente está en la universidad y corre el año 1988 y ella está furiosa por todas las mentiras que le dijeron en el pasado. Ahora sabe que los Padres Peregrinos no se vestían de negro todo el tiempo; no llegaron para fundar los Estados Unidos; y no eran ni comunistas

ni fascistas, sino rebeldes que huyeron de su hogar para poder concurrir a la iglesia como, cuando y donde lo desearan. (*Igual que mi joven amiga.*) Bebían vino, comían buenas comidas cuando las tenían, fumaban, tenían relaciones sexuales... y los puritanos jóvenes llegaban a acostarse juntos con la ropa puesta y una tabla entre ellos; y cualquier adolescente podía llegar a hacerlo. Después, los Padres Peregrinos construyeron la Universidad de Harvard, donde mi joven amiga se encuentra actualmente, y donde perduran todas estas buenas tradiciones de los Padres Peregrinos. (Pero ella me cuenta que ya no colocan una tabla en el medio cuando están en la cama.)

Además, los Padres Peregrinos no celebraban el Día de Acción de Gracias y no rezaban una gran oración. Todo lo que hicieron fue COMER hasta llenarse el estómago porque estaban hambrientos. Y tampoco llegaban de visita sus parientes de otras ciudades; los Peregrinos fueron a América para *alejarse* de sus parientes que fueron los que, en Inglaterra, querían obligarlos a concurrir a la iglesia correcta. Mi joven amiga puede sentirse identificada con esta versión de los Padres Peregrinos; ellos eran parecidos a ella.

Con respecto a los indios, ellos tampoco celebran el Día de Acción de Gracias. Una vez fue más que suficiente. Desde que comieron con los Padres Peregrinos, sólo han tenido problemas y les ha faltado el alimento. Mi joven amiga está cursando la materia cultura nativa estadounidense, un curso tendencioso que produce nuevos adeptos todos los años.

Esto no es más que un breve resumen de una charla telefónica mucho más larga el Día de Acción de Gracias. Mi amiga se sentía sola en Nueva Inglaterra, y su-

pongo que los Padres Peregrinos sintieron lo mismo.

Siempre resulta instructivo conversar con los alumnos universitarios; es agradable saber cuáles son las cosas que conmueven a la generación más joven. Es cierto que la historia es confusa. Y mi joven amiga encontrará varias versiones más de la historia del Día de Acción de Gracias y de todo el resto de la historia de la humanidad antes de que el panorama comience a resultarle claro. Su sensación de que los Peregrinos eran bastante parecidos a ella es un progreso. Sospecho que lo eran.

Y yo... bueno, mi versión es que fuera lo que fuese que sucedió ese día de otoño de 1651, las cosas que pasaron por la mente de los Padres Peregrinos esa noche cuando se fueron a dormir no son muy diferentes de las cosas que pienso yo cada año cuando la fiesta termina:

“Querido Dios, me alegro de que ya terminó... todos comimos demasiado... pero nadie se lastimó... ahora hay tranquilidad y todos estamos cobijados y secos y tenemos un buen lugar donde dormir... la vida continúa... y por el momento, eso no es tan sólo suficiente, sino que está bastante bien... y yo te doy gracias.”

A los ministros de la Iglesia Unitaria se les solicita con frecuencia que celebren matrimonios entre miembros de distintas religiones. El término común sería "matrimonios mixtos". Pero por lo general, este término abarca mucho más que antecedentes religiosos totalmente diferentes. Todo matrimonio en el cual la novia o el novio se casa con alguien que está fuera de las fronteras familiares de raza o clase social es "mixto". Celebrar un matrimonio de ese tipo es unir a dos personas que tratan de cruzar un campo minado sin que las minas exploten y los destrocen.

Un ejemplo de ello fue el matrimonio de una joven muy hermosa de Brooklyn. Familia numerosa. Descendiente de polacos. Y judía. Su novio, alto, moreno y atractivo, provenía de Detroit. Su familia también numerosa. Y también descendía de inmigrantes, pero irlandeses y católicos. La familia de la novia incluía un rabino y un chantre; y en el otro equipo había sacerdotes y una monja. Ya había sido motivo de problemas que los jóvenes se marcharan de sus lugares de origen a Seattle para concurrir a la escuela para graduados; que no llegaran a casarse con alguien de su antiguo vecindario; pero enamo-

rarse, y lo que es peor aún CASARSE con alguien que “no es como nosotros” fue un desastre vergonzante —un terremoto familiar de gran magnitud. Increíble.

Pero la señorita Brooklyn y el señor Detroit tenían veintidós años y estaban llenos de Amor. Y el Amor, estaban seguros, podía superar cualquier obstáculo. El ministro tenía dudas y en el alma aún le quedaban algunas heridas de las esquivas recibidas al no lograr cruzar el campo minado con otras parejas en el pasado.

De allí en más —y casi hasta el final— la historia fue encajando como las piezas de un dominó. Fue todo tan predecible que yo podría haber hecho mucho dinero apostando sobre seguro a lo que sucedería a continuación. Se lo podría haber advertido, pero no me hubieran escuchado. Algunas veces, las personas deben descubrir las cosas por sí mismas. Ellos consideraban que tenían cuatro opciones:

Plan A: Contraer matrimonio civil y no decírselo jamás a sus familias. Pero —y aquí entra en juego el Amor nuevamente— amaban a sus padres y si sus padres se enteraban, como seguramente lo harían, se sentirían profundamente heridos, en especial cuando descubrieran que no se había realizado una ceremonia religiosa de *cualquier* clase. Por lo tanto...

Plan B: Que los uniera en matrimonio un ministro de la Iglesia Unitaria e informárselo a sus padres un día después. Una especie de semifuga. Los padres no estaban al tanto de las creencias de la Iglesia Unitaria, pero por lo menos sería una ceremonia religiosa en una iglesia. Buena idea. Hace su entrada el reverendo Fulghum. Lo cual llevó a...

Plan C: Ya que el matrimonio se iba a celebrar en una iglesia con un ministro, podían invitar a unos pocos

amigos en lugar de que sólo estuvieran presentes dos testigos. Y ya que invitaban a esos pocos amigos, podían invitar a algunos amigos más pues no querían herir los sentimientos de nadie. Para ese entonces, ya habían llegado al punto en que la categoría "amigo" y la categoría "conocido" se unen, y por lo tanto decidieron invitar a todas las personas que conocían. Ya estábamos hablando de una ceremonia grande —algo monstruoso, en realidad—. Cuando se invita a tantas personas, es necesario hacer una recepción —no se puede decir que se trata de una boda íntima y esperar que todos se vayan a tomar café a otro sitio—. Y, por supuesto, cuando se invita a tanta gente a una recepción, no se pueden obviar detalles y hacer un papelón. No, señor. El vestido largo blanco, los esmóquines alquilados, las flores, las damas y caballeros de honor, los fotógrafos, los anillos —y toda la compañía—. Y todo eso sólo porque pensaron que sería agradable invitar a algunas personas más. ¿Adivinan qué viene después? Correcto.

Plan D: No podían hacer tanta bambolla sin invitar a sus familias. Campo minado, aquí vamos.

(Les diré que estas ceremonias siempre tienden a escaparse de las manos. No he visto jamás que se vuelvan más pequeñas o que no se escapen del presupuesto. Una cosa siempre lleva a otra. Es algo así como el mismo matrimonio. O la vida. ¿Y por qué no ha de ser así? Cuando se trata de celebrar y estar feliz nunca hay que retacear los medios.)

Y así fue como pisaron una mina. La Más Grande. Llamaron a sus madres y las invitaron a la ceremonia. La pareja llamó desde mi casa, y mi teléfono no ha funcionado bien desde entonces. Probablemente quemaron los cables hasta Detroit y Brooklyn. Las dos madres res-

pondieron del mismo modo. "¿TE VAS A CASAR CON QUÉ? ¡UN QUÉ!" seguido de silencio y llanto. Después los padres tomaron el teléfono y el resumen de sus observaciones fue: "VEN A CASA DE INMEDIATO, YA MISMO".

Durante un mes, las cartas y las llamadas telefónicas cayeron en catarata. Los tíos, las tías y los primos intervinieron. El rabino escribió una carta de treinta hojas. Los sacerdotes y la monja, rezaron. Las familias NO IRÍAN JAMÁS a esa boda. Los amenazaron, los chantajearon, e hicieron un gran escándalo. Les ofrecieron sobornos. Pero nada sirvió, no lograron disuadir a la pareja. Las dos familias utilizaron como último recurso la amenaza de desheredarlos, pero tampoco dio resultado.

La novia y el novio no eran indiferentes a todo esto. Pasaron mucho tiempo en la oficina del reverendo Fulghum —la novia gritaba y el novio maldecía—. Pero el matrimonio se celebraría, contra viento y marea. Pero la pareja tenía un escudo invisible: el Amor. Y un arma secreta: un gran sentido del humor. Reían con la misma frecuencia con que lloraban.

Además, provenían de familias luchadoras que se habían esforzado por lograr lo que tenían y que siempre les habían enseñado a no retroceder cuando creyeran en algo. Los chicos estaban haciendo exactamente lo que sus padres les habían enseñado. Creían en su pareja. Y eso era suficiente.

Pero una de las abuelas quebró el empate. La abuela del novio. Por Dios, si su único nieto se iba a casar, no importaba CON QUIÉN, ella estaría presente. Por el bien de sus futuros bisnietos que la necesitarían. Además, ella tampoco había aprobado a su nuera y, sin embargo, el matrimonio funcionó muy bien. La abuelita hablaba en serio —compró su pasaje—. ELLA iría al casamiento.

Y de ese modo, las fichas del dominó comenzaron a acomodarse. Si la abuela iba, no podía hacerlo sola, por supuesto, y al poco tiempo, se decidió que todos los irlandeses católicos de Detroit estarían presentes en la boda. Ellos les demostrarían a esos judíos de Brooklyn lo que era la verdadera LEALTAD FAMILIAR. Y llevarían al tío Dickie, el sacerdote, para que las cosas fueran lo más celestiales posible.

Ustedes ya saben lo que pasó después. Treinta y cinco judíos de Brooklyn, incluyendo al abuelo rabino, compraron sus pasajes de avión.

La boda comenzó a tomar la forma de un match en masa entre Notre Dame y la Tecnológica de Jerusalén. Lo que en física se conoce como “llegar a una masa crítica”.

Y por cierto concurren a la ceremonia. Y allí fue donde las cosas se complicaron. El abuelo rabino rogó que por lo menos le permitieran decir una bendición tradicional en hebreo al final de la ceremonia. Cuando se enteraron los irlandeses católicos, insistieron en que la abuela, que había sido cantante de ópera, cantara el *Ave María* de Schubert antes de la bendición, como una especie de antídoto contra el hebreo. Una de las partes quería que se utilizara un poco de incienso, y la otra, que hubiera vino en la ceremonia y después se rompiera la copa. La novia y el novio no tenían más remedio que asentir sonriendo a todo lo que les proponían.

Cuando llegó el gran día, un sábado a la noche —después del atardecer, para complacer a “ya saben quién” —, las familias entraron en la iglesia y se sentaron —no, mejor dicho “se atrincheraron” — a cada lado del pasillo. Durante un rato, yo hubiera apostado seis a cinco a que después de la ceremonia habría una batalla campal en lugar de una recepción.

Pero me olvidaba del Amor. Los irlandeses católicos de Detroit amaban al novio; al igual que los polacos judíos de Brooklyn amaban a la novia. Y por muy buenos motivos: eran jóvenes extraordinarios, dignos de orgullo y respeto, aun cuando no tuvieran cerebro suficiente para elegir su pareja. Y hasta los críticos más acérrimos del matrimonio, no podían dejar de ignorar que el novio era muy alto y buen mozo y que la novia era encantadora. Y además, tendrían que haber sido muy ciegos para no darse cuenta de que cuando los novios hicieron sus votos, estaban plenamente convencidos de cada palabra. Y cuando la novia comenzó a llorar y el novio la tomó entre sus brazos y lloró también, toda la iglesia estalló en llanto. Yo he visto llorar en muchos casamientos, pero eso fue algo descomunal. La ceremonia se detuvo mientras todos lloraban, inclusive el ministro. Hasta el tío Dickie, el sacerdote, que permanecía en el vestíbulo por temor a contaminarse con los procedimientos, se secó los ojos y se sonó la nariz.

En realidad, lo que sucedió fue muy simple. La felicidad nos tomó por sorpresa cuando la novia respondió "Sí, oh sí, isí!" cuando el ministro le preguntó si aceptaba a ese hombre, etcétera. En ese instante sucedió algo que es muy viejo y hermoso y nuevo. Habría que haber tenido un corazón y una cabeza de piedra para no notarlo. Felicidad. Una afirmación sin palabras de algo correcto. Y por eso, como no teníamos palabras para expresarlo, lloramos.

Fue entonces que la abuela del novio —la gran matriarca de los irlandeses católicos, de setenta y ocho años— se puso de pie para cantar el *Ave María*. No había hecho un viaje tan largo para fallarle a su nieto. Se paró junto al piano, llenó sus pulmones de aire, cerró los ojos

y cantó. Jamás escuché cantar esa canción con más sentimiento, pasión y fervor. Fue magnífico. No fueron los sonidos débiles y sobreactuados de una cantante de ópera anciana, como se podía haber esperado. Fue la voz de una abuela que destilaba su vida en la música, para una ocasión única, con el fin de honrar lo que amaba y creía. Cuando la última nota se desvaneció y quedamos sobrecogidos por el silencio, la abuela abrió los ojos, le sonrió a su nieto, y le dijo: “Ya está”.

Y los judíos de Brooklyn se pusieron espontáneamente de pie para ovacionarla. Quizá no supieran comportarse en la iglesia, pero sabían de música y sabían que la abuela había dado todo de sí —y eran capaces de reconocer un gran amor—. Ella era sensacional.

El abuelo rabino no se quedó atrás. Caminó lentamente hasta quedar muy cerca de los novios. Tomó entre las suyas las manos de ambos, y después, hablando en nombre de Abraham, Isaac, Jacob y todos los judíos de Brooklyn, dio a la pareja una bendición que duraría por el resto de sus vidas. Y no era necesario entender hebreo para saber que realmente los BENDIJO.

Y como era de esperar, los irlandeses católicos se pusieron de pie para ovacionar al abuelo rabino.

Allí fue donde el ministro suspiró con alivio, pues la Felicidad se impuso y las posibilidades de que se llegara a un final feliz fueron reales. Un final feliz. Más que cualquier otra cosa, deseábamos que ése fuera un final feliz. Y estábamos por alcanzarlo.

Sólo al final de la ceremonia, las familias comprendieron que compartían muchos de los valores y tradiciones, a pesar de sus discusiones metafóricas. Creían en la familia, la fe, el amor, el mismo Dios, y la capacidad para celebrar esas cosas.

Los novios cruzaron rápidamente el pasillo que los llevaba al salón de recepción, donde los estaba esperando una banda de música. Los recién casados bailaron y todos los aplaudieron. El Abuelo Rabino invitó a bailar a la Abuela Cantante de Ópera, y la multitud rugió y después todos se pusieron a bailar. No volví a estar jamás en una recepción como ésa —bailaron, comieron, rieron y cantaron hasta muy entrada la noche—. ¡Fue magnífica!

Tres días después, cuando mi mente se despejó, me pregunté cómo había sucedido. Y decidí que el ministro escéptico se había equivocado y que la novia y el novio habían tenido razón. El amor era más fuerte que los prejuicios. El amor ganó. No sé si estoy totalmente convencido, pero en este caso las evidencias son irrefutables. El puntaje final fue Amor 21, Espíritus Malignos 0. Cuando tengan dudas, confíen en las personas que aman, en todas.

(Epílogo. Un año después, cerca del primer aniversario de esta increíble ocasión, recibí una postal enviada desde un crucero en el Caribe. De la novia y el novio, pensé. No. De los padres de la novia y del novio, que se han hecho grandes amigos.)

Por lo general se considera que las bodas son como un cuento de hadas y que la Vida Real queda suspendida en forma momentánea. La frase "Y vivieron felices para siempre" parece posible, cuando menos por un día. Cuando mis hijos eran pequeños y su papá trataba de terminar los cuentos con el final feliz, uno de ellos siempre preguntaba: "¿Y después qué pasó?" ¿Cómo podía decirles que Cenicienta descubrió que se había casado con un tipo que practicaba un culto a los pies y que los zapatitos de cristal le hacían doler terriblemente? ¿Cómo podía decirles que la rana que la princesa besó, si bien se convirtió en un príncipe, seguía teniendo la personalidad de una rana y en el desayuno comía moscas en lugar de cereal? Mis conocimientos sobre la vida real me dicen que ésas serían respuestas razonables para la pregunta "qué pasó después".

Yo les digo a las parejas, en broma pero con un dejo de seriedad, que la garantía de la licencia de matrimonio sólo es válida por veinticuatro horas. Las posibilidades de que un matrimonio perdure en la actualidad son de cincuenta a cincuenta, lo cual implica que los ministros debemos celebrar matrimonios, con frecuencia, en

que ambas partes ya han estado casadas. No fueron felices para siempre la primera vez. Pero ahora ya saben algo más —sobre sí mismos, sobre la vida real y sobre el matrimonio. Y las ceremonias de casamiento reflejan su sabiduría.

En principio, saben, como lo sé yo, que el verdadero casamiento y los verdaderos votos no se hacen el día de la ocasión social formal.

Hay un momento, por lo general unos días después de la propuesta de matrimonio y de la aceptación, una vez que se han efectuado los anuncios y se ha fijado la fecha y todo lo demás, en que hay una conversación entre las dos personas que se aman, y que ya están seguras de lo que se han propuesto hacer. La conversación tiene lugar durante varios días, o semanas. Una parte yendo a algún sitio en auto, una parte en la mesa de la cocina después del almuerzo, una parte en el piso del living, o quizá de regreso a casa después de ver una película. Es una conversación sobre promesas, hogares, familia, hijos, posesiones, trabajos, sueños, derechos, concesiones, dinero, espacio personal, y todos los problemas que pueden surgir de esos temas. Y lo que se promete en esos momentos, en forma desorganizada e incoherente, forma parte de un pacto. Un pacto —un lazo invisible de compromiso. Sólo dos personas que deciden lo que quieren, lo que creen, lo que desean el uno para el otro. Se preguntan con los ojos si son totalmente sinceros, y lo son. Después lo sellan con muchos más besos y abrazos de los que se ven en público. Y eso es todo. El matrimonio se ha celebrado. Lo único que resta es la ceremonia pública, sea cual fuere la que ellos elijan.

Sé que esto suena a herejía —que es probable que los Padres de la Iglesia no estén de acuerdo. Pero si us-

ted está casado, sabe que es verdad. Por eso siempre les digo a las parejas que presten atención a lo que sucede durante ese tiempo de conversación previo al Gran Día. No querrían perderse su propia boda.

Quando me vienen a ver las parejas para un segundo matrimonio, siempre han pasado la mayor parte de su tiempo y han empleado la mayor parte de sus energías en esas conversaciones y están mucho menos preocupadas por el Gran Día de lo que lo estaban la primera vez. Saben que el compañerismo en la cocina frente a la mesa del almuerzo es mucho más importante que el color del vestido de las damas de honor. Saben que el compañerismo y la amistad son mucho más importantes que la belleza física. Y saben que casarse con una rana está bien si a uno realmente le agrada la rana y no espera que se transforme en un príncipe. *(Esto también lo saben las personas cuyo primer matrimonio ha funcionado bien durante cinco años y tienen pensado seguir unidas.)* La segunda vez no es tan romántico, pero no por eso carece de amor. El amor tiende a ser más rico, más profundo y más sabio esa vez.

Estos párrafos sirven de introducción a una hermosa historia. Dos hermanos se casaron aproximadamente a la misma edad —apenas pasados los veinte años— en algún lugar de Dakota. Uno de los hermanos era apuesto, el mejor partido del pueblo. El otro era un verdadero sapo: bajo y morrudo, y le encantaba cantar con una voz muy fea. El hermano apuesto se casó con una mujer hermosa, y el sapo se casó con una rana. Las parejas vivían muy cerca y criaron juntos a sus hijos. Ninguna de las dos parejas era realmente feliz —sus matrimonios funcionaban pero no eran satisfactorios. Pero una persona ajena a ellos jamás lo hubiera notado. Los hijos cre-

cieron y se casaron. El hermano apuesto murió repentinamente de un ataque al corazón cuando tenía cincuenta años, y la esposa del sapo falleció en un accidente automovilístico.

Yo me enteré de esta historia cuando el hermano y la esposa sobrevivientes vinieron a Seattle a consultarme. Durante años se habían amado en secreto. Después de las dos muertes, el hermano sapo comenzó a visitar a su cuñada para hacerse mutua compañía, y cenaban juntos, y lavaban los platos juntos en la cocina mientras cantaban viejos himnos. Algunas veces trabajaban juntos en el jardín, sacando yuyos, y hablando durante horas sobre la vida en general.

Ninguno de los dos hablaba de los sentimientos —en un pueblo pequeño no estaba muy bien visto que una pareja de cuñados viudos se enamorara o hiciera algo al respecto. Pero una noche, mientras secaba los platos, él comenzó a cantar *Te amo sinceramente*. Ella unió su voz a la de él, él la miró a los ojos y ella lo miró a él, y comprendieron.

Así que comenzaron esa larga conversación que es el verdadero casamiento. Su primera preocupación fue: ¿qué pensarán nuestros hijos? Los chicos serían hijos e hijas, y sobrinas y sobrinos; primos y medio hermanos a la vez. Y algunos de los hijos estaban casados y les iba muy bien en su matrimonio. Una conmoción familiar podía hacer zozobrar a algunos barcos que tenían problemas con el oleaje.

Pero su amor era de larga data y muy sabio, sus vidas eran breves y solitarias, y ya se habían casado en el sentido más profundo —habían hecho el pacto de compañerismo.

Decidieron fugarse. Imagínense. Fugarse y casarse.

A través de amigos de amigos, llegaron hasta mí en Seattle y me pidieron ayuda confidencial para contraer matrimonio.

Lo que ellos no sabían era que sus hijos estaban enterados de todo. De los matrimonios que no eran felices, de la resistencia en silencio, del amor que había florecido y del matrimonio que se estaba celebrando en la cocina. Sus hijos se habían dado cuenta y los observaron y aprendieron mucho sobre el amor y el matrimonio. Sus hijos temieron primero lo que podía suceder, y después desearon fervientemente que sucediera.

Yo sabía que los chicos estaban enterados porque una hija me llamó por teléfono el mismo día que hablé con su madre y su tío. Ella había averiguado dónde se encontraban y quería saber si yo los iba a casar y cuándo lo haría, porque toda la familia quería estar presente en la ceremonia.

Ésta es la parte que parece un cuento de hadas. Los hijos de la novia y del novio llegaron en una caravana de diez autos desde Fargo, Dakota del Norte. Cuando la novia y el novio entraron por la puerta principal de mi casa ese domingo por la tarde, para lo que ellos pensaron sería una ceremonia simple y tranquila, sus hijos y nietos estaban escondidos en la cocina y el patio cubierto. En el momento en que la novia y el novio se pararon ante mí, sus familias entraron en la habitación en silencio, con los rostros contraídos por sonrisas y lágrimas corriendo por sus mejillas. Qué momento. Qué momento.

Uno de los nietos puso fin a tanto llanto gritando "¡SORPRESA, SORPRESA!" y la reunión se convirtió en una competencia feliz de besos y abrazos.

Una vez que volvió el orden y el silencio, la novia y el novio y sus hijos y nietos se volvieron hacia mí para

que comenzara la ceremonia. Y yo les dije que lo que acababa de suceder era en sí mismo una hermosa ceremonia y los declaré marido y mujer y tío y tía. Con lo cual comenzaron nuevamente los besos y los abrazos y los gritos. Los actos, y no las palabras, son los lazos que unen.

Durante años les he venido relatando esta historia a las parejas que se casan por segunda vez. Lo importante de la historia no es que tuvo un final feliz. Lo importante es saber que un casamiento por lujuria, o dinero, o *status* social ocasiona, por lo general, problemas. Lo importante es saber que el matrimonio es un laberinto que debemos recorrer —un laberinto que resulta más fácil cuando se recorre con un buen compañero— como, por ejemplo, un sapo que canta mientras lava los platos. O una mujer hermosa que hace que un sapo se sienta como un príncipe cuando lo toma de la mano. Ésa es la clase de cuento de hadas en que se puede creer.

"Limonada 5 centavos". Cartel grande y ambicioso del verano, escrito en letras rojas. A mitad de cuadra están las instalaciones clásicas. Un par de chicos tostados por el sol, una mesa para naipes, una silla de cocina, la jarra, los vasos de papel, y el cartel pegado a una cerca de madera. La abuela les dio la idea. Era el modo de sacarse a los chicos de encima y mantenerlos quietos en un sitio durante un rato. *(Se puede ver su rostro asomado a la ventana de la cocina, vigilándolos.)*

Al principio los chicos sospecharon —les parecía que había gato encerrado. Pero cuando se enteraron de que podían ganar dinero, la codicia capitalista básica se apoderó de ellos, y ya hace una semana que están todos los días en su puesto de venta. Y hasta han comenzado a agregarle más agua a la limonada para aumentar las ganancias.

Lo sé, porque desde hace cinco días soy su mejor cliente. Y también lo sé porque cuando era chico, yo también estuve en el ramo de la limonada.

Así que colaboro con su negocio haciendo viajes innecesarios alrededor de la manzana para pasar frente a su puesto. Para ellos es muy importante. Y para mí tam-

bién. Por cinco centavos tengo un vaso de agua con sabor a limonada y un toque de nostalgia, y ellos aumentan su cantidad de efectivo. Soy un cliente preferencial. Me dieron gratis los restos de una jarra al finalizar un día de trabajo. Ahora ya sé dónde estaba el azúcar.

Y son mejores comerciantes de lo que yo era a su edad. El más chico está encargado de seguir a los clientes y recuperar el vaso antes de que lo tiren. Yo pensé que lo hacían para evitar que la gente tirara basura en la calle. Pero resultó ser que volvían a utilizarlos.

—¿Pero eso no es un poco antihigiénico?

—¿Por qué? ¿Usted tiene alguna enfermedad?

¿Qué podía contestarles?

Les ofrecí proveerlos de galletitas para que expandieran su negocio. Se las vendería a cinco centavos y ellos podrían venderlas a diez. Ellos están en esa edad en que si un adulto les ofrece hacerles un favor, lo miran con gran suspicacia. Pero al día siguiente había galletitas sobre la mesa de naipes. Y a quince centavos cada galletita.

—Las hizo la abuela. Ella nos las DIO.

(La abuela sonríe y me saluda con la mano desde la ventana de la cocina.) Estoy ante fuerzas económicas que no puedo derrotar, y también frente a mentes más inteligentes que la mía. Mi trabajo es ser el cliente. No necesitan un intermediario.

Ésta no es la primera vez que he sido el pichón en un juego preparado por dos generaciones de la misma sangre.

En un camino pedregoso de las montañas de la isla de Córcega, un día de verano un muchacho me hace señales para que detenga el auto agitando los brazos y señalando hacia una canasta. Me detengo. Detrás de él

está un hombre anciano sentado frente a una mesa. Sobre la mesa hay botellas verdes altas.

El chico me hace una sonrisa sin dientes, de diez dólares.

—Mister, ¿habla inglés?

Le digo que sí y el minicomerciante se acerca y me habla en tono conspiratorio.

—Mi pobre abuelo vende almendras y vino. Las almendras son de sus árboles y él mismo prepara el vino. Las almendras son buenas, pero el vino es espantoso. Pero es barato. Por favor, compre un poco y haga feliz a mi abuelo, ¿está bien?

Otro vendedor de limonada. ¿Y la Liga de los Vendedores de Limonada tiene que apoyarse, verdad? Así que por alrededor de un dólar me llevo una bolsita de almendras y dos botellas de vino. El chico sonrío, el anciano sonrío y yo sonrío. La conspiración llega a su fin.

Y el chico tenía razón. La propaganda fue correcta. Las almendras eran muy sabrosas. El vino, horrible.

Varios kilómetros más adelante encuentro otro niño y otro anciano, y la misma historia. Coincidencia. Y por otro dólar compro otra bolsita de almendras y dos botellas más de vinagre de primera.

Pero avanzo varios kilómetros más y encuentro otro niño y otro anciano, y cuando al cabo de algunos kilómetros comienzo a bajar la cuesta, encuentro otra pareja. En treinta y cinco kilómetros conté once parejas de amistosos artistas del atraco.

Esa noche, en la aldea, me enteré de que los ancianos contratan a los niños pequeños, que aprendieron inglés en la escuela, para que les hagan señales a los turistas y les cuenten la historia, y siempre funciona. También me enteré de que los ancianos no comprenden las

diferencias entre las distintas monedas extranjeras, pero los chicos sí. Lo que los niños les cobran a los turistas y lo que les dan a los ancianos no es lo mismo.

Sospecho que los ancianos saben lo que sucede, pero si tenemos presente que si venden vinagre aguado como si fuera vino, no pueden quejarse de que la joven generación les robe un poquito.

Todos participan en el engaño.

Hasta yo. Le di dos botellas del vino a un taximetro como propina. Me cobró de más cuando me llevó del hotel al ferry, pero yo no sabía francés suficiente para discutir con él. Le encantó que le regalara el vino. Quizá cuando descubra lo del vino se lo dé al anciano que está en el camino con el niño y la historia vuelva a repetirse.

Un año después, en una callejuela de la ciudad de Heraklion, en la isla de Creta. Dos niños, una mesa desvencijada, algunos vasos, una jarra, un cartel —el equipo usual.

—Eh, Mister, ¿habla inglés?

Comenzamos de vuelta.

—Sí, ¿qué venden?

—Super Cola; la hizo mi abuelo.

Por lo que recuerdo, la Super Cola es una bebida griega sin alcohol.

—¿Cuánto cuesta?

—Un dólar norteamericano.

—¿Un dólar por una botella de Super Cola? Es demasiado.

—Espere a probarla.

No se puede defraudar a un compañero vendedor

de limonada, así que le pagué un dólar, tomé la botella, y bebí un trago grande.

En la botella hay raki —la versión local de una fuerte bebida alcohólica—. Según me han dicho, algunas personas levitaron después de beberla. Otras no han podido describir la experiencia, porque ya no pueden hablar.

Me alejé caminando en una nube cálida, con los labios un poco dormidos pero sintiéndome libre y bien. **IESO es lo que yo llamo una LIMONADA!**

Si alguna vez están en mi barrio en el verano, y ven a un hombre de mediana edad con un sombrero de paja, sentado junto a una mesa para naipes debajo de un cartel que dice LIMONADA EXTRA ESPECIAL, UN DÓLAR, deténganse a tomar un vaso en nombre de la hermandad internacional de vendedores de limonada.

Hace poco tiempo, vi otro cartel a la entrada de la carretera. A CUALQUIER OTRO SITIO IDA Y VUELTA. Me gustó el espíritu del cartel así que me detuve y los viajeros subieron agradecidos a mi camioneta. Eran jóvenes universitarios, hombre y mujer —uno de cada clase—. Estaban cansados del "equi" y se tomaban un semestre para verlo 1980, dondequiera que estuviera.

—Pero el cartel dice "y vuelta".
—Bueno, éste es nuestro hogar, y nos gusta. Pero queremos ir a algún otro sitio durante un tiempo. ¿No quiere lo mismo a veces?

—En realidad, yo diría que una vez por semana.

Cuando yo le pregunta a la gente qué hacen si se gana la libertad, la mayoría responde que primero pagaría sus deudas y después viajaría; más a recorrer el mundo, a cualquier otro sitio ida y vuelta. Somos nómadas de co-

de un hombre que me había conocido en el momento de salir de la ciudad. Me dijo que se había casado y que vivía en un pueblo de la zona. Me dijo que se llamaba Juan y que era un hombre de bien. Me dijo que se había casado con una mujer que se llamaba María y que tenían un hijo que se llamaba Juan. Me dijo que se había casado con una mujer que se llamaba María y que tenían un hijo que se llamaba Juan. Me dijo que se había casado con una mujer que se llamaba María y que tenían un hijo que se llamaba Juan.

Me dijo que se había casado con una mujer que se llamaba María y que tenían un hijo que se llamaba Juan. Me dijo que se había casado con una mujer que se llamaba María y que tenían un hijo que se llamaba Juan. Me dijo que se había casado con una mujer que se llamaba María y que tenían un hijo que se llamaba Juan. Me dijo que se había casado con una mujer que se llamaba María y que tenían un hijo que se llamaba Juan.



1969. UN CARTEL: CUALQUIER LUGAR MENOS AQUÍ. Sostenido, a la entrada de una carretera, por tres hippies que hacen dedo para lanzarse al gran río de la aventura. Era un cartel común en esa época; yo lo vi más de una vez, y lo sentí en la gente muchas veces. Pasión por los viajes mezclada con descontento.

Hace poco tiempo, vi otro cartel a la entrada de la carretera. A CUALQUIER OTRO SITIO IDA Y VUELTA. Me gustó el espíritu del cartel así que me detuve y los viajeros subieron agradecidos a mi camioneta. Eran jóvenes universitarios, hombre y mujer —uno de cada clase—. Estaban cansados del “aquí” y se tomaban un semestre para verlo TODO, dondequiera que estuviera.

—Pero el cartel dice “y vuelta”.

—Bueno, éste es nuestro hogar, y nos gusta. Pero queremos ir a algún otro sitio durante un tiempo. ¿No siente lo mismo a veces?

—En realidad, yo diría que una vez por semana.

Cuando se pregunta a la gente qué haría si se ganara la lotería, la mayoría responde que primero pagaría sus deudas y después viajaría; iría a recorrer el mundo, a cualquier otro sitio ida y vuelta. Somos nómades de co-

razón. Cuando los antropólogos descubren las ruinas de una civilización que fueron abandonadas repentinamente, me divierte observar las preguntas que se formulan. ¿Qué lo causó? ¿Dónde fueron? ¿Cuál fue el problema? En realidad no hubo problema alguno, simplemente se despertaron una mañana con el deseo colectivo de estar en otro lado. Se fueron. Y por alguna razón no lograron regresar.

Cuenten los lugares en los que han vivido hasta el presente. Mi récord es treinta y siete lugares en cincuenta y un años, y mi esposa y yo ya estamos pensando dónde iremos y qué haremos ahora. Somos inquietos por naturaleza y siempre que podemos satisfacemos nuestras ansias de viajar. Después de haber realizado varios viajes "de ida y vuelta", sé que existen dos verdades elementales:

Primero: En realidad, el pasto no es siempre más verde del otro lado de la cerca. De ningún modo. Las cercas no tienen nada que ver. El pasto es más verde en los lugares donde se lo riega. Cuando crucen las cercas, lleven agua y cuiden el pasto del lugar en que se encuentren.

Segundo: Cuando me enseñaba a conducir una canoa por los rápidos, mi amigo Baz, un gran profesional, me enseñó también la máxima de los que siguen la corriente del río: "Sentarse quieto es esencial para el viaje". Cuando vayan río abajo, deténganse en la orilla de tiempo en tiempo y siéntense en silencio a mirar el río y a pensar en dónde han estado, adónde se dirigen y por qué y cómo.

Entonces vengan a sentarse junto a mí en la orilla y yo les diré dónde el pasto es más verde y todo lo que sé sobre el río...

"¡La filosofía griega vive!" Esta frase estaba grabada en inglés en una de las puertas de la Plaka, el antiguo mercado instalado debajo de las grandes paredes de piedra de la Acrópolis. El corazón de Atenas. Y es cierta. Los griegos todavía se dedican a la filosofía. La filosofía no quedó enterrada en el siglo IV antes de Cristo ni en los libros de texto universitarios. Está viva, como lo están los griegos.

El pragmatismo perdura hasta nuestros días. De *pragma*, "hechos". Es la doctrina filosófica según la cual la prueba de la verdad de las proposiciones es su resultado práctico. No importa lo que uno diga o piense. Lo importante es lo que uno hace y el modo en que eso funciona. Es posible leer todo respecto al pragmatismo en los libros de filosofía; o simplemente observar actuar a los griegos. Las historias que siguen son el resultado de la observación.

En el aeropuerto de Chania, situado en el extremo occidental de la isla de Creta, un 727 de Olympia Airlines descarga unos cien pasajeros ruidosos en la terminal abarrotada de personas. Gran alboroto. Las voces y los puños se levantan, las mujeres lloran, los niños chillan. Dos pasajeros saltan sobre un mostrador para darle un

puñetazo al empleado. Llega la policía, hace sonar sus silbatos y esgrime sus porras.

Explicación. El destino de los pasajeros era Heraklion, en otro extremo de la isla; donde seguramente se encuentra todo su equipaje.

Por motivos desconocidos, este avión aterrizó en la ciudad que no debía y los pasajeros tendrán que realizar un duro viaje en ómnibus de más de doscientos cuarenta kilómetros para llegar a su lugar de destino. Los pasajeros están furiosos y dicen que ellos van a manejar el avión. Las cosas que piensan de los culpables no se pueden reproducir, pero son muy duras y se refieren a la familia de los directivos de Olympia Airlines y al lugar donde esperan que pasen la eternidad.

Uno de los pasajeros, un turista alemán, bajo y bien vestido, que permaneció al borde del caos caminando en círculos, de pronto comienza a gritar mezclando palabras en inglés y en alemán:

—¿POR QUÉ ESTOY AQUÍ? ¿DÓNDE VOY? ¿QUÉ DEBO HACER? ¿QUÉ SERÁ DE MÍ? ¡SANTO DIOS AYÚDAME!

Sus gritos son tan desesperados que la multitud hace silencio y lo observa con preocupación, como si se tratara de un perro rabioso.

El gerente regional de la compañía aérea le responde en inglés desde el otro extremo de la multitud:

—¡Señor! ¡Señor! Ésas son preguntas muy antiguas. Los griegos hemos intentado responderlas desde hace dos mil años y no nos ha sido fácil ni antes ni ahora. Mientras tanto, nosotros trataremos de ayudarlo. Los dioses no serán de gran ayuda, pero Olympia Airlines se ocupará de que usted llegue a Heraklion. Por favor, suba al ómnibus.

La multitud aplaude. Los pasajeros enfilan hacia el

ómnibus, que parte rápidamente hacia Heraklion. El turista alemán quedó anonadado y no deja de murmurar preguntas y demandar respuestas razonables.

Esa tarde, en un café de la rambla de Chania, escuché la conversación de dos jóvenes estadounidenses que discutían si los seres humanos eran básicamente malos o básicamente buenos. Eran estudiantes de abogacía de primer año. Uno de ellos señalaba su copa de vino e insistía en que la pregunta era similar a preguntar si su copa estaba medio llena o medio vacía, una simple cuestión de palabras y opiniones. Su compañero estaba en desacuerdo.

—No es así, no es así: la cantidad exacta de vino en una copa se puede determinar mediante instrumentos científicos y se puede llegar a una definición de lleno y vacío. ¡Ese antiguo cliché ya no sirve!

Llamó al mozo y le pidió dos copas vacías y algo que le sirviera para medir vino. La ciencia les proporcionaría la respuesta, al igual que el razonamiento lógico resolvería la gran pregunta sobre la naturaleza humana.

El mozo, un anciano griego, les preguntó el motivo de tal pedido y los jóvenes se lo explicaron. El mozo los miró. Después miró la copa de vino cuya verdad debía ser demostrada. Sonrió. Levantó la copa y la llevó cerca de su nariz para oler el aroma. La elevó haciendo un brindis mudo frente a cada uno de los jóvenes turistas y bebió el vino con deleite. Sonrió, y se marchó.

Pragmatismo. Un momento para gritar y un momento para subir al ómnibus. Un momento para debatir y un momento para beber vino.

La aldea de Stupa/Lefktron está situada al sudoeste de Atenas, en la costa rocosa de la península del Peloponeso. Aunque no figura en los mapas corrientes, es un lugar importante debido a que allí Nikos Kasantzakis escribió la novela *Zorba*, la mayor expresión moderna del pragmatismo griego.

Stupa/Lefktron tiene dos nombres desde la ocupación turca (antes de 1883) y actualmente está dividida en alrededor de treinta y cinco partidos políticos, lo cual significa que en la aldea hay treinta y cinco hombres que pueden votar. Sin embargo, la aldea está unida en dos frentes.

El primero es el deseo acuciante de obtener la mayor cantidad de dinero posible de los turistas durante julio y agosto. Y el otro, es su religión: la religión Ortodoxa Griega.

Se puede llegar a pensar que la religión y la economía entrarían fácilmente en conflicto durante la temporada turística pues ¿quién dispondría de tiempo para estar en la iglesia un domingo a la mañana cuando todos los cafés, las tiendas artesanales y los restaurantes están abiertos para obtener hasta el último dracma de los turistas que llegan en los ómnibus?

Pero no hay problema alguno.

Muy temprano, en la quietud de la mañana, el padre Michaelis hace funcionar un grabador, y a través de los parlantes que ha instalado en el patio de la iglesia situada en la colina sobre la aldea, transmite el servicio a toda la aldea mientras toma el café que le trajeron del pueblo, sentado en una silla.

La misa dura tres horas y siempre es igual, por lo

que todos la saben de memoria, así que es suficiente con que la escuchen y la sigan en su corazón mientras realizan sus tareas. Desde las nueve hasta el mediodía, la aldea es una iglesia. El Padre Michaelis me explicó que:

—Dondequiera que estén, Dios está allí, y hagan lo que hagan, Dios está con ellos. No es un problema. Ni para ellos ni para mí ni para Dios.

—¿Y qué pasaría si el obispo se enterara en Atenas de lo que sucede aquí?

—¿Quién se lo va a contar? Y si alguien se lo contara, quién sabe... La idea le podría parecer buena. Es cierto que la aldea debería estar en la iglesia. Y así será cuando llegue septiembre. Pero por el momento, es suficiente que la iglesia esté por toda la aldea. ¿No es lo mismo, después de todo?

Y HABLANDO DE RELIGIÓN, ¿HAN TOMADO ALGUNA VEZ UN CAFÉ GRIEGO? Son muy pocas las personas que no siendo griegas han bebido más de dos tazas a la vez y han vivido para contarlo. Pero si usted es un verdadero bebedor de café, y no le importa permanecer despierto durante cuarenta y ocho horas, y está al día con su seguro de vida, y no le importa que su lengua y sus dientes queden con un sabor espantoso, y está acostumbrado a sentir acidez, entonces le encantará el café griego.

La primera vez que bebí una taza fue en la feria benéfica de la Iglesia Ortodoxa Griega de San Demetrio, en Seattle. Obsequio de Constanzia Gregocopoulos, la abuela de ochenta y cuatro años de alguien que había llegado de visita desde Atenas. Cuando probó el café que servía la iglesia, hizo un escándalo. Dijo que era una vergüenza que no se sirviera un café adecuado. Así que

esa tarde, allí estaba ella, toda vestida de negro, rodeada de ollas de bronce y platos calientes y granos de café tostados —también negros—. Se inclinaba sobre su trabajo como una hechicera, murmurándole a su intérprete.

—Me gustaría tomar una taza de café —le dije.

—Πρέπει νά περιμένεις, —respondió la señora Gregocopoulos. (*Está casi sorda y nos grita un poco a su asistente y a mí.*)

—Dice que tiene que esperar.

—Pregúntele por qué.

—Οί 'Αμερικανοί όλο θέλουν άμέσος, αλλά δέν εἶναι όλο άμέσος καλά.

—Ella dice que los estadounidenses siempre quieren todo DE INMEDIATO y que no siempre es bueno tener todo de inmediato.

—'Ο Θεός έκανε έπτά μέρες για νά κάνη τόν κόσμο και τόν έκανε όρεά διόση δέν διάστικε.

—Dice que Dios tardó siete días en hacer el mundo y dice que eso fue bueno porque se tomó Su tiempo y no se apresuró.

—Έγώ, Κωνστανζια Γρεγοκόπουλος, θέλω ακριβός έπτά λεπτά για τόν καφέ εις τό όνομα τόν Θεού.

—Dice que ella, Constanzia Gregocopoulos, tarda exactamente siete minutos en preparar el café, siguiendo el espíritu de Dios.

—Θά περιμένεις και Θά τό φτιάσο και Θά τό πινίς και Θά σου αρέσει.

—iDice que espere, que ella lo preparará, usted lo beberá y le agradecerá!

—Sí, señora —le digo.

Y yo esperé, y ella lo preparó, y lo bebí y me agradó realmente.

—¿ESTÁ RICO, VERDAD? —me gritó en el oí lo.

—Sí, señora —le respondí.

—Θά μάθεις νά περιμένεις καί ὁ Θεός Θά σέ εὐλογίση ποιό συχνά καί Θά ζίσης νά γεράσης χαρούμενος.

--Dice que aprenda a esperar y Dios lo bendecirá con más frecuencia y usted vivirá hasta ser viejo y feliz.

La anciana rió mostrando sus encías sin dientes y me pellizcó en la mejilla del modo afectuoso en que se pellizca a los tontos que todavía pueden llegar a descubrir la sabiduría.

“¿ALGUNA PREGUNTA?” Siempre se formula esta pregunta al final de las conferencias universitarias o de las reuniones prolongadas. Y se la formula cuando el público no sólo está saturado de información sino que además el tiempo disponible se ha agotado. En esos momentos a todos se les ocurren preguntas tales como “¿Podemos retirarnos?” o “¿Para qué demonios fue esta reunión?” o “¿Dónde se puede beber algo?”

Supongo que ese gesto implica una cierta generosidad por parte del conferenciante, pero si alguien formula una pregunta, tanto él como el público lo fulminan con la mirada. Y siempre hay algún tonto que pregunta. Y el conferenciante siempre responde. Repitiendo la mayor parte de todo lo que acaba de decir.

Pero si queda un poco de tiempo y se produce un breve silencio en respuesta a la invitación, yo formulo por lo general la pregunta más importante de todas:

“¿Cuál es el Significado de la Vida?”

Nunca se sabe, alguien podría saber la respuesta, y no me gustaría perdmela por temor a hacer el ridículo en público. Pero cuando la formulo, los demás piensan que es una especie de burla, se ríen, juntan sus cosas y la reunión termina con esa nota ridícula.

Una sola vez, cuando formulé la pregunta, recibí una respuesta seria. Una respuesta que todavía hoy me acompaña.

Pero primero debo decirles dónde sucedió, porque ese lugar tiene poder por sí solo. Fue en Grecia.

Cerca de la aldea de Gonia, en una bahía rocosa de la isla de Creta, hay un monasterio ortodoxo griego. Junto a él, en tierras donadas por el monasterio, hay un instituto dedicado al entendimiento humano y a la paz, y especialmente al acercamiento entre alemanes y cretenses. Tarea ímproba, dados los amargos resabios de la guerra.

Ese lugar es importante porque desde allí se puede ver la pequeña pista de aterrizaje de Maleme, donde los paracaidistas alemanes invadieron Creta y fueron atacados por los campesinos con cuchillos y guadañas. La represalia fue terrible. Las poblaciones enteras de varias aldeas fueron fusiladas por atacar a las mejores tropas de Hitler. Más arriba, en la misma colina del instituto, hay un cementerio con una sola cruz que marca la tumba colectiva de los campesinos cretenses. Y en otra colina, del otro lado de la bahía, fueron enterrados los paracaidistas alemanes. Los monumentos están ubicados de ese modo para que todos los vean y recuerden lo sucedido. El odio fue la única arma que les quedó a los cretenses

al final, y muchos juraron que jamás la depondrían. Nunca.

Con el trasfondo de esta pesada cortina de la historia, en este lugar donde la piedra del odio es dura y pesada, la existencia de un instituto dedicado a cicatrizar las heridas de la guerra es una paradoja muy frágil. ¿Por qué está allí? La respuesta es un hombre. Alexander Papaderos.

Doctor en filosofía, maestro, político, reside en Atenas pero es hijo de ese suelo. Al finalizar la guerra, llegó a la conclusión de que los alemanes y los cretenses tenían mucho para darse unos a otros —y mucho que aprender unos de otros. Debían dar el ejemplo. Pues si ellos lograban perdonarse y construir una relación creativa, entonces les demostrarían a los demás que todos podían hacerlo.

Para ser breve esta hermosa historia, Papaderos tuvo éxito. El instituto se hizo realidad —un lugar donde conversar, en el sitio del horror— y fue fuente de una fructífera interacción entre los dos países. Se han escrito libros sobre los sueños que se cumplieron por las cosas que la gente le dio a la gente en ese lugar.

Cuando yo llegué al instituto para asistir a una sesión de verano, Alexander Papaderos ya se había convertido en una leyenda viviente. Con sólo mirarlo se veía su fuerza y su intensidad —su persona irradiaba energía, poder físico, valor, inteligencia, pasión y vivacidad. Y al hablar con él, estrechar su mano, estar en la misma habitación cuando él hablaba, se experimentaba su extraordinario magnetismo. Son pocos los hombres que no desmerecen la reputación que los precede cuando uno se encuentra cerca de ellos. Alexander Papaderos era una excepción.

En la última sesión de la última mañana de un seminario de dos semanas sobre cultura griega, dictado por intelectuales y expertos en su campo reclutados por Papaderos en toda Grecia, Papaderos se levantó de su silla situada en la parte posterior de la sala y caminó hacia el frente, donde se paró junto a una ventana por la cual entraban los brillantes rayos del sol griego, y miró hacia afuera. Seguimos su mirada hacia el otro lado de la bahía y la cruz de hierro que marcaba el cementerio alemán.

Se dio vuelta e hizo el gesto ritual:

—¿Alguna pregunta?

Silencio. Las dos últimas semanas habían generado preguntas suficientes para toda una vida, pero por el momento sólo hubo silencio.

—¿Ninguna pregunta? —Papaderos recorrió la habitación con la mirada.

Entonces pregunté.

—Doctor Papaderos, ¿cuál es el significado de la vida?

Se oyeron las risas usuales, y la gente comenzó a moverse como para marcharse.

Papaderos levantó la mano e hizo que se hiciera silencio en la habitación, y después me miró durante un largo rato, preguntándome con los ojos si hablaba en serio y constatando en los míos que así era.

—Responderé a su pregunta.

Extrajo su billetera del bolsillo de atrás del pantalón, buscó entre los pliegues de cuero y extrajo un espejo redondo muy pequeño.

Y dijo lo siguiente:

—Cuando era niño, durante la guerra, éramos muy pobres y vivíamos en una aldea lejana. Un día, encontré

en el camino los pedacitos de un espejo roto. En ese lugar había chocado una motocicleta alemana.

—Busqué todos los pedacitos y traté de unirlos, pero fue imposible, así que me guardé el pedacito más grande. Éste. Y frotándolo contra una piedra le di forma redonda. Comencé a jugar con él como si fuera un juguete y me fascinaba comprobar que podía reflejar la luz en los lugares oscuros donde jamás llegaban los rayos del sol —en los pozos profundos, en las grietas y en los armarios oscuros. Llevar la luz hasta los lugares más inaccesibles que podía encontrar, se convirtió en un juego para mí.

—Conservé el espejito y, mientras crecía, lo sacaba en los momentos de ocio y continuaba con el desafío del juego. Cuando me convertí en hombre, comprendí que ése no era tan sólo un juego de niños, sino una metáfora de lo que yo podía hacer con mi vida. Entendí que yo no soy la luz ni la fuente de luz. Sino que la luz —la verdad, la comprensión, el conocimiento— existe y sólo brillará en muchos lugares oscuros si yo los reflejo.

—Soy un fragmento de un espejo cuyo designio y forma no conozco. Sin embargo, con lo que tengo puedo reflejar la luz en los lugares oscuros de este mundo —en los lugares oscuros de los corazones de los hombres— y puedo cambiar algunas cosas en algunas personas. Tal vez otras personas también lo comprendan y hagan lo mismo. Y en eso estoy. Éste es el significado de mi vida.

Y después extrajo su pequeño espejo y sosteniéndolo con mucho cuidado, atrapó los rayos brillantes del sol que entraban por la ventana y los reflejó en mi rostro y en mis manos que estaban plegadas sobre el escritorio.

La mayor parte de las cosas que aprendí sobre la cultura y la historia griegas durante ese verano no han perdurado en mi memoria. Pero en la billetera de mi mente todavía conservo un pequeño espejo redondo.

¿Alguna pregunta?



CUESTIONARIO

1. Desde el sitio donde se encuentra mientras lee estas líneas, señale hacia el sur y ubique el lugar donde se encuentra la Cruz del Sur en el cielo.

2. ¿En qué fase está la Luna? ¿Cuándo comienza la próxima Luna llena, y cuánto tiempo ha pasado desde que se fijó en estos detalles por última vez?

3. ¿En qué fechas se produjeron la última helada de la primavera y la primera helada del otoño en su zona? ¿Cuál es entonces la duración de la temporada de cultivo en su zona?

4. ¿Cuál es el lucero del alba del mes de julio este año? ¿Y el lucero de la tarde?

5. Enumere los lugares por los cuales ha pasado el agua desde el momento en que cayó en forma de preci-

pitación hasta que llegó a los grifos de su casa.

6. Nombre cinco pájaros residenciales y cinco pájaros migratorios de su zona. ¿Cuándo fue la última vez que vio uno y qué estaba haciendo?

7. Nombre cinco plantas comestibles nativas de su área.

8. Relate todo lo que sabe sobre la historia y naturaleza del suelo nativo de su área.

9. ¿Cuál fue la cantidad total de lluvia que cayó en su zona el año pasado?

10. ¿De qué dirección vienen las tormentas invernales en su zona?

11. ¿Cuál es la flor silvestre de primavera que florece primero en su país?

12. ¿Cuándo se aparean los ciervos en su región y cuándo nacen los cervatillos?

13. ¿Qué aspecto tenía su barrio hace cien años? ¿Qué aspecto tendrá dentro de cien años?

14. ¿Ha plantado un árbol?

15. ¿A qué distancia está la estrella más cercana?

16. ¿De qué lado sopla el viento?

17. ¿Qué profundidad tiene el océano más próximo?

18. ¿Para qué lado está "arriba"?

19. ¿Qué distancia hay en "de tiempo en tiempo"?

Una noche de verano, mi esposa y yo nos encontrábamos en el pueblito de Puyricard, cerca de Aix-en Provence en el sur de Francia y fuimos invitados a la celebración de la Fiesta de San Juan. (No sé de cuál San Juan se trataba. Hay muchos. Pero si él brindaba un motivo para celebrar con música y baile, bien por él, quienquiera que fuere.)

Cuando apareció la primera estrella en el cielo nocturno, los campesinos encendieron una hoguera en el campo sucio cercano a la escuela, y una banda folclórica comenzó a tocar —una guitarra, un contrabajo, una flauta dulce y una concertina. La música era moderna y antigua al mismo tiempo. Siguiendo el ritmo universal de dos por dos, las parejas bailaban alrededor de la enorme fogata —la única iluminación del lugar—. Una escena encantadora. Parecía salida de una novela o de una película o de una imaginación sin límites.

Cuando se produjo el primer descanso de la banda, las parejas no se marcharon sino que se quedaron mirando la hoguera. De pronto un hombre y una mujer, jóvenes y atléticos, se tomaron firmemente de la mano, corrieron y dando un gran salto cruzaron las llamas, cayendo a salvo justo al terminar las brasas. Mientras la

multitud aplaudía, los dos se abrazaron y se alejaron, con una expresión de temor y felicidad en los rostros después de haber tentado a la suerte y de salir intactos para volver a bailar. Que no les quepa la menor duda, lo que hicieron fue muy peligroso.

Ese salto sobre el fuego era el motivo central de la Fiesta de San Juan.

Se trataba de lo siguiente: si dos enamorados, estuvieran casados o no, o simplemente dos amigos, deseaban sellar su unión, formulaban juntos el deseo de no separarse jamás y después saltaban sobre el fuego con las manos unidas. Según decían, cuanto más altas fueran las llamas, más larga y más firme sería su unión. Pero, si la pareja subestimaba el fuego y se chamuscaba o caía sobre las brasas del otro lado de la hoguera o si sus manos se soltaban mientras daban el salto, entonces la unión o las personas sufrirían algún mal. Como ven, no era algo para ser tomado a la ligera.

Por lo tanto, los más jóvenes y ágiles fueron los primeros en saltar; y a medida que la noche se hacía más oscura y el fuego se iba apagando, comenzaron a hacerlo los más cautelosos. Algunos no lograron pasar el fuego; otros saltaron demasiado pronto o demasiado tarde o corrieron hacia la hoguera y se detuvieron antes de saltar, y otros soltaron sus manos, y uno saltó mientras que el otro se arrepintió a último momento.

Aunque todo era risas y alegría y se hacían muchas bromas, era evidente que se trataba de una costumbre seria y antigua. No se trataba de una simple fiesta. Una vez al año, bien entrada una noche de verano y con música y baile para darse ánimo, tomaban a su amor por la mano y tentaban al fuego del destino.

Al final de la velada, cuando sólo quedaban algunas

brasas encendidas, la banda tocaba una tonada tradicional con lo cual indicaba que se trataba del último baile. Cuando se desvanecía la última nota de la flauta dulce, los campesinos rodearon el suave brillo de las ascuas e hicieron silencio. El matrimonio más antiguo de la aldea se tomó de la mano y con gracia y solemnidad cruzó caminando sobre los restos del fuego. Ante esa señal de bendición, los campesinos se abrazaron y se alejaron hacia sus hogares y todos los fuegos futuros del amor...

Se ha señalado que los estadounidenses prefieren las respuestas definitivas. Que el sí sea un sí y el no sea un no. Blanco o negro. Nada de grises.

En Indonesia, hay una palabra de uso común que evita la necesidad de diferenciar el blanco del negro. Esa palabra es *belum* y significa "aún no". Una hermosa palabra que implica posibilidades constantes. "¿Habla inglés?" "*Belum*". Aún no. "¿Tiene hijos?" "*Belum*". "¿Sabe cuál es el significado de la vida?" "*Belum*". Consideran que es poco cortés y cínico decir que "No" directamente. Esto produce situaciones graciosas. "¿Se está incendiando el taxi?" "*Belum*". Aún no.

Es una actitud afín al viejo chiste de vodevil:

—¿Sabe tocar el violín?

—No sé, jamás lo intenté.

Tal vez. Quizá. Posiblemente. Ni sí ni no, algo que se encuentra dentro del reino de lo que podría ser. Los límites flexibles constituyen un alivio en esta alocada carrera de la aventura humana.

¿Es éste el mejor mundo posible? *Belum*.

¿Se está acercando el fin del mundo? *Belum*.

¿Seremos felices para siempre? *Belum*.

¿Podemos vivir sin armas de guerra?

No sé; jamás lo intentamos.

¿Es imposible creer que podríamos lograrlo?

Belum. Aún no.

de ha señalado que los estadounidenses practican las
resuestas definitivas. Que el sí sea un sí y el no sea un
no. Blanco o negro. Nada de grises.

En Indonesia, hay una palabra de uso común que
expresa la necesidad de diferenciar el blanco del negro. Esa
palabra es *belum* y significa "aún no". Las hermosas pa-
labras que implican posibilidades constantes: "¿Habla
ingles?", "¿Belum?", "Aún no.", "¿Tiene hijos?", "¿Belum?", "¿Sa-
be cuál es el significado de la vida?", "¿Belum?". Conside-
ran que es poco cortés y cínico decir que "No", directas-
mente. Esto produce situaciones graciosas. "¿Se está
conociendo al taxi?", "¿Belum?", "Aún no."

—¿Es una actitud aún al viejo chiste de volar?

—¿Está tocando el violín?

—No sé, jamás lo intenté.

—¿Tal vez. Quizá. Posiblemente. Ni sí ni no, algo que
ocurre dentro del reino de lo que podría ser. Los
momentos flexibles constituyen un alivio en esta sociedad es-
trana de la aventura humana.

—¿Es este el mejor mundo posible? *Belum.*

—¿Se está acercando el fin del mundo? *Belum.*

—¿Somos felices para siempre? *Belum.*

La aguja de la gran catedral de Ulm, Alemania, es la más alta del mundo, mide ciento sesenta metros. Para llegar a la cima, hay que subir setecientos treinta y ocho escalones de piedra. Los conté. Y si uno todavía puede respirar y fijar la mirada cuando se llega allí, puede ver dos relieves importantes: las colinas al pie de los Alpes Bávaros al sur de la ciudad, y los altos acantilados sobre el río Danubio hacia el este.

Hans Ludwig Babblinger vivió allí hacia fines del siglo XVI. Fabricaba miembros artificiales y tenía una gran habilidad para hacerlo por lo cual era famoso en la región. Como la amputación era una cura común para las enfermedades y las heridas, Babblinger tenía mucho trabajo y mientras trabajaba su mente estaba en otras cosas. Era uno de esos hombres que imaginaban que se podía volar.

Con el tiempo, utilizó su habilidad y sus sueños, y los materiales de su negocio para fabricar alas. Y quiso la fortuna que eligiera las colinas al pie de los Alpes Bávaros para probar sus alas, pues allí abundan las corrientes de aire ascendentes. Un día, un hermoso día, y en presencia de testigos confiables, Hans saltó desde una colina alta y planeó hasta llegar a salvo al suelo. ¡Sensacio-

nal! ¡Babblinger podía VOLAR!

Cambia el momento y la escena. Es la primavera de 1594. El rey Ludwig y su corte van a realizar una visita a Ulm, y las autoridades de la ciudad quieren impresionarlo. ¡Hans Ludwig Babblinger debe volar para el Rey! Por supuesto.

Desafortunadamente, y debido a la conveniencia del Rey y de la gente del pueblo, Babblinger eligió para hacer su demostración los acantilados del Danubio. Allí las corrientes de aire son descendentes.

El gran día llegó y los músicos, el Rey y su corte, los prohombres del pueblo y miles de personas comunes se reunieron junto al río. Babblinger se paró sobre una plataforma alta sobre los acantilados, agitó la mano, se agachó y se arrojó al aire.

Y se hundió en el río como si fuera una bala de cañón.

No fue bueno.

Al domingo siguiente, desde el púlpito de la gran catedral, el obispo de Ulm mencionó a Babblinger por su nombre durante el sermón y lo acusó de haber cometido el pecado de soberbia.

—¡EL HOMBRE NO FUE HECHO PARA VOLAR! —gritó el prelado.

Encorvado bajo el peso de la acusación del obispo, Babblinger se marchó de la iglesia hacia su casa, y no volvió a aparecer nunca más en público. Falleció poco tiempo después de eso. Con sus alas, sus sueños y su corazón rotos.

Hace poco tiempo, fui pasajero de un planeador que flotaba en una ola térmica a mil quinientos metros

de altura y recordé a Babblinger y al obispo de Ulm. Debajo, había un globo, un avión ultraliviano, otros planeadores y tres paracaidistas que bajaban balanceándose. Sobre nosotros, un 747 se dirigía al este hacia Chicago, a once mil seiscientos metros de altura.

Cómo me hubiera gustado que Hans Babblinger saliera de su tumba y se sentara junto a mí en el planeador para poder decirle:

—¡Mire! Mire y no se sienta avergonzado. El hombre *fue* hecho para volar.

Históricamente, el símbolo del púlpito ha sido un dedo acusador y condenatorio. Acusando a hombres y mujeres de pecados, debilidades, maldades, iniquidades, y de la soberbia de pensar por sí mismos. Predicando que sobre esta tierra no hay esperanzas —que no hay gloria en esta vida.

Yo creo que el púlpito debería estar representado por alas. No me refiero a las alas de los ángeles ni de las águilas ni a ningún otro tipo de alas que ustedes hayan visto. Alas del espíritu humano santo —alas que eleven el corazón y la mente a altos lugares. Alas para que todos los Babblinger de nuestro medio las vean y se marchen inspirados para intentar ampliar una y otra vez las posibilidades humanas.

Creo que esas alas no se pueden ver. Es necesario creer en ellas para verlas con la imaginación, y arriesgarse en los lugares peligrosos para comprobar que funcionan.

La mayoría de las personas que concurren actualmente a la iglesia de Ulm son turistas. Los planeadores que se deslizan en grupo desde las colinas en el claro ai-

re matinal en la gran catedral del mundo, superan ampliamente a las pocas personas solemnes que se sientan debajo del antiguo púlpito durante los servicios dominicales.

Dondequiera que se encuentre ahora, Hans Ludwig Babblinger, pensé que le gustaría saberlo.

En la tradición islámica los sufis son místicos. Sus líderes son famosos por sus historias con enseñanzas —anécdotas breves que parecen simples al principio, pero que contienen una semilla de gran sabiduría. Las historias jamás se relatan como si fueran una prédica. El oyente queda librado a hacer con ellas lo que desea y a capturar el nivel de comprensión que le resulta adecuado.

Así me lo explicó un erudito islámico que viajaba junto a mí en un ómnibus en Suiza. (*Era un maestro retirado de Argelia que, cansado del calor y los lugares chatos, deseaba estar en las montañas.*) Los siguientes eran sus dos cuentos favoritos de viaje, tal como los relataban los maestros sufis.

Un famoso maestro religioso —un santo, en realidad— pasaba por un pueblo pequeño. Todos sabían que llevaba consigo una llave secreta para comprender el significado de la vida. Cierta ratero se acercó a él, lo registró con sus dedos talentosos, no encontró nada y se marchó con las manos vacías. Lo único que había notado fueron los bolsillos.

Un famoso maestro fue invitado por un príncipe a cazar leones. Cuando regresó, le preguntaron cómo les había ido en la cacería.

—¡Maravillosamente!

—¿Cuántos leones encontraron?

—Ninguno, por eso fue maravillosa.

En algún lugar del mundo hay una joven que, si lee la carta siguiente, exclamará:

—Ésa soy yo; ¡es mi historia!

Esta carta expresa mi gratitud y la de todos cuantos se han enterado por mí de la historia. Ese momento de cómica desesperación nos ha abierto nuevas perspectivas a todos.

Querida compañera peregrina:

Allí estabas, aeropuerto de Hong Kong, a fines del verano de 1984, ocupando tensamente una silla junto a la mía. Todo en ti decía “Joven Viajera Estadounidense que Regresa al Hogar”. Para ese entonces habías cambiado tus jeans y remera por un sarong y sandalias. El prolijo corte de cabello original se había transformado en cabellos largos y sueltos. La mochila que estaba junto a ti mostraba las cicatrices y suciedad de los duros viajes y estaba abultada por los misteriosos recuerdos recolectados mientras veías el mundo. Una chica afortunada, pensé.

Cuando las lágrimas comenzaron a correr por tus

mejillas, imaginé que se trataba de algún amor perdido o la pena por dejar la aventura y volver a los estudios. Pero cuando comenzaste a sollozar, me contagiaste tu tristeza. Supuse que habías estado sola y habías sido muy valiente durante mucho tiempo. Un buen llanto te haría bien. Y lloraste. Empapándome. Un monzón de angustia. Fueron necesarios mi pañuelo y tu pañuelo y casi una caja entera de pañuelos de papel y tus dos mangas para secar la inundación antes de que pudieras hablar.

En realidad, no estabas aún lista para regresar a casa; deseabas seguir adelante. Pero se te había acabado el dinero, y a tus amigos también, así que hacía dos días que estabas esperando en el aeropuerto casi sin comer y con demasiado orgullo como para pedir. Y tu avión estaba por partir. Y habías perdido tu boleto. Volviste a mojarme con tu llanto. Hacía tres horas que estabas sentada en el mismo lugar, hundiéndote en el frío mar de la desesperación como un carguero torpedeado. En algunos momentos llegaste a pensar que te quedarías sentada en ese lugar hasta morirte.

Después de secarte, una agradable pareja de ancianos de Chicago y yo, te ofrecimos llevarte a almorzar y hablar con las autoridades de la línea aérea para buscar una solución. Te pusiste de pie para ir con nosotros, te diste vuelta para levantar tus cosas. Y GRITASTE. Pensé que te habían herido. Pero no... era tu *boleto*. Encontraste tu boleto. Habías estado *sentada* sobre él. Durante tres horas.

Como un pecador que acaba de salvarse de las garras del infierno, reías y llorabas y nos abrazabas; y desapareciste de pronto para alcanzar un avión que regresaba a casa y al futuro. Y todos los que estábamos en la

sala de espera quedamos exhaustos después de haber participado en tu drama.

He contado la historia cientos de veces. Concluyo diciendo “estaba sentada sobre su boleto”, y los oyentes se ríen reconociendo dolorosamente sus propios errores.

Con frecuencia, cuando he permanecido de algún modo sentado sobre mi boleto —sentado sobre cualquier cosa que tenga que me hará levantar y proseguir con lo que tengo por delante—, pienso en ti, sonrío y sigo adelante.

Gracias. Te has convertido, de un modo especial, en mi agente de viajes. Te deseo que encuentres todos tus boletos y llegues al lugar que deseas ir, ahora y siempre.

Como muchos occidentales, a fines de la década del 60 yo deseaba recorrer otros caminos en mi viaje religioso. La confusión reinaba en mi mente y anhelaba elaborar un marco de entendimiento, pero mis herramientas culturales no me eran suficientes. No podía llegar a mi "meta" desde el lugar en que me encontraba.

El Zen y sus ideas de iluminación me atraieron. Me pareció factible que uno pudiera sentarse muy quieto, vaciar la mente y sentir de pronto que lo golpeaba una ola poderosa de comprensión superior a cualquier palabra. Algo así como recibir la gran noticia y sentirse en poder de "la verdad".

Tomé una licencia en mis actividades diarias y me marché a Japón para recibir una instrucción Zen adecuada. Me conecté con un templo y un maestro. Me afeité la cabeza y el rostro, me puse la túnica gris de los novicios y me coloqué en la fila para ser iluminado. Pensé que me convertiría en un hombre santo en muy poco tiempo, más o menos en seis semanas, que era la fecha en que expiraba mi boleto de regreso a casa.

Pero no fue así, por supuesto. El sentarme quieto

me causó alucinaciones y calambres, pero no me iluminó. La comida me provocó diarrea. El dormir sobre una tabla me dio dolor de espalda. Y los otros monjes me trataron como un tonto occidental y se reían de mí a mis espaldas. Fue una de esas veces en que uno sabe lo suficiente como para darse cuenta de que hay algo que todos saben menos uno, pero no sabe lo suficiente como para saber con exactitud qué es lo que uno no sabe.

Pero sí sabía que había llegado el momento de partir.

Para mi sorpresa, recibí una invitación para entrevistarme con el maestro del templo. Lo cual era algo así como que el presidente de una compañía invitara a un cadete a almorzar con él.

Puesto que había elegido ese templo en particular debido a su reputación y puesto que rara vez el maestro dedicaba parte de su tiempo a turistas como yo, su invitación me pareció un honor especial.

Manabu Kohara obtuvo su doctorado en economía en la Universidad de Tokio, resolvía todos los koans Zen (acertijos mentales), era asesor de los capitanes de la industria, escritor, hablaba varios idiomas, un paradigma del gran maestro. Sabio, bueno, respetado, realizado. Si él no lo sabía todo, entonces nadie lo sabría.

Una vez dentro de su estudio privado, nos arrodillamos sobre almohadones e hicimos reverencias indicando nuestro mutuo respeto. Él por cortesía y yo por admiración. Durante un largo rato permaneció con la vista fija en mí, mirándome a mí y a mi interior.

Con toda deliberación apoyó todo su peso en una rodilla, y con la misma deliberación extendió la mano hacia su espalda y se rascó del modo y en el lugar que mamá

siempre nos dijo que no se debía hacer en público.

—Tengo hemorroides. Me duelen y me pican.

En mi manual mental no estaba incluida la respuesta a esa observación. Mantuve cerrada la boca y fingí que estaba pensando.

—Como sabrá, las hemorroides son producto del estrés. Por preocuparme por que los turistas puedan incendiar este templo y convertirlo en una trampa mortal. Por preocuparme tratando de que los empresarios me proporcionen los fondos suficientes para mantenerlo en buen estado. Por discutir con mi esposa y mis hijos, que no son tan santos como yo —sonrió—. Y por desesperarme por las cualidades de los jóvenes tontos y haraganes que quieren ser monjes en la actualidad. Algunas veces me gustaría vivir en una casita pequeña en Hawaii y dedicarme a jugar al golf por el resto de mi vida.

Se inclinó hacia un costado y volvió a rascarse.

—Sabe, todo era igual antes de que fuera “iluminado”. Y sigue siéndolo después de la iluminación.

Se produjo una larga pausa en la que me dio tiempo, en silencio, para considerar sus palabras y acciones.

Se puso de pie y me indicó que lo siguiera hacia un nicho que había a la entrada del templo, y quedamos frente a un antiguo manuscrito que yo había visto al pasar con frecuencia. Me dijo que había llegado el momento de mi regreso a casa, donde él consideraba que yo había sido “un hombre sediento en busca de algo para beber que estaba parado en un arroyo con el agua hasta las rodillas”.

Después leyó lentamente las palabras del manuscrito, primero en japonés y después traducidas cuidadosamente al inglés:

*No hay nada que tú realmente debas ser.
Y no hay nada que tú debas hacer.
No hay nada que tú realmente debas tener.
Y no hay nada que tú debas saber.
No hay nada en lo que tú realmente te debas convertir.
Sin embargo. Te ayudará a comprender que el fuego quema,
y que cuando llueve, la tierra se moja...*

—Sea como fuere, hay consecuencias. Nadie está exento —dijo el maestro.

Me guiñó un ojo y se marchó.

Mientras se rascaba con cuidado la espalda.

Al comienzo de los libros y al final de las películas, aparecen los "agradecimientos". La lista de las personas a las cuales se está agradecido porque sin ellas no hubiera sido posible escribir el libro o realizar la película. Por eso, al llegar al fin de este verano, escribo mis propios agradecimientos. Estas personas (y algunos perros e insectos) hicieron que descubriera una nueva melodía alrededor.

Gracias al hombrón del camión de carga rojo por haber sido misericordioso y no tocarme la bocina cuando me quedé soñando con los ojos abiertos en una luz verde.

Gracias al perrito que trataba de hacerle el amor a una perra mucho más grande que él, recordándome que las grandes esperanzas forman parte de la pasión y que el deseo suele ser ciego. (*La paciente tolerancia del objeto de su afecto también merece ser aplaudida. ¿Qué daño podía causar?*)

Gracias a la anciana gorda, canosa y arrugada que luciendo un gastado traje de baño azul se sentó en la piletita para niños del parque, el día más caluroso del verano, y armó una guerra de salpicadas —por recordar—

me cuál es la verdadera belleza y que la niñez puede perdurar toda la vida.

Gracias al pequeñín que se abrazó a mis rodillas en el almacén llamándome "Papá" y que volvió a abrazarme cuando se dio cuenta de que yo no era su padre —por darme muestras gratis de felicidad.

Gracias a las personas que plantaron caléndulas en la zona de estacionamiento de la Decimoquinta Avenida. Y no contentos con embellecer un pedacito de esta tierra de nadie, agregaron un cartel que decía: FLORES — LLÉVESE UNA.

Gracias a las tres jóvenes blancas que, una mañana junto al lago, jugaban entusiastamente al básquet con los mejores jugadores del barrio negro. Y gracias a los mejores jugadores del barrio negro que eligieron a las chicas para que formaran parte de su equipo porque jugaban muy bien básquet —por demostrarme que el compañerismo todavía existe.

Gracias al ex presidente Jimmy Carter por dedicarse a reconstruir casas para los pobres con el grupo Humana, durante el verano. La historia todavía debe juzgar el valor de su presidencia, pero en este momento brilla el poderoso ejemplo de su personalidad.

Gracias a las cuatro personas sordas que se comunicaban por señas en el mercado un día sábado, que estaban contando chistes (*no sé cómo, pero yo sabía que lo estaban haciendo*) y me incluyeron en la risa sin palabras.

Gracias a la banda de Dixieland que un domingo a la tarde se puso a tocar en el parque por diversión, y tocó como si lo hiciera para la fiesta de cumpleaños de todos los habitantes de la Tierra —porque me hizo olvidar que las personas mueren.

Gracias al anciano que tocaba la armónica frente a la farmacia del centro y que cuando le preguntaban dónde le dejaban el dinero decía que no lo hacía por dinero sino por la compañía, y llevaba puesta una remera con la inscripción: ANCIANO EN ONDA —porque me hizo desear llegar a viejo.

Gracias a la mujer de poco busto que no se amilanó cuando el policía le hizo una multa por exposición indecente cuando estaba nadando sin la parte superior de su malla —y gracias al policía que no la insultó dejándola fuera del procedimiento cuando hacía las multas a las mujeres de busto más abundante —porque de ese modo la dignidad siguió formando parte de la justicia y se mantuvo viva.

Gracias al cartero de mi antiguo barrio que todavía recuerda mi nombre a pesar de que hace mucho tiempo que me mudé —por entregar su amistad primero y las cartas después.

Gracias al discapacitado que se movilizaba en su silla de ruedas eléctrica con un cartel en la parte de atrás que decía: SI ESTÁ APURADO TOQUE LA BOCINA —por recordarme el valor del buen humor.

Gracias a las arañas de agosto que me hicieron caminar lentamente y con cuidado por mi jardín —de la mañana a la noche— por hacerme ver su trabajo y pensar en el mío.

Gracias al viejo perro mestizo que se sentó en silencio junto a mí una mañana en el lago —por elegirme para recibir su compañía silenciosa y sin exigencias. Me sentí honrado de que se sentara junto a mí.

Gracias al encargado de la limpieza que canta en los pasillos del edificio donde trabajo —por grabar en mi mente una hermosa canción al finalizar el día de trabajo.

Gracias al empleado de la estación de servicio que me lavó las ventanillas del auto aunque yo estaba en el surtidor de autoservicio —por recordarme que no debía dejar de mirar todas las cosas que se pueden ver.

Y hay muchos más. Los regalos del verano fueron abundantes, y hay muchas más noticias en el mundo de las que aparecen en los periódicos. Y las noticias son buenas. Los regalos son gratis.

En la ciudad donde yo vivo hay un banco. Su estructura es simple: tres losas de suave granito gris, cada una de quince centímetros de espesor. La parte correspondiente al asiento mide cuarenta centímetros de ancho por un metro de largo. Las dos patas que lo sostienen miden cuarenta centímetros de altura. Utilizando una brújula para estar seguro, comprobé que el banco fue orientado cuidadosamente de tal modo que sus extremos largos señalan al este y al oeste y los angostos, hacia el norte y el sur.

Este sólido asiento fue colocado a propósito en el punto más alto de la colina más alta de la ciudad. De tal forma que una mañana de verano, cuando el cielo está claro, se puede ver a casi noventa y seis kilómetros de distancia en tres direcciones cuando uno está sentado en el banco.

*Al oeste está Puget Sound,
Al este corren con libertad las poderosas Cascades,
Al norte está la Universidad,
Al sur, un gran árbol.
Yo amé todas esas cosas.*

Esas palabras están grabadas en el borde del banco y son un epitafio. Porque el banco es, en realidad, una tumba en un cementerio. Y si pudiera, yo los llevaría a ustedes allí.

Les aseguro que no se sentirían incómodos. Ni siquiera se darían cuenta de que se trata de una tumba. Está justo al borde de un sendero pavimentado que serpentea por el área de tumbas, y fue colocado de tal modo que constituye una clara invitación a usarlo. El ser viviente más próximo es una secoya que brinda el amparo de su tamaño y edad —un compañero sólido y valioso.

La ubicación de ese banco, las palabras escritas en el borde, la belleza del panorama hablan de todas las cosas que tomó en cuenta una persona para poder ser útil después de su muerte. Un último gesto de silenciosa generosidad.

En más de veinticinco años de clérigo, he tomado parte en cientos de funerales —en la muerte y el entierro posterior—. En esos momentos hay un narcisismo inevitable —una concentración en el yo: lo que quiero para MI funeral y lo que quiero que hagan con MI cuerpo y lo que debe decir MI epitafio—. Es humano aferrarse a la identidad en tanto dure el aliento y el granito. Los monumentos que quedan sobre el suelo horadado sirven para separar los muertos de los vivos y los muertos entre sí. Para mí, las tumbas son testimonios de soledad.

Pero este banco del que les estoy hablando es diferente. Es único. No tiene nombre. No tiene un epitafio convencional. Y no tiene fechas. Sólo una muda

invitación para que cualquiera se siente y piense. Esta tumba es diferente porque posee el don del compañerismo silencioso que acorta la soledad. No he visto nada igual —ni tan hermoso— en ninguno de los cementerios de todo el mundo que he visitado.

Con los años, ese banco se ha convertido para mí en un retiro espiritual. Y sé que no soy el único que lo utiliza pues una vez encontré una nota pegada debajo del banco. No era para mí; era para una joven y se la enviaba un muchacho que estaba enamorado de ella y le escribía versos apasionados. *(No, no me arrepiento de haberla leído; y sí, la volví a colocar en el mismo lugar; y no, no me escondí para ver quién la retiraba. Los enamorados secretos ya tienen bastantes problemas con su relación.)*

Dos veces compartí el banco con extraños. Y es difícil de explicar, pero cada uno de nosotros sabía que el banco era importante para el otro y que la compañía era bienvenida. Lo sabíamos, y eso es todo. Permanecemos sentados en silencio y después seguimos nuestros caminos.

Y fue en ese banco, una mañana de verano, el día después de que cumplí los cincuenta años, que llegué a ese momento de la vida en que se cruza del conocimiento intelectual abstracto de que todos los seres humanos mueren a la comprensión activa de que yo voy a morir. Yo. Fulghum. Dejaré de ser. Tarde o temprano.

No sólo comprendí que yo también voy a morir, sino que además me alejé pensando: Y bueno, está bien.

Yo relaciono ese momento de iluminación con la santidad especial del banco y de quienquiera lo proporcionó. Y acepto el desafío de mi benefactor desconoci-

do de dejar después de mi muerte un regalo para los vivos en lugar de una inútil piedra indicando que soy el propietario de ese trozo de tierra.

Ese banco estará allí durante muchos años. Muchas personas se sentarán en él y no pensarán en el nombre de su dueño sino en las innumerables alegrías de esta dulce vida y en el misterio de la muerte y en cuán asombroso es todo lo que nos rodea; y pensarán también que de algún modo, algunas veces, las cosas son exactamente como deben ser.



LES ESCRIBO UN JUEVES A LA NOCHE del mes de febrero, el día número cuarenta del año 1989. Es invierno en Seattle, Estado de Washington, Estados Unidos de América; el cielo está claro y hay Luna nueva.

Aunque la vida, las historias y las redacciones continúen, mi trabajo en este libro ha terminado. Mañana enviaré el manuscrito a Nueva York e ingresará en el proceso de producción que lo convertirá en un libro. Soltar amarras no es fácil —es como enviar a un hijo a una escuela lejana.

Es probable que algunos lectores hayan notado que parte de las historias prometidas en la última página del libro sobre el *Jardín de Infantes* no aparecen en este libro. ¿Por qué? Respuesta: ¿Han salido de compras alguna vez llevando una larga lista y regresado del supermercado con un montón de cosas que no estaban incluidas en la lista? ¿Y algún miembro de la familia saca los productos de las bolsas y les pregunta por qué compraron esto y no lo otro y dónde está tal cosa? ¿Y ustedes desearían responderle: “Y bueno, confórmate con que he regresado”? Y la otra persona dice: “Bueno, la próxima vez trae lo que está en la lista”. Sí, la próxima vez les hablaré de las ranas, de un

cartel en un almacén de Pocatello, Idaho, de la Marina de Salvación, y del circo más pequeño del mundo. Se lo prometo.

En unos instantes voy a iniciar el ritual previo a meterme en la cama, que supongo no es muy diferente del de ustedes. Daré una recorrida por la casa, apagaré las luces, controlaré que las puertas estén bien cerradas, bajaré la calefacción, daré un vistazo a la heladera una vez más para ver si milagrosamente ha aparecido un poco de helado de chocolate desde la última vez que miré, alrededor de las nueve de la noche. Después, tantearé mi camino en la oscuridad, piloto automático mediante, subiré la escalera y me meteré en la cama junto a mi esposa que está durmiendo. Siempre me río para mis adentros en ese momento. Ella usa un antifaz negro, así que es como acostarse junto al Llanero Solitario. Pero siempre me gustó el Llanero Solitario y siempre me digo: "El fiel indio Toro ha llegado". Es un chiste tonto que yo inventé pero ya no lo digo más en voz alta. Aunque lo pienso. Y me acuesto divertido, lo cual no es un mal modo de retirarse a descansar, aunque el chiste no sea bueno.

Prosigamos. A continuación, acomodaré las almohadas del modo en que a mí me gusta que estén, conectaré la alarma del reloj despertador y permaneceré en ese estado en que uno se encuentra entre despierto y dormido. Mi mente diurna deseará continuar leyendo las cartas y comenzará a preparar una lista de las cosas que debo hacer al día siguiente. Pero yo me diré a mí mismo, como lo he hecho desde que tengo memoria: Éste fue un día pleno —el trabajo de mañana es para mañana—. Mientras tanto, lo que yo necesito es dormir. Todos están dormidos, ¿por qué no he de

dormir yo? Si duermo bien, las tareas de un nuevo día me saldrán bien. Duerme, Fulghum, duerme. Y me duermo. No es exactamente una plegaria en el sentido tradicional, pero implica paz durante la noche y la esperanza de una vida productiva al día siguiente. Lo cual es suficiente, según creo.

Esta noche, en particular, me iré a dormir con la risa flotando en mi mente. Leí por última vez el manuscrito y me sorprendió encontrar párrafos que todavía me resultan cómicos después de haberlos leído muchas veces. Se recela un poco del humor —la sabiduría convencional afirma que aleja de las obras serias—. Me preguntó si debería omitir las partes graciosas pero creo que no lo haré y les diré por qué:

Vivir y ver la vida de un modo realista presenta un problema. La vida tiene un lado oscuro, malo y triste que incluye al sufrimiento, la muerte y la desaparición definitiva cuando la Tierra caiga en un sol moribundo. Nada importa realmente.

Por otra parte, el mejor lado de nuestra calidad humana nos brinda determinación para hacer que la vida sea lo más significativa posible EN ESTE MOMENTO; nos hace desafiar nuestro destino. Todo importa. Todo.

Es fácil quedar inmóvil entre estos dos puntos de vista —verlos a los dos con tanta claridad que no podemos decidir qué hacer o qué ser.

La risa es lo que me hace avanzar en esas intersecciones.

Somos las únicas criaturas que reímos y lloramos. Creo que esto se debe a que somos las únicas criaturas que vemos la diferencia entre el modo en que las cosas son y el modo en que podrían ser. Las lágrimas propor-

cionan alivio. La risa, liberación.

Hace algunos años leí una frase en griego —*asbestos gelos*—: risa inextinguible. Seguí su pista hasta *La Iliada* de Homero, que la empleó para describir la risa de los dioses. Ésa es la clase de risa que a mí me gusta. Y el que ríe, perdura.

Buenas noches. Duerman bien.

The Earth Works Group

50 cosas que los niños pueden hacer para salvar la Tierra

Presente en los Estados Unidos, los niños tienen
un gran poder para salvar la Tierra. Con
estas 50 cosas que los niños pueden hacer
para salvar la Tierra, los niños pueden
ayudar a salvar la Tierra.

Rick Fields, Peggy Taylor
Rex Weyler y Rick Jarama
Las tareas de cada día

¿Cuál es el sentido espiritual del trabajo en la vida?
Este libro es una guía para los niños que
quieren aprender a salvar la Tierra. Este
libro es una guía para los niños que
quieren aprender a salvar la Tierra. Este
libro es una guía para los niños que
quieren aprender a salvar la Tierra.

The Earth Works Group

50 cosas que los niños pueden hacer para salvar la Tierra

Bestseller en los Estados Unidos, este breve libro lleno de datos y experimentos sobre cosas simples y divertidas busca crear en nuestros hijos una conciencia ecológica y mostrar cómo cada uno puede aportar su grano de arena para proteger al planeta.

**Rick Fields, Peggy Taylor,
Rex Weyler y Rick Ingrasci**

La tarea de cada día

¿Cuál es el sentido espiritual del trabajo en la oficina, tener las cuentas al día o fundar una familia? Apelando a fuentes de sabiduría intemporal, desde Platón y Buda hasta Elliot, Gibran y Huxley, este libro realizado por los editores del *New Age Journal* intenta servir de guía espiritual para la vida cotidiana.

OTROS TÍTULOS
en la misma colección

Battro, Antonio M.

**Manual práctico de psicología
moderna**

El pensamiento de Jean Piaget

El niño y el semáforo

Buscaglia, Leo

Vivir, amar y aprender

Ser persona

Amar a los demás

El otoño de Freddy la hoja

Amor

Un recuerdo para Tino

Siete historias de amor en Navidad

Ómnibus al paraíso

Papá, mi padre

Jonas Salk

**El hombre se descubre a sí mismo
Supervivencia de los que saben más**

Viscott, David

**El lenguaje de los sentimientos
Cómo vivir en la intimidad**

Gandhi, Mahatma

Pensamientos escogidos

Huygue, René

Ikeda, Daisaku

La noche anuncia la aurora

Kreimer, Juan Carlos

Ser como somos

Servan-Schreiber, Jean-Louis

El retorno del coraje

Scott Peck, M.

El mal y la mentira

Pratter, Hugh

Palabras de amor y coraje

Peck, M Scott

La nueva psicología del amor

Servan-Schreiber, Jean-Louis

Cómo dominar el tiempo

El retorno del coraje

Viscott, David

El lenguaje de los sentimientos

Te amo, sigamos juntos

Westheimer, Ruth-

Kravetz, Nathan

La sexualidad en la adolescencia

Todo comenzó cuando *Robert Fulghum* escribió una suerte de credo personal, que leyó a los feligreses de su parroquia primero y en una fiesta escolar más tarde. Pronto sus pensamientos se difundieron en posters y en la columna semanal de un diario. Fueron leídos en la radio por el famoso periodista *Larry King* y reproducidos en el *Readers' Digest*. Llegaron a leerse incluso en una sesión del Congreso norteamericano. *Fulghum* reunió luego sus escritos en su libro *Todo lo que hay que saber lo aprendí en el jardín de infantes*, que ha tenido un éxito formidable. Encabezó la lista de bestsellers de *The New York Times* y se ha mantenido en ella durante tres años. *Todo lo que hacemos sin saber por qué* permanece en dicha lista desde hace un año y cuatro meses.



Después de su extraordinario bestseller *Todo lo que hay que saber lo aprendí en el jardín de infantes*, Robert Fulghum escribió este breve libro complementario, que ha repetido aquel éxito.

Desde las lecciones de un casamiento desastroso, o las recompensas de la condición de abuelo hasta la sabiduría sorprendente del budismo zen, *Fulghum* demuestra, una vez más, su notable capacidad de observación y reflexión sobre las pequeñas cosas de la vida diaria. "He ocupado — dice— 35.000 horas de mi vida en comer, 30.000 horas en el tráfico, yendo de un lugar a otro, 2.508 lavándome los dientes, 875.000 en cosas varias, llenando formularios, reparando objetos, pagando cuentas, vistiéndome y desvistiéndome y 217.000 horas trabajando. No queda demasiado cuando terminamos de sumar y restar. Las cosas buenas están allí, en algún lugar, por eso suelo decir que no busco el sentido *de* la vida, sino el sentido *en* la vida."

I.S.B.N.: 950.04.1094-X



23.417